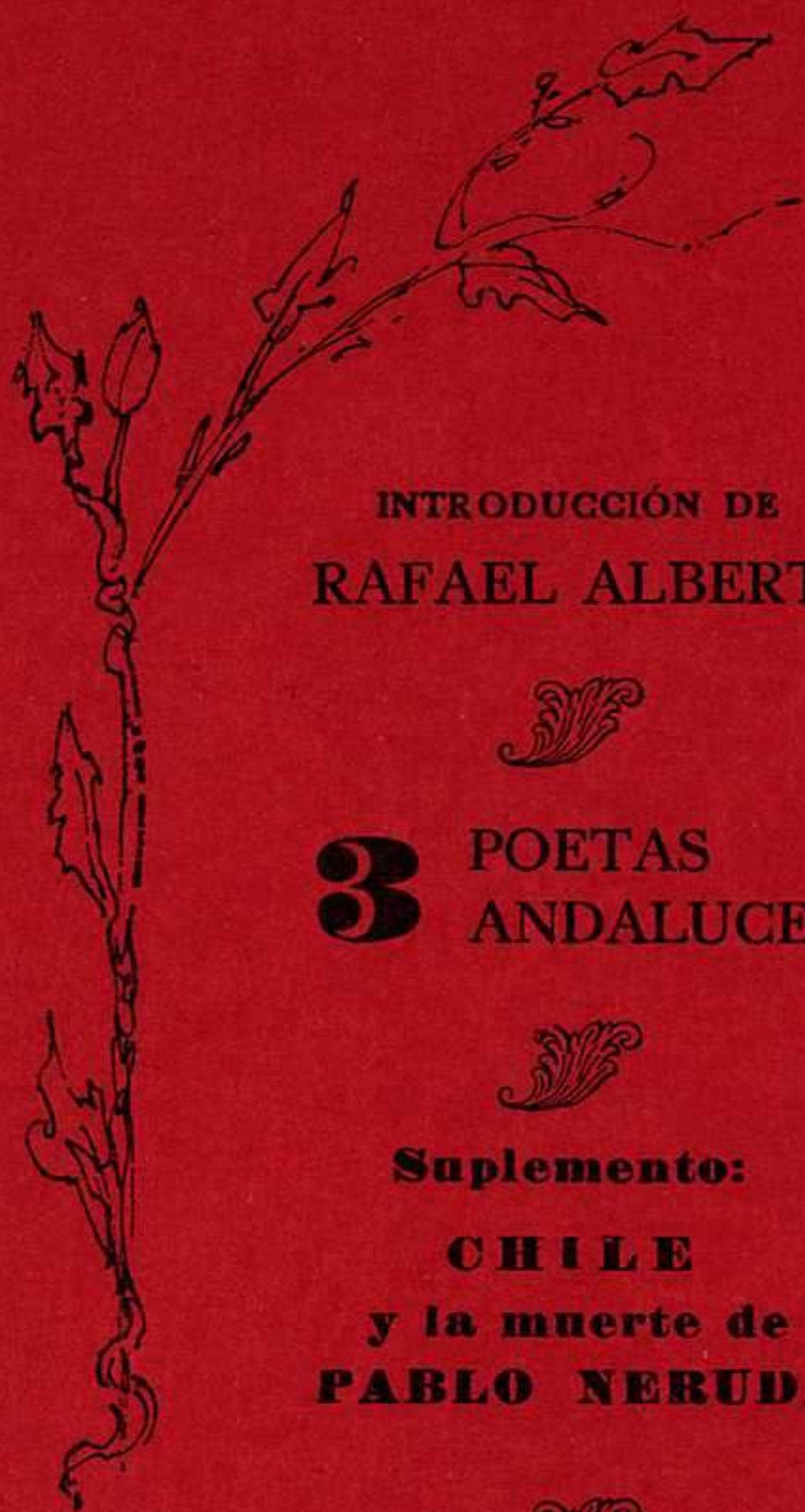


# litoral

*Revista de la Poesía y el Pensamiento*



INTRODUCCIÓN DE  
RAFAEL ALBERTI



**3** POETAS  
ANDALUCES



Suplemento:  
**CHILE**  
y la muerte de  
**PABLO NERUDA**



**N.º 41-42**

**Torremelinos - Málaga**  
**Andalucía - España - Europa**



# **litoral**

**Revista de la Poesía  
y el Pensamiento**

Publicación mensual

La fundaron Emillio Prados  
y Manuel Alfolaguirre

De conformidad con lo que precep-  
túa el art. 24 de la Ley de Prensa  
e Imprenta:

Edlta: José María Amado y Arniches

Dirrje: Manuel Gallego Morell

Imprime: Imprenta Dardo

Situación financiera: Se nutre sólo  
con la aportación de los suscriptores

Dirección, Redacción  
y Administración:

Urbanización Miramar  
Torremolinos - Málaga

Depósito Legal MA. 128 - 1968

Suscripción anual: 750 ptas.

**Distribución Exclusiva para Librerías**

**LIBROS RODAS, S. A.**

(Centro Internacional de Librerías)

**Avda. República Argentina, 248**

**Teléf. 247 91 27**

**Barcelona**



LITORAL









# Breve comentario

## LITORAL

Presenta esta vez "Litoral" a tres jóvenes poetas andaluces: Rafael Pérez Estrada, Pablo Baena y Rafael Ballesteros. Dos de ellos, Rafael Pérez Estrada y Rafael Ballesteros, ya estuvieron presentes en números anteriores.



No da la medida necesaria el poema aislado de una manera de ser y estar en la poesía, y esta vez nuestras páginas recogen con mayor amplitud un pequeño número de la obra de cada poeta en libros minoritarios agitados, que no alcanzaron por su tirada merecida difusión.

Una vez más repite "Litoral" su deseo de no anclarse en el pasado, aunque la resurrección de ese "pasado", tan "presente", fuera el motivo principal de esta su nueva etapa rompiendo así un injusto silencio.

Descubrir donde está la razón poética de una juventud no es fácil en esta hora. Existen unos condicionamientos, unos límites de expresión, unos cotos cerrados para el poeta. Años y años, esto es así.

Ahora, y ello es indudable, una poesía con una nueva fuerza exterior. Eso es todo, pero tantas cosas que venen al poeta, que preocupan al poeta, que golpean y sangran sobre su sensibilidad, están inmovilizadas, como si el alma viviera en una cárcel interior.

Hemos querido que la entrada a este número fuera una introducción de Rafael Alberti que retrata de algún modo



LITORAL





# Breve comentario

Presenta esta vez "Litoral" a tres jóvenes poetas andaluces: Rafael Pérez Estrada, Pablo Baena y Rafael Ballesteros. Dos de ellos, Rafael Pérez Estrada y Rafael Ballesteros, ya estuvieron presentes en números anteriores.

No da la medida necesaria un poema aislado de una manera de ser y estar en la poesía, y esta vez nuestras páginas recogen con mayor amplitud una parte inédita de la obra de cada poeta o de libros minoritarios agotados, que no alcanzaron por su tirada merecida difusión.

Una vez más repite "Litoral" su deseo de no anclarse en el pasado, aunque la resurrección de ese "pasado", tan "presente", fuera el motivo principal de esta su nueva etapa rompiendo así un injusto silencio.

Descubrir donde está la razón poética de una juventud no es fácil en esta hora. Existen unos condicionamientos, unos límites de expresión, unos cotos cerrados para el poeta. Años y años, esto es así.

Aflora, y ello es indudable, una poesía con una nueva forma exterior. Eso es todo, pero tantas cosas que siente el poeta, que preocupan al poeta, que golpean y sangran sobre su sensibilidad, están amordazadas, como si el alma viviera en una cárcel interior.

Hemos querido que la entrada a este número fuera una introducción de Rafael Alberti que retratara de algún modo



Andalucía. Como un padrino de unos poetas que él no puede presentar porque no los conoce.

Esta introducción es “principio y fin” de un poeta andaluz, tan profundamente andaluz como Fernando Villalón.

En aquella época del 27, Fernando Villalón aparece como un poeta novel, espontáneamente, entre los que arrancaban con una fuerza, una inspiración y una personalidad arrolladoras.

La prosa de Rafael Alberti descubre una Andalucía que se nos va, entre invasión de turistas, cubos de cemento, sociedad de consumo... Ya no va a surgir quien la cante no sé si para no verla morir o convencidos de que es inútil tratar de revivirla.

Quizá cuando hace años preguntaba Rafael por los poetas andaluces, preguntaba por esa Andalucía de sus años juveniles tan íntima, tan personal, a la vez que le dolía en su alma ese opaco silencio de la Andalucía vibrante, de guerrilleros y caballistas, de bandoleros que robaban para los pobres, sin afán de hacerse ricos, de Ronda y la Alpujarra, de sierras bravías.

El poeta gaditano, rememoraría, a veces, la copla

*Con las bombas que tiran los fanfarrones  
se hacen las gaditanas tirabuzones.*

La risa ante la muerte, mirándola de frente, sin miedo, quebrando su embestida.

La pandereta, no. La raíz. Otra vez la raíz —siempre la raíz—, que sale entre las piedras, cuando parece que todo terminó y ya ni la raíz existe.

Esa raíz, como una fuente de vida, que no muere nunca. Después de los cataclismos, de la destrucción, otra vez los campos de amapolas.

Con un dejo íntimo y emocional, la versión andaluza de un poeta andaluz, sirve de introducción a estos poetas andaluces de otra hora y otro tiempo. Uno se llama Pablo. Dos se llaman también Rafael. Y a los tres les precede, con su voz que es pregunta, respuesta, aliento de lucha y de belleza, el primer Rafael, el de “Marinero en tierra”, el de “Cal y Canto”, el andaluz que no sólo está “sobre los ángeles”, sino que también sabe estar junto a los ángeles. Esos ángeles del pueblo, de la justicia, de la libre poesía.

J. M. A.



# Introducción

Otro poeta —“¡lo más grande que hay aquí!”— me presentó Ignacio la misma tarde de mi llegada [a Sevilla]. Estaba yo en el cuarto del hotel.

—Entre usted, don Fernando...

Un hombrón ancho, fuerte, con fiera planta de toro y ganadero a la vez, llenó el marco entero de la puerta, avanzando con una mano tendida.

—Aquí lo tienes... Don Fernando Villalón Daóiz, el mejor poeta novel de toda Andalucía.

Aquel Fernando Villalón que hacía crujir mis dedos entre los suyos, riendo de la presentación que acababa de hacerle su amigo, era nada menos que el famosísimo ganadero sevillano de reses bravas, brujo, espiritista, hipnotizador, además de Conde de Miraflores de los Angeles... y poeta novel.

(Amplió aquí y acorto las páginas que le dedicara en mi “Imagen primera de...”)



Fernando y yo intimamos inmediatamente, exaltándonos a la vez el conocimiento mutuo de los mismos paisajes vividos por la bahía de Cádiz, las salinas de San Fernando, las bodegas de Jerez y del Puerto. ¿Cómo, estando tan cerca, no intentar un viaje? Y al cabo de dos días de auténtica borrachera arrebatada, de sorprendente coincidencia en entusiasmo por aquella nuestra Andalucía la Baja, nos marchamos, sin más preparativos, en un absurdo automovillo que el propio Villalón guiaba, al Puerto de Santa María, en visita al Colegio de San Luis Gonzaga, mi colegio, y suyo también, veinte años antes, con Juan Ramón Jiménez como condiscípulo. ¡Divertida excursión aterradora, pues Fernando no sólo levantaba las manos del volante explicándome sus proyectos literarios sino que de pronto frenaba, sacaba del asiento una vara de mimbre y dejándome solo en mitad de la carretera se perdía por el campo, persiguiendo una liebre! Le juré regresar en tren a Sevilla.

Era Fernando un hombre extraordinariamente fino y simpático, hijo de esa romántica Andalucía feudal, que se sentaba bajo los olivos a compartir, tú por tú, el pan con los gañanes. Profundamente popular, los verdaderos amigos suyos, los inseparables, eran los mayores que guardaban sus toros, los gitanos, los mozos de cuadra, toda la abigarrada servidumbre de sus cortijos, además de cuanto torerillo ilusionado rondaba sus dehesas. Cuando lo conocí ya andaba arruinado. Negocios absolutamente poéticos lo habían venido hundiendo en la escasez, casi en la pobreza. Si Villalón fue como se decía y yo lo pude comprobar, un hombre único, extraordinario, no se lo debe a su obra escrita, que es muy poca, sino a su fantástica vida, a su extraña personalidad. La verdadera vocación suya, la poética, no comienza a descubrirse seriamente hasta pasados sus cuarenta y tantos años. De ahí que Sánchez Mejías me lo presentara, sin asomo de chufra, como poeta novel. El último escopetazo acababa de darlo Villalón con "Andalucía la Baja", su primer libro, inesperado, de poemas.

—¡Pero este don Fernando! ¡Hay que ver con lo que nos sale a estas alturas! ¡Con versitos!

Los envidiosos, los chungones de las esquinas, los que le querían sin comprenderlo, toda Sevilla, en fin, andaba escandalizada, cuando yo llegué, con "la última locura del ganadero", que



venía a revivir las otras, reales o imaginarias de su vida, ya recontadas y deformadas, de boca en boca, Guadalquivir abajo.

Se decía que su ideal como ganadero de reses bravas se cifraba en obtener un tipo de toro de lidia que tuviera los ojos verdes; que para cazar nereidas de agua dulce cambió sus magníficas tierras de olivares por un islote desierto, plano y arenoso, en la desembocadura del Guadalquivir, islote que desaparecía totalmente a la hora de la marea; que para alcanzar el nirvana vivió más de seis meses en un sótano oscuro, acompañado de una cabra y un sapo, alimentándose únicamente con un poco de verdura; que en El Cuervo, y esto me lo contó el propio Fernando al pasar por aquel pueblecillo camino del Puerto, había secado de una maldición el agua de todas las fuentes, llenándose esa tarde el horizonte de perros negros con cabezas blancas, que aullaron hasta el amanecer. Se decía... ¿Qué es lo que no se decía de Villalón por aquellos pueblos y ciudades? El también me contó sus artes de magia para descubrir cuadros de Murillo. Compraba cuanto lienzo viejo veía, pues le bastaba una simple mirada para saber que bajo la primera capa de pintura se escondía otra del popular pintor sevillano. Pero los frutos de estos descubrimientos que me mostró en su casa no pasaban de ser unos mediocres cuadros de tema religioso, destrozados por los ácidos que empleaba para su limpieza, cuando no llenos de agujeros.

Se proponía escribir por aquel tiempo una especie de historia de la tauromaquia, que titularía: "De Geryón a Belmonte", pues afirmaba, con cierta gracia y razón, que el primer torero conocido era Hércules, robador de los toros bravos del rey mítico de Tartesos, nombre antiguo de Andalucía. Se empeñaba Fernando en sostener las teorías más extraordinarias, refutadas siempre por Ignacio durante largas horas. Presencié algunas veces estas discusiones, tremendamente serias, que terminaban mal, como aquella, más grave, en que el poeta ganadero se obstinó en demostrar a Sánchez Mejías que los Tres Reyes Magos del Oriente, en su viaje hacia Belén para adorar al Niño Dios recién nacido, habían pasado antes por Cádiz, cosa que Ignacio no aceptó, motivando casi un rompimiento entre los dos amigos.

Cuando poco después de "Andalucía la Baja" aquel conde de Miraflores de los Angeles publicó sus "Romances del 800", quedó incorporado, por su maravilloso poder asimilativo y talentos poéticos, a la nueva generación en marcha.



Una tremenda pérdida sufrió nuestra generación ese mismo año [de 1930].

Yo no sabía que Villalón estuviese en Madrid. Me lo encontré, de pronto, una heladora tarde de fines de febrero, ya caída la luz, no recuerdo en qué calle del barrio de Salamanca. Iba solo. Muy triste, la cara desaparecida entre el sombrero, el cuello alto del gabán y la bufanda.

—¡Pero Fernando! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo has venido sin avisar a nadie?

Hablando lento y bajo, me respondió:

—Tengo en este momento cerca de treinta y nueva grados de fiebre.

No supe qué decirle. Lo tomé del brazo y seguimos andando. Al llegar a la casa de una esquina, se detuvo, suplicándome:

—¡Espérame en la calle un instante! Bajo en seguida.

Y allí me pasé, junto al portal, más de un cuarto de hora aguardándolo. En marcha nuevamente, me atreví a preguntarle:

—¿Qué te pasa, Fernando?

—Me tengo que operar. Acabo de pedir cincuenta duros a un amigo para el sanatorio.

Hacía tiempo que Villalón estaba arruinado. Aquellos poéticos negocios, celebrados en toda Andalucía, le habían ido llevando a aquel extremo.

Andábamos despacio. No sabía de qué hablarle viéndolo tan hermético, tan parco de palabras y abatido, ¡él, siempre tan ocurente y más fuerte que un toro!

—¿Qué te parece la situación? —se me ocurrió, por decirle algo.

—No hay que hacerse ilusiones. Hasta que tú no veas a la guardia civil gritando por las calles viva la República, todo seguirá igual.

Me reí. Tenía razón.

—El mundo está muy mal —prosiguió misterioso, después de un largo silencio—. Hasta ahora lo ha venido mandando Kutumi. Pero quizás cambien las cosas, porque muy pronto le toca gobernarlo al señor Maitrellas.



Lo dejé ante la puerta de una casa en la que tenía alquilado un pequeño departamento para sus breves estancias en Madrid.

A los pocos días, ingresó en el sanatorio. Bergamín, otros amigos y yo, acompañados de Eusebio Oliver, un joven médico que andaba mucho con nosotros, asistimos a la operación. Fernando tenía incrustada en los riñones no una piedra, sino muchas de todos tamaños, según pudimos ver en el pañuelo ensangrentado que Oliver nos mostró. Esperábamos que se salvara, a pesar de todo. Ya muy de noche y muy impresionado, me fui a mi casa a descansar. Pero pocas horas después me llamaron del sanatorio. Fernando Villalón había muerto. Acababa de cumplir cuarenta y nueve años.

Consternado, me levanté y acudí a verlo. El poeta ganadero yacía amortajado, todavía en la cama de la muerte, vestido de oscuro, con zapatos negros. De bolsillo a bolsillo del chaleco, una gran cadena de plata, que me llamó la atención. Era su última voluntad: que lo enterrasen con el reloj en marcha. Conchilla, la gitana, la humilde amante de toda la vida, lloraba, silenciosa, junto a aquel tic-tac misterioso, último pulso de Fernando, que habría de latir durante más de doce horas bajo la tierra. Cuando llegó su hermano Jerónimo, la gitana se resistió a verlo, prohibiéndole la entrada en la alcoba. Aquel hermano, señorito andaluz con poca gracia, tan diferente a Villalón, se había aprovechado en los últimos tiempos de las locuras del poeta, contribuyendo más a su ruina.

Fernando se nos fue dejando poca obra: "Andalucía la Baja", "Romances del 800", "La toriada" y unas largas estrofas de "El Kaos", aquellas que a Federico y a mí nos había dado a conocer en Sevilla. También dejaba una obra de teatro en verso — "Don Juan Fermín de Plateros" — sobre los garrochistas de Bailén, episodio andaluz de nuestra guerra contra las tropas napoleónicas. Pero su mejor poema estaba aún por conocerse. Y era su testamento. Una bomba, pero a la vez llena de ternura.

Abierto una mañana ante notario, su hermano Jerónimo, la gitana y creo que Bergamín y Sánchez Mejías, quienes me lo contaron, venía a decir, en parte, más o menos así: "Maldigo a mi hermano Jerónimo hasta la quinta generación. El ha sido la causa de muchas de mis desdichas. Nada le dejo. En cambio a Conchita, esa mujer admirable, compañera de toda la vida, que salía al campo conmigo a buscar gollejas para hacer ensalada, esa buena

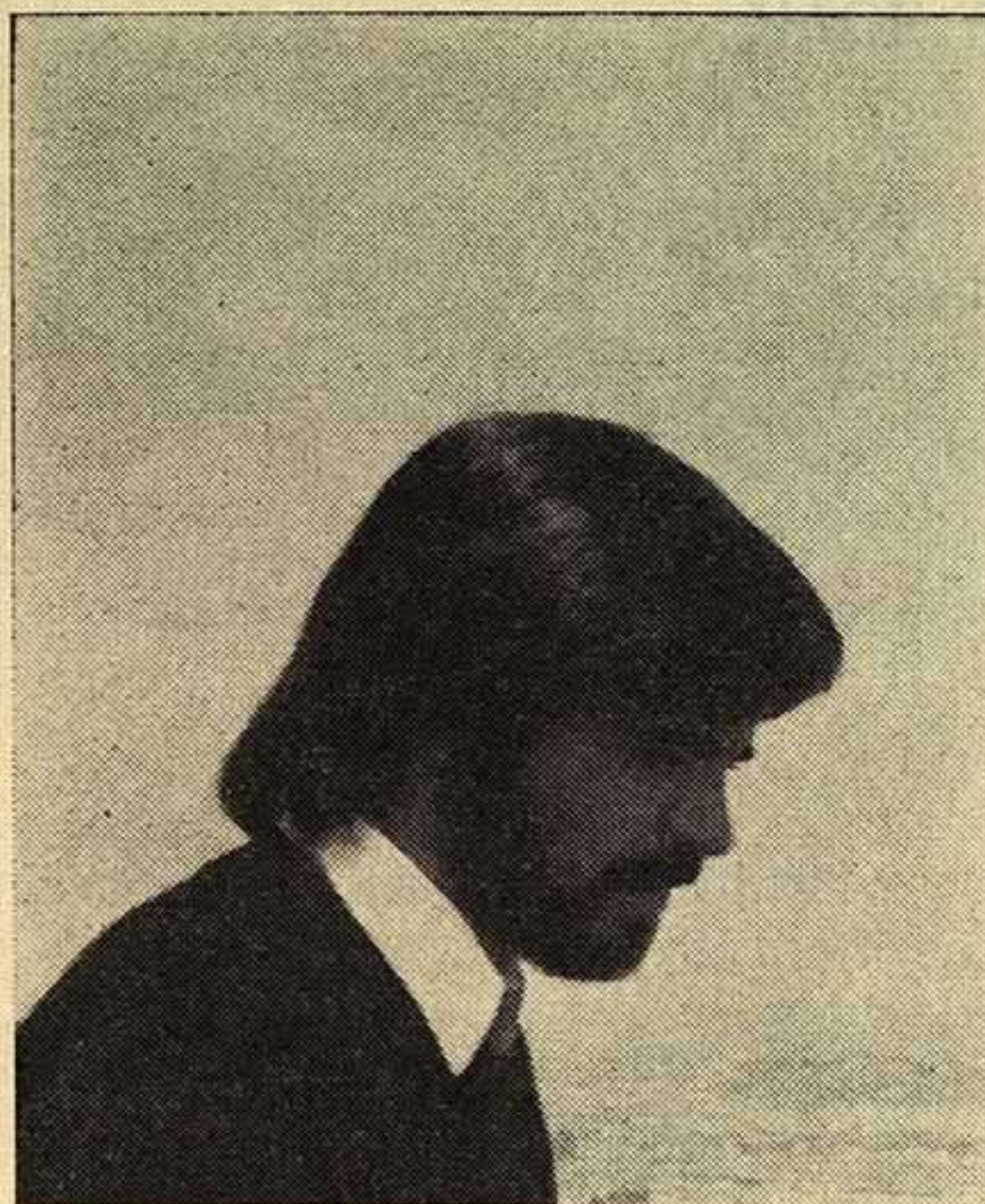


mujer a la que un día regalé un tirador para cazar pajaritos, siendo tan grande su corazón que jamás fue capaz de usarlo, le dejó varios cuadros de Murillo y otros maestros andaluces, que están depositados en Madrid, en el convento de las monjas de..." He olvidado el nombre y los demás detalles de tan extraordinario documento, seguramente por ser menos interesantes ¡Un poeta genial, más en la vida que en la obra, de quien hablaré siempre, siempre encontrando en su recuerdo motivos de admiración y gracia!

Una larga elegía —“Ese caballo ardiendo por las arboledas perdidas” — con versos de hasta más de cien sílabas, como aquella que hice para estampar en los muros, dediqué a Villalón a las pocas semanas de su muerte. Aquel detalle impresionante del reloj golpeando en su pecho bajo tierra, fue su principal estribillo. Parece que fue ayer.

RAFAEL ALBERTI





## Rafael Ballesteros

Rafael Ballesteros nació en Málaga en octubre de 1938. Estudió la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada. Actualmente es Catedrático de Literatura en el Instituto de Enseñanza Media "Eugenio d'Ors" de Badalona.

Ha publicado algunos artículos de investigación y de crítica literarias. Libros de poemas: *Desde dentro y desde fuera* (con ilustraciones de James Hayden), *Corn Cob Press*, 1966. *Esta mano que alargo* (dentro de *Doce jóvenes poetas españoles*), *El Bardo*, 1967. *Las contracifras*, *El Bardo*, 1969. *Turpa*, *El toro de barro*, 1972.



mujer a la que un día regalé un ramo de flores...  
 do tan grande su corazón que para...  
 varios cuadros de Murillo, y otros...  
 depositados en Madrid, en el momento...  
 olvidó el nombre y se desvaneció...  
 documento, seguramente...  
 genial, más en la vida que...  
 siempre encontrando en...  
 gracia!

Una larga oleja —  
 perdidas — con versos de...  
 la que hice para estampar...  
 pocas semanas de su...  
 Ballesteros



LEONARDO

Leonardo Ballesteros nació en Mérida en  
 octubre de 1928. Estudió la carrera de  
 Filosofía y Letras en la Universidad de  
 Granada. Actualmente es Catedrático de  
 Literatura en el Instituto de Estudios  
 de la "Eugenio d'Or" de Badajoz.  
 Ha publicado algunos artículos de inves-  
 tigation y de crítica literaria. Libros  
 de poemas: Desde dentro y desde fuera  
 (con ilustraciones de James Hayden),  
 Casa Cob Pasa, 1966. Esta mano que  
 alarga (lema de Doce poemas poetas  
 españoles), El Bardo, 1967. Los contra-  
 ritos. El Bardo, 1968. Tiempo. El Bardo  
 de Bardo, 1972.



## NACE TURPA

- 1) Sobre el alero de una casa aparece, poco a poco, un nido imprevisto.

Primero fue la pinza, la verdina, el último reflejo de los soles. El último calambre. Más luego fue el boquete que, sin invocación, se puso blanco, se dobló en hueco, redobló en percherón, abracadabra y soportó el alero sin espacio. Y el alero-boquete se hizo nido.

- 2) Llega el buen tiempo, cuando termina el malo.

Cuando termina el malo, llega el bueno. El tiempo pasa, igual. El charco, el gris, la inconsistencia, el cristal maté, el bosque gaseoso, la llama, el temblor, el impreciso el impreciso

—temblor—

pie, el grifo obtuso: dan, no dan, con la campana del invierno que, poco a poco, va, desaparece, se termina, se limpia de la bruma, se termina-desapareciendo y entonces: van, no van, los soles sí, se peinan, sí, los campos otra vez, son los pemanes y el diente se nos limpia.

Y es que: (por cada cauce pasó un río y el tono gris se desayuna en oro).



- 3) En aquel nido apareció un pequeño huevo rutilante.

Un S-2 bajó en el polvo y aposentóse con celeridad. (El grito que dio nadie no fue oído).

Del S-2 surgió la punta que acelera el proceso rompiendo lo previsto. No tiene carne el huevo, sino pasta. No llega a tener forma, sino espacio. No lo soporta el tiempo, sino el aire. Punto principio. El huevo, rutilante y casi mínimo, con letra bastardilla llegó al fondo.

- 4) El hombre siguió en lo suyo, sin darse cuenta de nada.

El hombre, nada: jugando sin adivinación con lo concreto, con el bulto, con el ano. Sacó, eso sí, lo más palpable de su lengua, del hecho extrajo aquello más carnoso, la entrepierna también usó igualmente pero sin conclusión.

Sin que nadie siquiera del género o la especie, avanzara los dientes a una jaculatoria.

Los ojos se quedaron en el muro, con el pie se quedaron los zapatos y la posible muerte quedó en vida.

- 5) El huevo se hizo sombra. Y siguió pasando desapercibido.

El huevo pasó a sombra. Y distinguióse. La sombra no era clara, sino oscura.

(Pero aún así y todo era visible con dificultad)

El tiempo dio la vuelta.

El verde campo La fría  
acequia Las aceñas de Lázaro (de Tormes) Los  
comuneros El año 520 pasado el año 1000  
El elogioso Erasmo El cortesano Castiglione  
y Maquiavelo, el príncipe

El Toledo Imperial

de los austríacos.



Nada. El tiempo dio la vuelta  
y sin verlo pasó.

Tampoco el aire, el agua, el ojo,  
lo inmutable. Lo inmutable, igualmente  
pasó. Y sin —porque, lo que—  
siquiera imaginara.

- 6) Un niño jugaba y viólo. Durante el  
día, nada. Pero llegó la noche y sien-  
do sombra, viólo. Y al grito, Turpa, pa-  
só a ocupar el cuerpo que desde an-  
tes de su principio, ya lo esperaba.

El aro era redondo y pasajero.  
Y el zapato era verde. Y el pantalón  
crujía. Y el ojo daba luz; igual  
que el dedo.

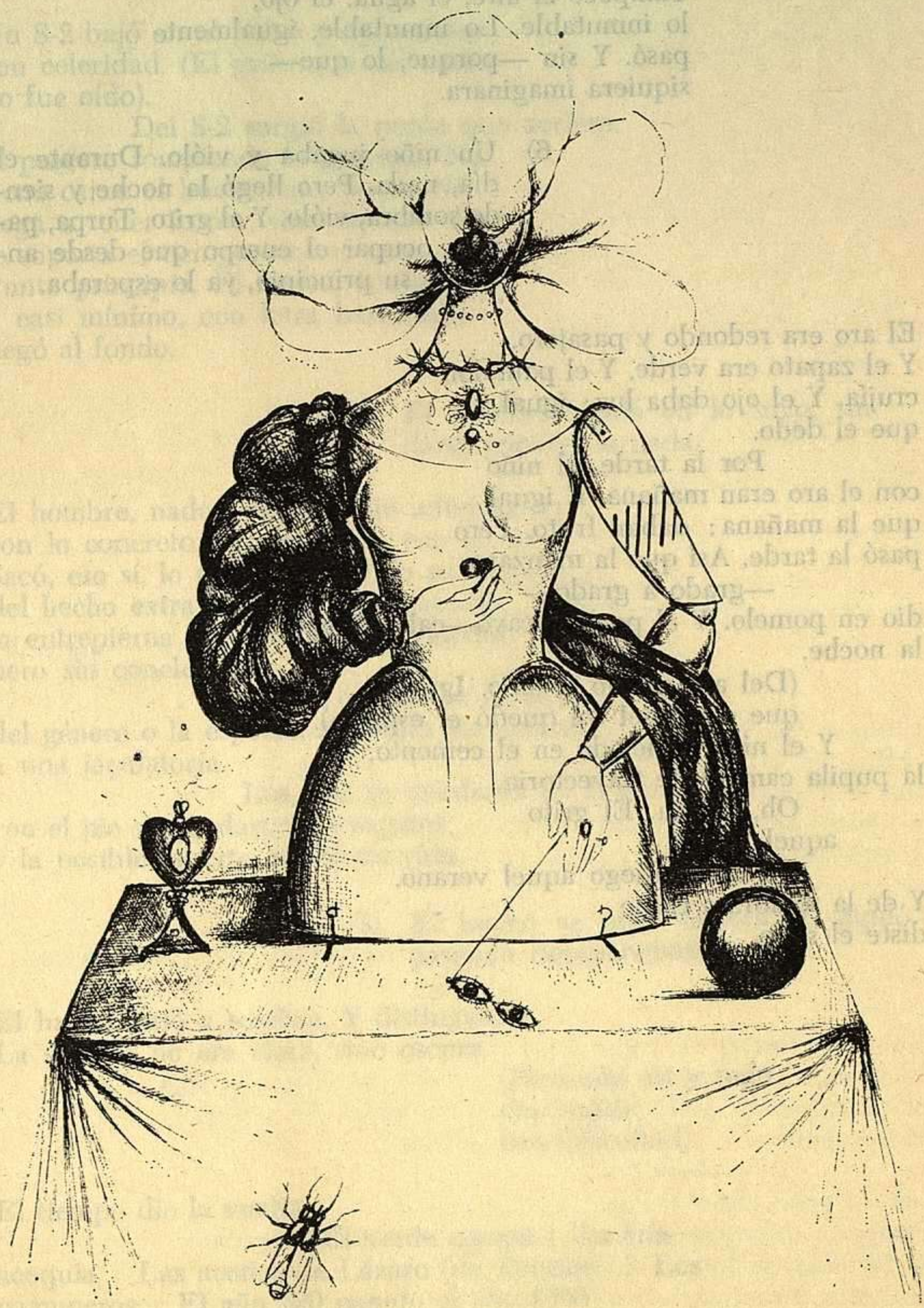
Por la tarde, el niño  
con el aro eran mañana. E igual  
que la mañana: daban fruto. Pero  
pasó la tarde. Así que la manzana  
—grado a grado—  
dio en pomelo. Y el pomelo cayó—calló. Llegó  
la noche.

(Del aro quedó el sitio. Igual  
que de aquel sol quedó el espacio).

Y el niño, reflejado en el cemento,  
la pupila cambió de trayectoria.

Oh, Turpa. El grito  
aquel  
colmó de fuego aquel verano.  
Y de la sombra a carne  
diste el salto.





*El tiempo dio la noche*



## TURPA CRECE MAS ALLA DE TODO

Las leyes escondieron sus tenues paradigmas  
para su crecimiento. Las cosas que eternas  
son, se subsistían: tubérculos  
enormes, el recóndito diario del  
pobre Jovellanos, los grasientos caballos,  
las estancadas aguas, el destello  
preciso, el fulgurante pozo, la concisa  
materia, volvíanse constantes más allá  
de lo nuestro: pervivían, dándoles la razón  
al monstruo-malo. Y así por nos  
fue Turpa alimentado.

La palabra nombra la realidad.  
Y con ella persiste. La voz nombra  
materia y con ella convive.  
El tono da la forma y el acento  
modela así que por el tono  
marginamos el aire, y el acento  
es el medio para restituirlo.

Así que no pudo ser adverbio,  
ni tampoco adjetivo, ni siquiera verbal,  
su desarrollo: pasó de nominal,  
a los pronombres.



El número continúa y así crece.  
De la curva a la raya tiene un paso  
—el 6 se torna en número maldito—  
pero ese paso formaliza a otro. Así que  
desarrolla la forma lineal. Sin ningún cauce  
constituye un vado. Y por cada unidad  
guarda un misterio.

Pero Turpa no es cifra  
ni podemos medirlo  
por curva ni por raya.

La diferencia es suma. Pero cada  
elemento es una cosa unida. Así  
por reunión, se cuenta el paso. Pero  
el pie constituye otra distancia: por  
la nada se llega al recorrido. Es  
que la velocidad tiene un sinónimo  
que queda en lejanía.

Pero Turpa no crece  
en cuanto nada, sino en cuanto  
persiste.

La llama es violencia, pero de afinidad  
y no de opuestos. Pero por frotación  
se nos desune. Y por humo entendemos  
lo contrario: la nueva posición de la  
materia. Por eso es el amor algo  
que tiembla y puede mantenerse  
en el desastre.

pero Turpa no tiene  
relación con nuestro incendio  
Y tiene sombra  
sin tener la llama.

Si la tierra resbala, la tierra  
continúa: consiste en una forma dolorosa.  
El fragmento de sí se da en sí mismo,  
su propio oficio va contra su honra;  
si el viento resta, el hombre multiplica  
y de ahí su perenne mansedumbre.  
Pero la tierra da con lo que ofrece.

Pero es que Turpa da  
con lo que tiene y cuando pone pie  
lo pone en nada.

El agua es algo maleable a mano  
pero que la enmohece y redondea.  
Heráclito dos veces la redujo para



ponerle oxígeno y amarla. Pero de aquí  
a aquí le huye y le redobla. La enorme  
rotación es su misterio y su vuelta  
al principio, su condena. No viene, va  
y por su ida, acércase.

Pero es que en Turpa  
la humedad no es un presagio y la marea  
es nada  
y con lo quieto va  
y en lo mutable viene.

El allá no recuerda y de ahí su belleza.  
El ahora no tiene ni tiempo ni venganza  
y por eso es alegre. La geografía tiene  
sus límites en fechas y el hecho de  
los hombres, su ancho meridiano.

Pero el principio en Turpa  
fue sin tiempo  
y fuera del espacio.

Su cuerpo fue con todo  
en continuo presente: érase  
la existencia sin peso y sin distancia.

El brazo abría  
una mano, pero que no prensaba  
la realidad. El ojo aún no tenía el  
miramiento que tocaba, pero que no  
veía. La piel que no se ve, en él  
no le existía. Carne también había  
pero sin el pigmento y sin la sombra.

El diente masca, pero no tritura. La lengua  
sí que tiene los dobles movimientos. El sexto  
sexo tiene por propia exposición. Y  
nadie sabe si es flor lo que asemeja  
o es simplemente y todo, una treta perfecta  
de su objeto. Mención de la palabra  
no la hay, pero su bulto siente. Es un  
convensivan lo pies, lo mismo  
que los párpados. Hace lo que presiente  
y, al hacerlo, construye su deseo. Hace el  
final de lo que en trance pone y no imagina  
más allá de nada. Sólo de cosas vive  
y un sueño es para él, una agonía.

Desde aquella partícula de huevo  
—como un salmónencíclicatortura—  
distinguió ya su untura y su sentido.



Y después de que tomó su cuerpo,  
por nosotros fue Turpa alimentado.  
Su pequeño y enorme crecimiento  
como a la miel la boca de la abeja.  
Turpa está. Nos redobla y nos ataca:  
molusco que tapiara su alimento,  
arcángel con las alas incendiadas,  
verbo animal, libélula ululante.



## TURPA PASA AL ATAQUE

*Turpa, conocido el peligro de la mano, la hostiga y la persigue*

### 1) Presentación de la mano.

Tapada con el guante no es visible.  
Pero actúa. E igualmente señala.  
Sin pasar por Lepanto es prensil  
hasta la muerte o hasta el fallecimiento.  
Si mantiene el color es que pervive;  
si pierde el movimiento es cosa huesa  
y blanda. Si tiene la manzana  
es porque pecó. (Ah, del manto granate  
y de la sierpe). Sirve para el afeite, lo redondo,  
el amor y la muerte.

Si es por amor  
su vida, entra en la piel del árbol  
y la escama. Si es de muerte: el corazón  
con piel, también lo sabe. Es el  
motor. Y como él, funciona por líquido  
y polea. Pega, suda, silencia y amenaza.  
Pero, igualmente, acerca la caricia.  
Buena madre si es madre. Y padre buenamente  
si tiene el sexo opuesto. Da lo mismo:  
por uñas se acentúa, de huesos se incorpora  
y el tacto le da pan y le da alpiste.



En Jerusalem  
se abrió un domingo. Y, de repente, volvió  
a abrirse sobre el turbante y la melancolía.  
En puño y cero puede convertirse. La mano  
es un sin fin de materiales.

- 2) En una amanecida, Turpa, descubre la mano.  
La mira con atención; comedidamente. Lue-  
go, de inmediato, decide atacarla.

Nadie ponga la mano en esa  
cortina  
y ahuyente la negritud. Ni nadie  
endulce  
su quehacer con una esquirra de  
fruta  
ahora que es la mañana y amanece.

Virgilio tiene mano  
y con ella escribe las bucólicas  
acaricia  
las ovejas perdidas  
saluda con presteza  
al alto Augusto.

Finge  
el humo una arista. Queda  
el rayo entreabierto. Allí  
estaba el ruido replegado.  
Vienen hacia el cristal los  
abedules. ¿Por qué?

Ni el menor hilo ya  
verán tus ojos.

Con el muñón acorde  
se soñaba Cervantes  
con Italia  
y rascaba la cera en las tarimas.

Desde el cuévano allí  
los madrigales pían. Ya vence  
al entramado sutil  
la claridad. Nadie crea  
en la mar. Son veinte  
los peldaños que esconden  
el tesoro.

Un hombre de muy duro buril  
firmaba con la mano  
—en especial disposición—  
la muerte  
del penado y del penante.



Fulge desde el alero  
al dedo, la retina. Turpa  
tacta con la resina  
de su ojo. Tacta la piel,  
el cuenco, los cinco riachuelos  
de las uñas.

Con la mano, Narciso se miraba  
y pudo confundir la yema  
con la espuma  
y el hueco tenebroso  
con la luz.

Los designios pasaron  
las fronteras. Y la adivinación  
no quedó en pluma. Fueron  
quemante cosa, astro nonato,  
isla clamante al sol.

Era Pedro, la mano en el martillo,  
biscando a los desgastes  
su armonía.  
el que no golpeaba la canción.

La imagen redobló sus tres  
esquinas. Fingió la luz  
un salto. Prendióse por el aire  
la semilla. Doble fue  
la atención. Doble  
el castigo.

Elisa y Juan al mismo tiempo,  
perdidos por el bosque  
—y de las manos—  
daban razón al prado y a la fuente.

Y Turpa recogió su Capa Larga,  
un alfanje, la estrella, su bola  
de cristal, también su libro  
y haciendo la oquedad desde el alero  
el bulto dejó ir  
sobre la mano.

*Sabido que es por Turpa, el enorme maleficio del labio, lo  
acorralla y persigue*

1) Presentación del labio.

Labios al comunal, nadie, tiene:  
porque uno ha amado más, siempre,  
que el otro. Uno, que da el amor  
y el otro, que lo aumenta (y se lo queda).  
La boca tiene arpegios como tiene



la vista, pero al contrario que ésta,  
aquella no lo inventa, sino toca.  
Ya que nada es amor, si no se  
llega al tacto. Y el delicado tacto  
está en el labio.

Si la perla destila el contenido  
el carmín restituye el colorido.

Oh ciencia  
del albarde y de la pinza  
que plantean, al libar, los dos sentidos.  
Cuando el clavel no rompe la armonía  
el cúmulo de perlas sí se entrega.

Oh labios  
con los dientes confundidos.  
Si es el rubí que canta y que destruye,  
por cada perla surgen veinte fuegos.

Oh dolor  
de la esquina entre las líneas.

Para la fricación el labio pende  
de un ojuelo; es para con el amor  
que se africana. Es la oclusión  
el más vasto sonido  
por encima de su matepaternidad.  
Pueblo.

empieza con oclusión y oclusa  
con la velar y el aire leve. Palabra  
que no suena y que se inventa).

Oh dolor,  
también el labio sufre, si no  
tiene. Y poco a poco, a humano,  
ahorra la pasión y gasta con  
delirio. No tiene contrapeso aunque  
murmure, ni controla su música  
si silba. Pero en su corazón  
el labio —nuestro labio— siente  
el terrible dolor

de su correspondencia.

- 2) Alimento la mano a la boca le lleva. Descubierta esa nueva luminosidad, Turpa, la ataca, desde el centro de su mismo desorden.

La tarde en que silbaba en que ventea  
el aire el airecillo aleve nos conmueve  
la luz no se arracima sino que se diluye  
más allá de las pinzas de las torres  
eternas,



la mano que no suena ni a ventalle ni a cedro  
sino que persevera más allá de esos dedos  
y de su movimiento.

nos cumple su alegría, acercando a los labios  
—entre carmín y perla—

emotivos mensajes de manzanas y peros.

El labio pone en punta  
su tacto y su saliva y recibe,  
del cambio,

la iniciación del trozo a la porción  
más mínima. Han parado los aires,

el azul del destello se colmó en la derivas  
y en la naturaleza de inconvertible seno,  
todo se ha detenido.

¡Contacto  
de la fruta

con el labio y sus pieles!

¡La dulce  
persistencia

del total poseído!

¡La enorme  
esquila ancha

del placer empozado!

Entreabre sus cercas la boca en sus confines,  
se descubre aquel hueco jamás redondeado,  
siluetas se perfilan en aquel hondo oscuro  
y en el minuto mínimo de un minuto cambiante,  
la bestia da el rodeo y consiguiendo aire  
donde el aire detuvo su corriente y su exvoto,  
se avalanzaba Turpa hasta la encarnadura  
de piel donde la fruta pensaba con el labio  
llegar a la fineza de la total entrega.

*Sin saber la liturgia del sexo y de su especie, Turpa  
intuye el peligro. Y los persigue*

1) Presentación del sexo.

Nace en el aire y va al aire  
el silbo que no nace vulnerado.

Nace del nacimiento y va a la muerte  
el sexo que empezó por ser materia  
y termina en el hueco más profundo.

Pero la criatura lo sitúa  
por el primer momento en el olvido. Corre,  
va, viene de la cabrilla al agua,  
se sirve de la pluma y la maleza,



construye entre lo cierto y lo difuso,  
semeja a la esperanza por el tacto.

Mas un día:

un airecillo aleve, un comezón levísimo,  
un fragmento cualquiera, un fallido renglón,  
la imagen sorteada en el momento,  
la puntera del lápiz, el hueco de la estancia,  
una mancha instantánea,

lo perjura y declara:

el sexo lo detiene  
y se acentúa. Y por cada frenar  
se agranda y crece.

Rubén Darío habla Rubén Darío. Verlaine  
silencia con el labio ese calvario. Gus-  
tavo Adolfo, aúlla. Hacia allá va, corrien-  
do, un Arcipreste. Macías llora, apoyado en  
el aire. Garcilaso acaricia el corintio  
con la daga en la mano. Herrera llora e  
inventa aquella luz. Petrarca corre el ve-  
lo tapiando la sonrisa. Rubén Darío.

Pero crece al instante.

Y la marea sube y boza el vaso  
y la tierra

—tan límpida—

se escarcha

o los albos tejidos

de texturas espesas

con púrpura en tres lunas repartida.

Poco más tarde llegará

el verano o el otoño también

y las trincheras tomarán los inviernos

para no abandonar las primaveras.

Primero,

un estallido diminuto. Después,

la conmoción definitiva.

El campo

que fue ancho se resume. Las combas

infinitas se perfilan. La familia

se pierde en sus contornos,

las aulas del colegio

disminuyen,

Es así que se inicia

por ser un Polifemo de pequeñas cavernas

o estela diminuta por el aire de

Venus y Atenea



y enlaza con el término  
en la parte en que Vulcano derrotó a Artemisa,  
y crece entre la espada y el brocado  
que Tirante ha clavado fuertemente  
y abrió por la cintura la princesa  
y muere y se termina en el espacio  
de aquella habitación en que los muebles  
recibieron la pólvora y la alfombra  
aquella sien abierta y el espejo  
el resplandor final de aquellos ojos  
que la Armijo vació tan lentamente.

## 2) Ataque al sexo.

Las ventanas tapiadas allí donde  
nunca hubo luz. Como un mar temblando  
allí donde la arena nunca hubo.  
Allí mismo aquel sonido lento como un ave.  
—perdido allí y hallado como el estornino—  
donde las resonancias jamás nunca hubo.  
Allí también el eco, y allí el fuego,  
también la carne allí, la esquina  
doblando allí, donde el valle, ni tal vez  
la maleza, ni el ganado perdido, ni  
tampoco la línea, nunca jamás tampoco hubo.  
El todo allí donde el jamás había  
por aquel blando derramando el todo  
por aquella textura la inmensidad  
cubriendo grietas y buscando el todo.  
Un sexo allí, también el otro,  
resbalando al todo, persiguiendo al uno,  
las ventanas tapiadas  
allí donde un mar  
y un sonido lento como un ave.

Y Turpa allí. Su sombra en la pared.  
Su esquirla por el suelo.

Qué.

El libro abierto  
ahora, preparando el vuelo. La caída.  
Las sábanas marinas esperando el ataque.

Y Turpa cae sobre aquellos cuerpos  
el grito y el alfanje  
por el aire.



Visto por Turpa el anillo de luz de los recuerdos, se acerca lenta y morosamente, al lugar en el que habita el hombre triste y con gran rabia y dura perseverancia lo ataca de improviso.

1) Presentación del recuerdo.

Ahí está con el azar en medio  
haciéndonos la mueca y el entorno. Pone  
la mano en nuestro moño, nos rodea  
con el aceite y nos amplía el hueco  
que debajo del pie nos marca el recorrido.

Ahí está el recuerdo.

En medio está el azar con el columpio  
al aire. Ahí está. Qué.

¿Quizá ahora?

Te llegó al centro aquel aquella fina  
agua que en su día derramaron  
sin saberlo. Tu sucumbir es lento. Y la armonía  
que de lejos viene

añade aquello que tan siempre  
sobra. Tú, has mordido. Has descuidado  
el aparato aliño. Coges la fruta y tiras  
la piedra al río. Los peces pían allá en  
lo alto. Tú, has vencido.

Pero qué.

Qué ahora  
si el columpio sopla en el álamo de nuevo,  
de nuevo branquia el ave, de nuevo todo.  
Aquella manzana en el suelo, aquel diván  
marrón-oscuro, aquella acequia para ser aceña,  
se han invertido ya: Manzana-pájaro.  
Diván-los tules. Acequia-las delicias.

Nada persevera y todo queda.

Asunción la divina. La encarnación terrestre. Breton  
llora, columpiando el aire.

El pelo corto. El labio  
llamarado. Las telas, amarillas. Tú estás allí  
y nunca has ido.

Qué vieron esos ojos.

Coges, sí, el palenque del aire, pero ahí va  
pasando la marea tristísima, el triste Ganelón,  
sonllorando.

Has pasado el umbral, sorteando  
las luces, aligerando el paso. Sabes que has  
gemido en ese mimbre. Has buscado  
aquel hombro. Sólo encuentras los huecos  
Las gravillas Claveles sin sentido.

Nunca estuviste cuando  
allí has nacido.



¿Qué estancias soleadas son las tuyas?  
¿Qué sueño dio su fruto? ¿Qué alfileres precisos  
perforan tus esquirlas?

¿Ha doblado ya el día?  
Y nada. No. Reptando,  
ha desaparecido.

2) Ataque al recuerdo.

Si la materia se desdobla en luz  
¿qué extraña cosa ésa del azul  
surgiendo de la selva? ¿Qué agua  
nace en el lagrimal y escapa  
al río? ¿Por qué los solejares  
viven?

Mirabas al redor  
y veías la niñez jugando,  
la misma pubertad.

Era como un gemido. ¿Cómo extrañar  
azules vahos saliendo de la selva?  
¿En qué espejos mirabas  
aquella realidad?

Ah, Turpa  
sí. Comprendió el mecanismo:  
en épocas de fiebre aquel humano  
se refugiaba allí.

Y el recuerdo  
era su dieta.

Pasado un leve tiempo:

¿cómo no oír la negra textura  
dando en el baldosín?, ¿dónde dejar  
los ojos que no vieran  
ese frío reflejo del alfanje?  
¿dónde el oído atento  
a no libar el soplo de las páginas?  
¿Dónde no situar

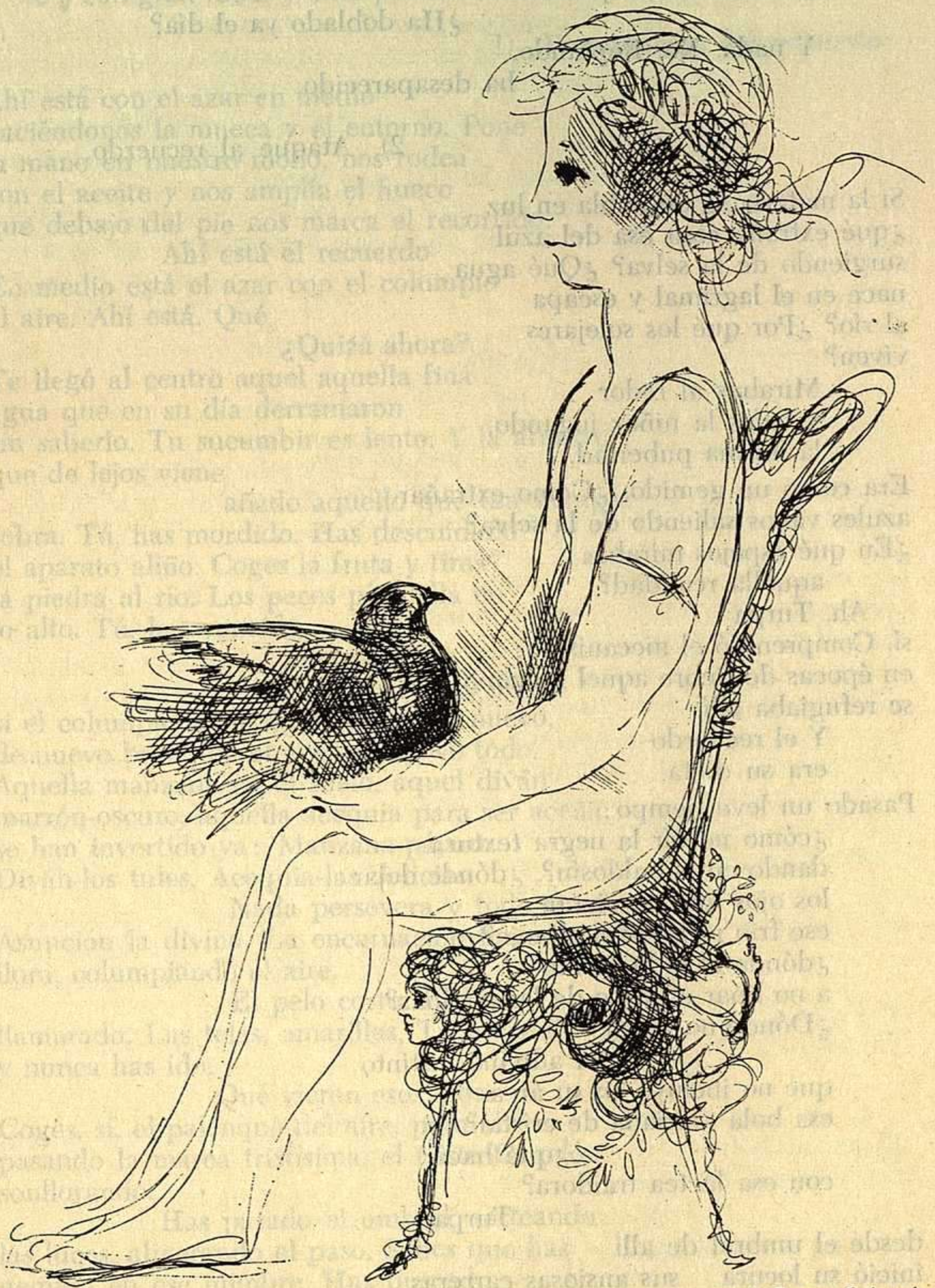
el adivino instinto  
que no incluya en su área  
esa bola vidriada de cristal?

¿qué hacer  
con esa láctea traidora?

Turpa

desde el umbral de allí  
inició su locura sus ansiosas carreras  
su planeado ataque con el grito que siempre  
—jadeando inconcuso rozante de pared—  
presupone el intento  
de venganza y de muerte.





Rafael Pérez Estrada



EN EL ATARDECER SE HA CONSUMADO LA BATALLA.  
Y, AHORA, SE TERMINA TODO

No cantaba el cimbel, ni el cimillo  
decía palabra. Nada hacía sus señales  
mortales, ni con ningún destrál se cortó  
el sol, ni la espadaña movió sus  
viandas sonoras, ni un mal fasto  
se levantó de la acequia inundada  
allá,  
último plazo de la claridad  
sobre la tierra.

Todo terminó ya: el dedo, el beso,  
las sábanas manchadas. El filo de la  
melancolía.

(Un pequeño gemido  
aún en el aire, unos besos por la tierra esparcidos,  
un roce rojo aún, los tenues estallidos:  
un gozne dentro de  
la luz).

Historias ya, para los  
peregrinos.

He terminado.

Punzo las últimas sílabas.

Los evaporados  
humos de la aljofifa piso.

Lo que por tanto tiempo  
me cubrió, se desparrama.



Pongo mi cuerpo en forma  
He cerrado los ojos. Por encima de mí  
pasa la luna.  
Aquellas luces amarillas pasan.  
Y la canción  
perdida también pasa.  
Y el tiempo con su mano  
de silencio.  
y con su espuma.

Abrí el ojo y lo vi. La puerta  
blanca era un temblor todavía.  
Incorporó mi vida: mis párpados.  
Dio un paso leve contra la pared.  
(Todavía lejos).  
Las pupilas sin luz. ¡La sumisión  
de aquella boca! El trapo negro  
sobre aquellas canas. Aquella  
mano conteniendo el libro.

Un paso leve sobre  
mí.  
Yo cerraba los ojos. Ella  
andaba.  
La sombra.  
Ella con ella.  
¡Sombra marfuza!  
Viene a mí.  
Qué.  
Al filo  
de la cama, quieta.  
Abre los pliegues  
negros.  
Pequeñísimo grito  
contenido.  
El daba otro  
paso.  
Abre los pliegues.  
Yo cerré mi vida: ¡mis párpados!  
Y como un plomo oscuro,  
un pájaro crucial,  
palpeante volumen,  
cayó sobre mi cuerpo.

Febrero, 1969 - Diciembre, 1970.

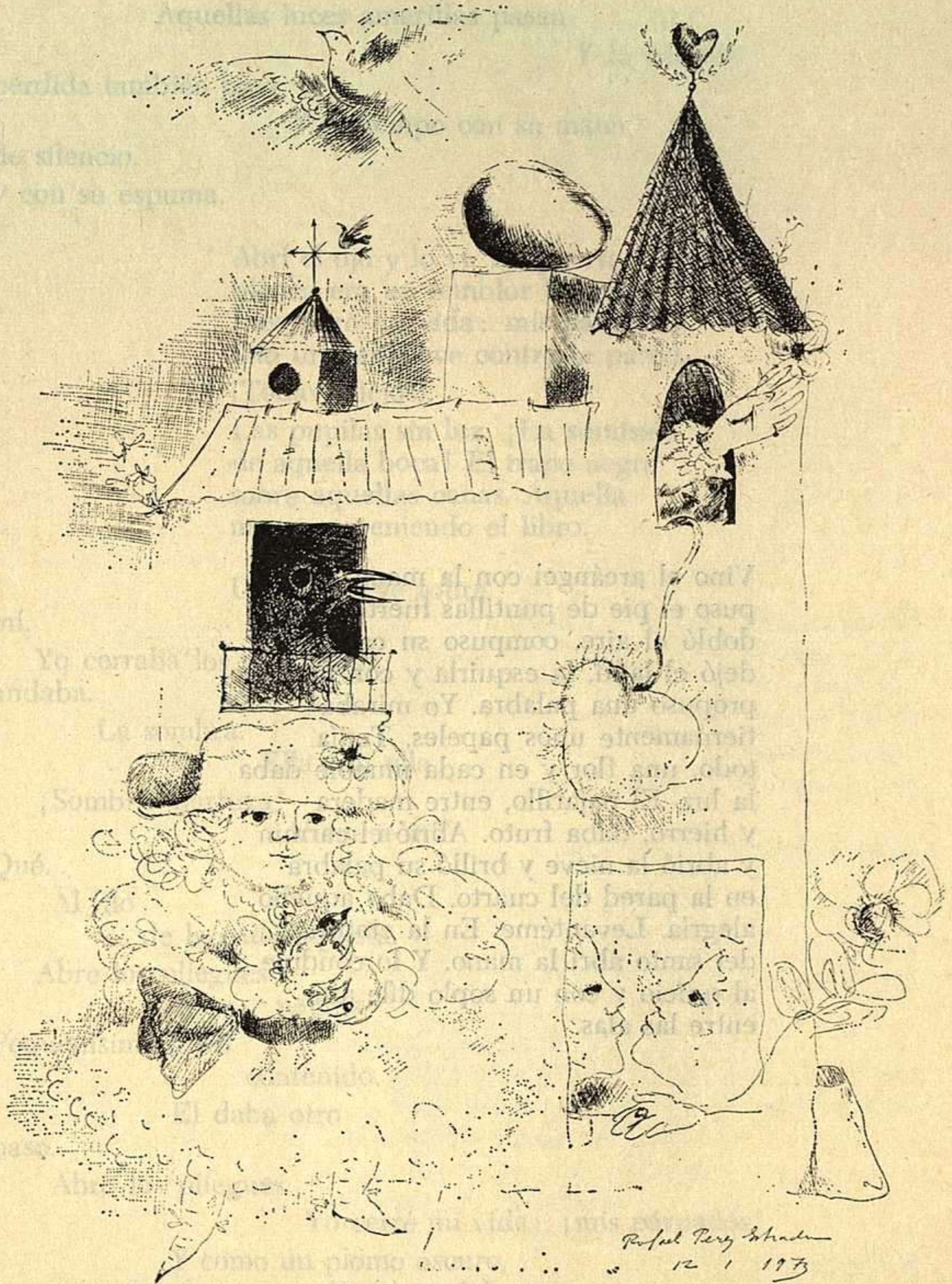


## YO TAMBIEN TUVE VISITA

Vino el arcángel con la mano puesta,  
puso el pie de puntillas fuertemente,  
dobló el aire, compuso su cabello,  
dejó el laúd, la esquirra y con la mano  
propuso una palabra. Yo miraba  
tiernamente unos papeles. Tenía  
todo, una flor y en cada mueble daba  
la luz. El pajarillo, entre madera  
y hierro, daba fruto. Abrió el carmín  
y abrió la nieve y brilló su palabra  
en la pared del cuarto. Daba aquello  
alegría. Levantéme. En la cintura  
del santo abrí la mano. Y lo conduje  
al quicio y con un soplo díle aire  
entre las alas.

(De "Las contracifras" - 1967-1968)









## Pablo García Baena

Pablo García Baena, nació en Córdoba el 29 de junio de 1923. En 1947 funda con Ricardo Molina y Juan Bernier la revista *Cántico*.

Libros publicados: *Rumor oculto* (Fantasía, Madrid, 1946), *Mientras cantan los pájaros* (Cántico, Córdoba, 1948), *Antiguo muchacho* (Adonais, Madrid, 1950), *Junio* (Colección "A quien conmigo va", Málaga, 1957), *Oleo* (Agora, Madrid, 1958), *Antología poética* (Cuadernos de Arte, Bujalance, Córdoba, 1959), *Almoneda* (Cuadernos del Sur, Málaga, 1971). Tiene en preparación un libro, a título provisional *Cándido*.

(De "Rumor oculto", Madrid, 1946)



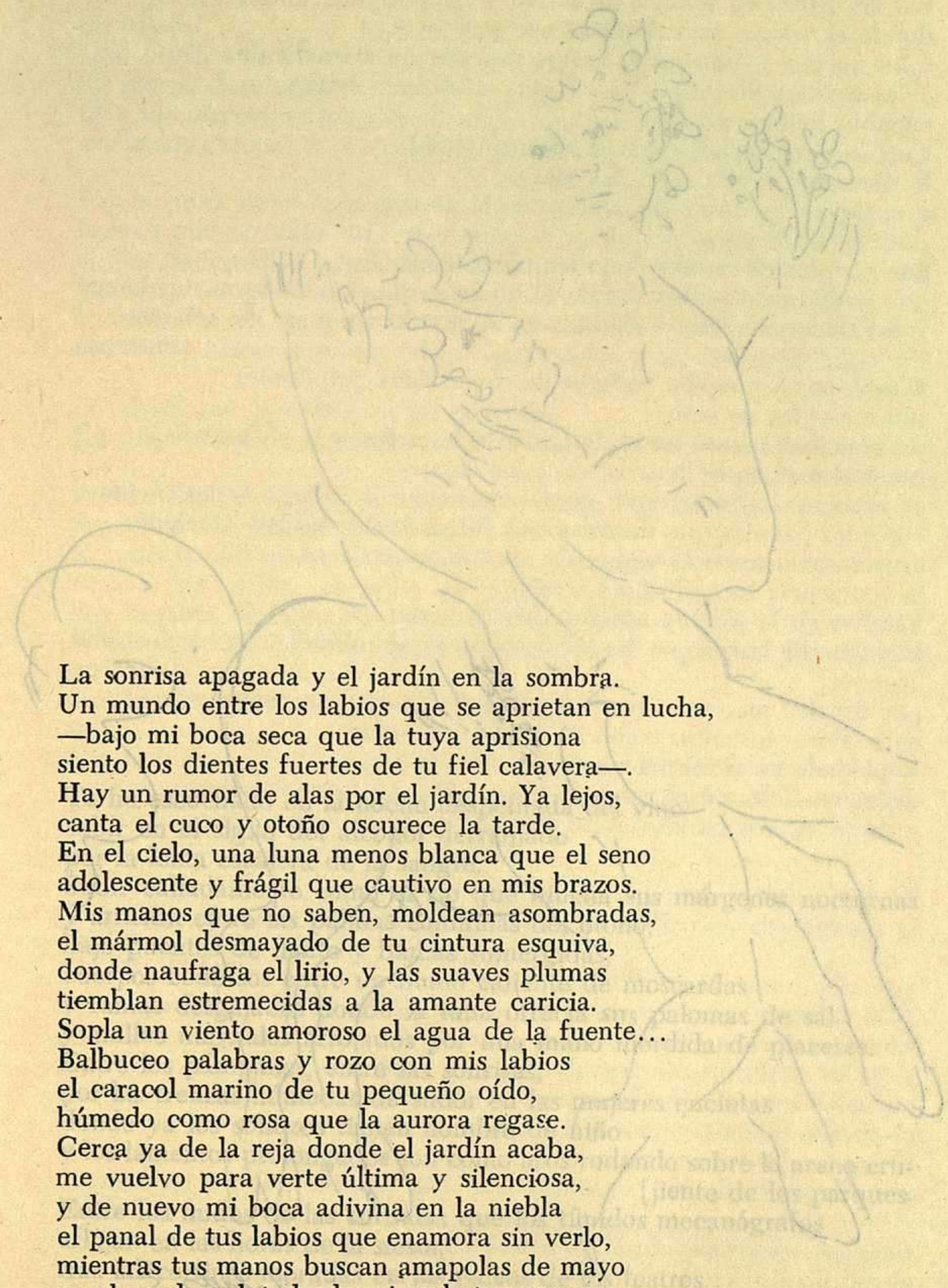
# Pablo García Baena



Pablo García Baena nació en Córdoba el 29 de junio de 1923. En 1947 fundó con Rafael Alberti y Juan Benítez la revista *Cántico*.  
Libros publicados: *Humor oculto* (1946), *Madrid* (1946), *El mundo con los ojos* (1946), *Córdoba* (1948), *Antiguo nacimiento* (Alfonso, Madrid, 1950), *Junio* (Colección "A quien con- mudo va", Málaga, 1957), *Olas* (Ago- ra, Madrid, 1958), *Antología poética* (Cuadernos de Arte, Bujalance, Córdo- ba, 1958), *Almonada* (Cuadernos del Sur, Málaga, 1971). Tiene en preparación un libro a título provisional *Córdoba*.



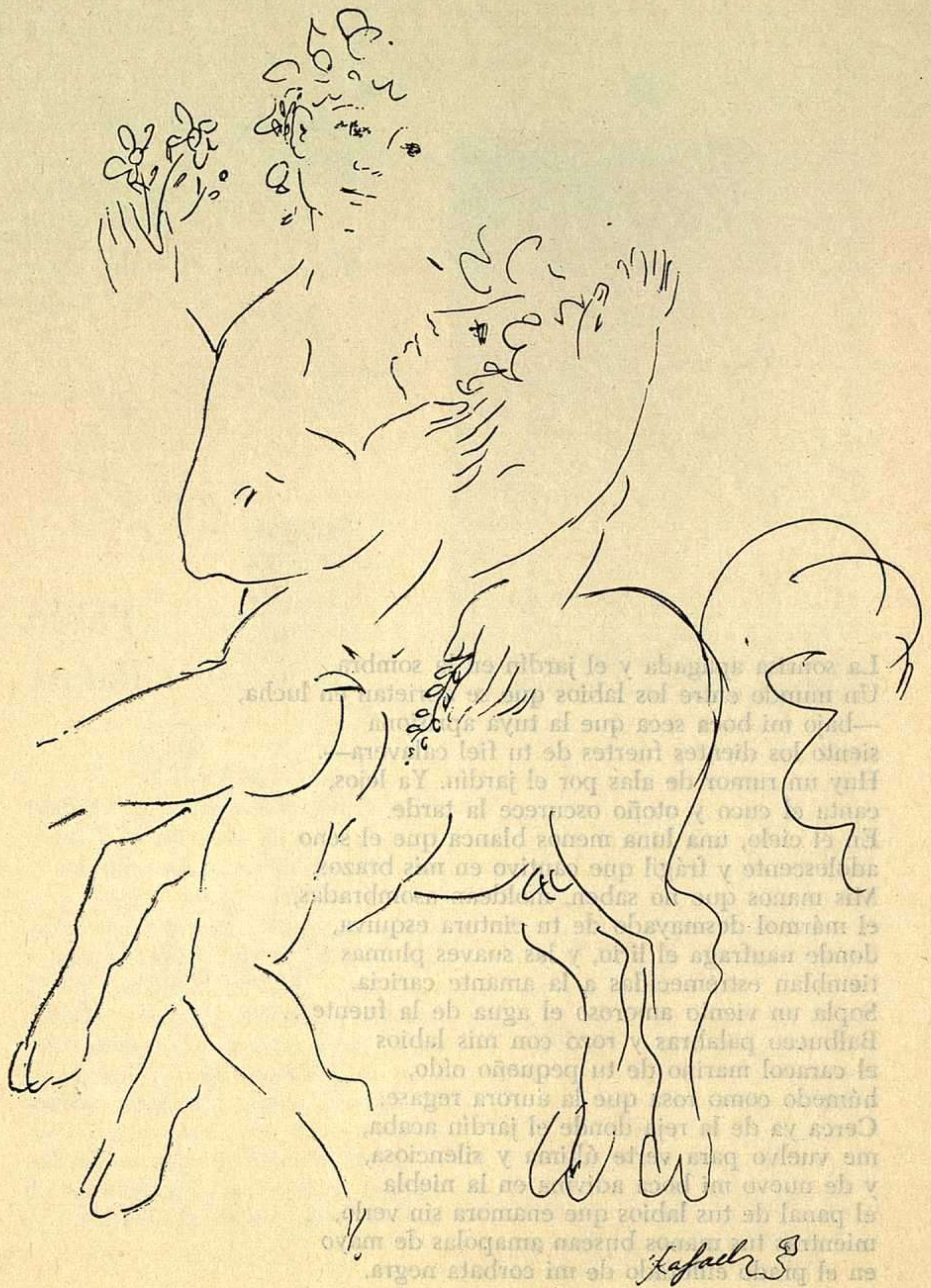
## J A R D I N



La sonrisa apagada y el jardín en la sombra.  
Un mundo entre los labios que se aprietan en lucha,  
—bajo mi boca seca que la tuya aprisiona  
siento los dientes fuertes de tu fiel calavera—.  
Hay un rumor de alas por el jardín. Ya lejos,  
canta el cuco y otoño oscurece la tarde.  
En el cielo, una luna menos blanca que el seno  
adolescente y frágil que cautivo en mis brazos.  
Mis manos que no saben, moldean asombradas,  
el mármol desmayado de tu cintura esquiva,  
donde naufraga el lirio, y las suaves plumas  
tiemblan estremecidas a la amante caricia.  
Sopla un viento amoroso el agua de la fuente...  
Balbuceo palabras y rozo con mis labios  
el caracol marino de tu pequeño oído,  
húmedo como rosa que la aurora regase.  
Cerca ya de la reja donde el jardín acaba,  
me vuelvo para verte última y silenciosa,  
y de nuevo mi boca adivina en la niebla  
el panal de tus labios que enamora sin verlo,  
mientras tus manos buscan amapolas de mayo  
en el prado enlutado de mi corbata negra.

(De "Rumor oculto". Madrid, 1946)





(De "Rumor oculto", Madrid, 1956)



## NOCHE DEL VINO

Te he escuchado en la noche despeinada del vino  
subir en el sigilo del alcohol derramado  
por la lenta escalera de la sangre.  
Subir calladamente como el río que hincha sus márgenes nocturnas  
y arrastra entre las pálidas columnas del otoño,  
bajo puentes de llanto y barcas sumergidas,  
cuerpos confusos entre un humo caliente de moscardas  
y ramas desgajadas donde la luna ofrecía sus palomas de sal  
y anillos nupciales arrojados por una mano mordida de placeres.  
Entre los pámpanos, entre las sonrisas,  
por las trenzas húmedas de sudor en las mujeres encintas  
donde ya los sollozos tienen nombre de niño  
y los lamentos prolongados son como aros rodando sobre la arena cru-  
[jiente de los parques.  
Entre los nudos de las corbatas que los tímidos mecanógrafos  
aflojan en las horas de la siesta,  
tras las cortinas moradas en los palcos de los teatros  
acechabas oculta.  
Junto al coro de las estatuas en los panteones,  
entre las violetas de terciopelo y cuentas de cristal



que recogen el duelo de las viudas.  
Por las grutas en sombra de zarzas y tarajes  
donde el verano rojo desnuda cuerpos jóvenes  
y los muslos se ciñen con la liga violenta de unos dientes  
y las rodillas desfallecen en largos calambres azules,  
vagabas lentamente.

Con la frente velada bajo el oscuro manto  
la silenciosa flauta entre las manos  
y un lejano perfume de acacias en la aurora,  
caminabas descalza  
por templos destruidos bajo los plenilunios,  
por jardines de niebla donde el amor suspira olvidado en un banco  
y los estanques tienen escritos en su fondo nombres de amadas  
[muertas.

Y tu mano arrancaba collares de esmeraldas palpitantes  
sobre escotes de yeso  
y avanzabas segura en el dominio de las arpas y la melancolía  
junto al carro que lleva la vida a los lagares,  
en el canto del mozo que pisotea, vencido, la lujuria de los racimos,  
entre los barriles que derraman su fulgor turbio en las estaciones  
asustando —como la sangre de un crimen pasional—  
la conciencia burguesa del aceite.

Estabas en la sombra aguardando tu hora  
y era inútil huirte por largos corredores alumbrados de mechas mal  
[olientes,

por túneles secretos, entre lúgubres frutas de cera cenicienta,  
entre flores hirientes como flechas de felicidad.

Replegada en ti misma esperabas ansiosa  
llegar envuelta en el vaho de las cafeteras y los mostradores  
y decir en mis labios: Aquí estuvo su boca.

En los cristales sucios de la puerta  
la madrugada entreabre su pupila traspasada por finas agujas de la  
[lluvia

y el alba tenue de los faroles  
flota insomne sobre los vómitos y las mondaduras de los plátanos.

El sueño aprieta sobre las sienas sus vendas funerarias  
y en las sombrías cámaras de pecados y púrpura  
envuelve entre la rígida mortaja de las sábanas  
el cuerpo embalsamado de los amantes.

Dormita el borracho sobre la colcha roja de los burdeles  
y en la garita de los consumos una niña duerme junto a la hoguera  
[encendida.

Bajo los cobertores de la “Pensión Oriente”  
el estudiante sueña con piernas femeninas  
y el desvelado que abre un libro al azar  
encuentra en la página 129, allí donde dice:  
“ya sabéis como en los erizos”



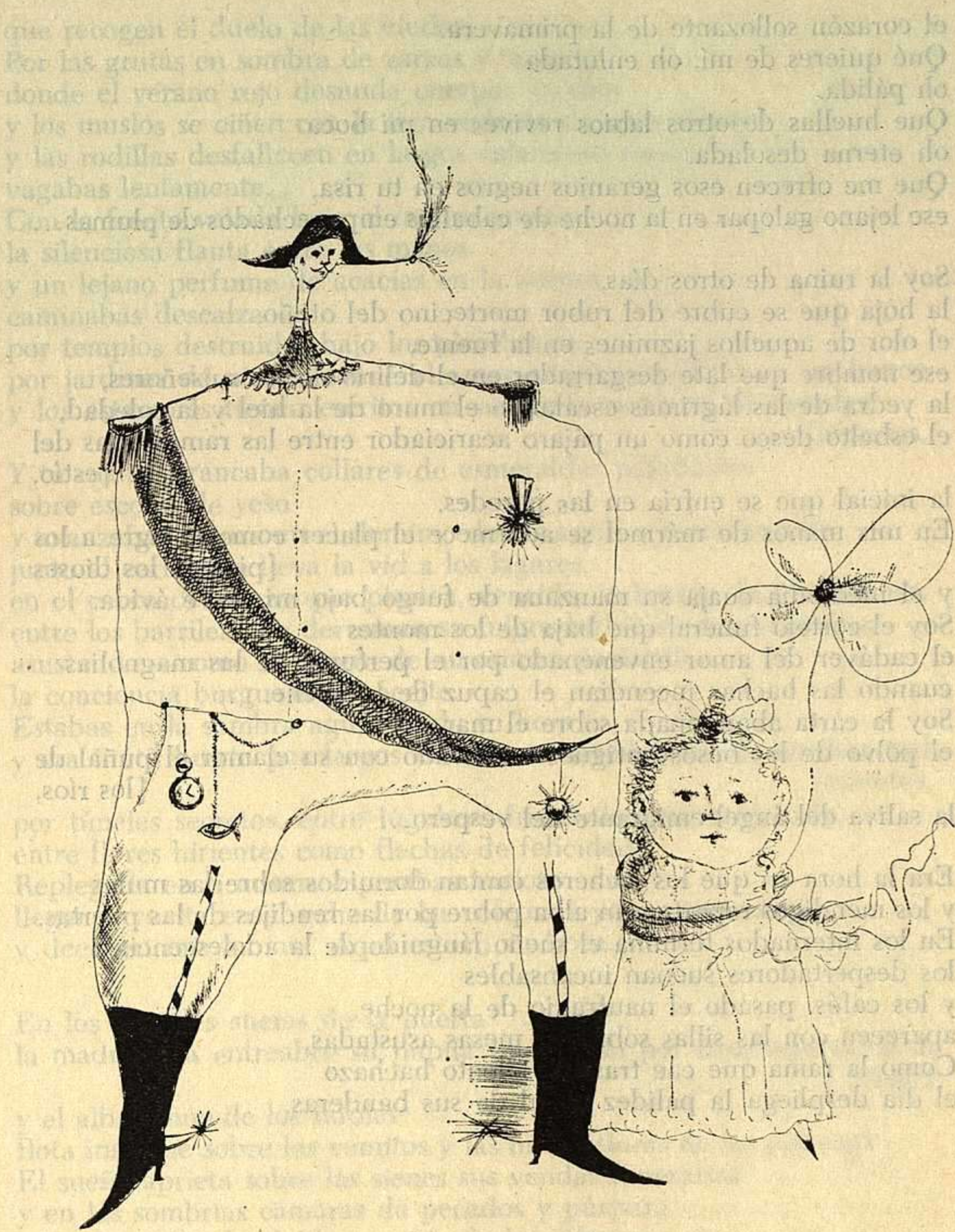
el corazón sollozante de la primavera.  
Qué quieres de mí, oh enlutada  
oh pálida.  
Que huellas de otros labios revives en mi boca  
oh eterna desolada.  
Que me ofrecen esos geranios negros en tu risa,  
ese lejano galopar en la noche de caballos empenechados de plumas...

Soy la ruina de otros días,  
la hoja que se cubre del rubor mortecino del otoño,  
el olor de aquellos jazmines en la fuente,  
ese nombre que late desgarrador en el delirio de los ruiseñores,  
la yedra de las lágrimas escalando el muro de la hiel y la soledad,  
el esbelto deseo como un pájaro acariciador entre las ramas altas del  
[estío,  
la inicial que se enfría en las paredes.  
En mis manos de mármol se adormece el placer como el tigre a los  
[pies de los dioses  
y el mediodía cuaja su manzana de fuego bajo mi nieve ávida.  
Soy el cortejo funeral que baja de los montes  
el cadáver del amor envenenado por el perfume de las magnolias  
cuando las hachas incendian el capuz de la noche.  
Soy la carta abandonada sobre el mar,  
el polvo de los besos antiguos cubriendo con su clamor el puñal de  
[los ríos,  
la saliva del ángel emigrante del véspero...

Era la hora en que los lecheros cantan dormidos sobre las mulas  
y los mendigos reparten un alba pobre por las rendijas de las puertas.  
En los internados termina el sueño lánguido de la adolescencia,  
los despertadores suenan incansables  
y los cafés, pasado el naufragio de la noche,  
aparecen con las sillas sobre las mesas asustadas.  
Como la rama que cae tras el violento hachazo  
el día despliega la palidez floral de sus banderas.

(De "Mientras cantan los pájaros".  
"Cántico". Córdoba, 1948)





19 III 1973

Rafael Pérez G. Frada



## ROND EL PALIDO EXTRANJERO

Si aún el corazón golpea en mi costado  
y hay labios esperándome  
¿por qué, otoño, levantas el sombrío cadalso de tus bosques  
¿por qué en la roja poma escondes insidioso el rubí de las úlceras?  
Aguarda aún, aguarda,  
que el estío me ciñe en su lecho de fiebre  
y un viento impetuoso  
aviva el lampadario voraz donde la llama  
quema la sed viva del cuerpo  
y el párpado, y el músculo, y las venas crepitan  
sin consumir jamás su danza triste y muda.

Con el oído en tierra,  
sobre la tierra yerma que ansía el fértil zumo de tu abrazo,  
espío tus pisadas en la noche,  
oh pálido extranjero caminante,  
oh poderoso peregrino de sienes corroídas por los líquenes.  
El atabal lejano resuena con tus pasos  
y las ménades turbias conducen tu caballo de lluvia silenciosa  
que hace huir al amor como emigrante pájaro



y convierte los tálamos en funerarias piras.  
 Tu religioso cortejo, otoño pío de vendimias  
 despliega el cortinaje perla, violeta y llanto  
 que a los mortales ojos ensombrece  
 el solemne festín de atardeceres.  
 Las nubes como encarnadas bandejas de opulencia  
 vuelcan la carne madura de los frutos,  
 que se abre en gusanos como vivientes joyas enfermas  
 sobre bocas granates de deseo  
 y el vino y la miel gotean su dulzura  
 en el áureo cuerno del cazador sorprendido  
 ante el huyente ciervo que incendia desolado con sus astas ardiendo  
 los ramajes purpúreos.  
 Cubre la muerte tu máscara de oro,  
 tu cinerario oro vegetal brilla taciturno  
 y tus manos de oro  
 arrancan a los tubos sagrados de la selva  
 como a gigante órgano, su pura melodía solitaria.  
 Los nómadas fantasmas de mujeres,  
 con los cabellos híspidos en rizos de serpientes,  
 sonámbulas de luna, pasan ciegas envueltas en su vaho de lágrimas  
 ofreciendo gargantas que invitan al martirio,  
 y su grito acompaña tu aparición, cual la de Lázaro,  
 cadáver suntuoso de gemas entre vendas,  
 collares que sostienen la podre con el palor violáceo de sus ópalos.  
 Escucho tu cercano cortejo  
 y el estío que deja sus verdes juncos finos perfumando mis manos  
 me entrega un don amargo y acre de inquietud.  
 Palpitan los relojes con tu hora y tus veloces pajes,  
 ah fríos y crueles, prenden sus aceites aromáticos  
 y árboles de humo se levantan al cielo  
 cual candeleros respirantes en la pesada atmósfera de una cámara  
 [ardiente.  
 La nocturna criatura solitaria,  
 bajo límpidas sábanas despierta acongojada  
 al rumor de los días altos que se acercan como monjes de moradas  
 [cogullas  
 que acompañan con el florido tallo de sus voces,  
 por claustros de sangrientos vitrales  
 y entre tapicerías vivas donde se enlazan cuerpos como guirnaldas de  
 [frutas codiciadas,  
 al otoño, que bajo la grana espléndida de sus racimos  
 porta en brillante píxide  
 el último suspiro adolescente.

(De "Antiguo muchacho". "Adonais".

Madrid, 1950)



## RONDEL PARA UN JOVEN VIOLINISTA

Oh, sé que he de buscarte  
cuando los frutos goteantes la tierra,  
cuando las uvas pasan mordiendo las racimas  
como si fueran labios,  
cuando las piernas rudas de los hombres  
se tiñan con la sangre púrpura de las vidias  
y queda una canción flotando en el azul helor de la tarde madura.  
Mi canto, para aquél que no sabe  
mi nombre. Para aquél que no sabe,  
mi sonrisa. Y mi amor para mí,  
creciendo ante la luna, alzándose a la luna  
inmóvil bajo el ropaje rígido,  
bajo el plegado áureo de su luz  
y la fugaz diadema de la fiebre  
ardiendo con su gema misteriosa...  
Para aquél que no sabe, mi canto y mi sonrisa.  
Para ti, con tus labios de tierra,  
que en góndola embriagada pasas  
suave y silencioso  
acariciando oscuros cabellos de violines,  
el mar tiránico y la inhumana dádiva de la música  
por quien desfalleces y para quien eres sólo  
un torpe vaso donde ella vierte avara  
unas gotas falaces de su vino,  
mientras, alta, en la alta gradería,  
ella ríe sagrada y desleal.  
Tu beso vivo

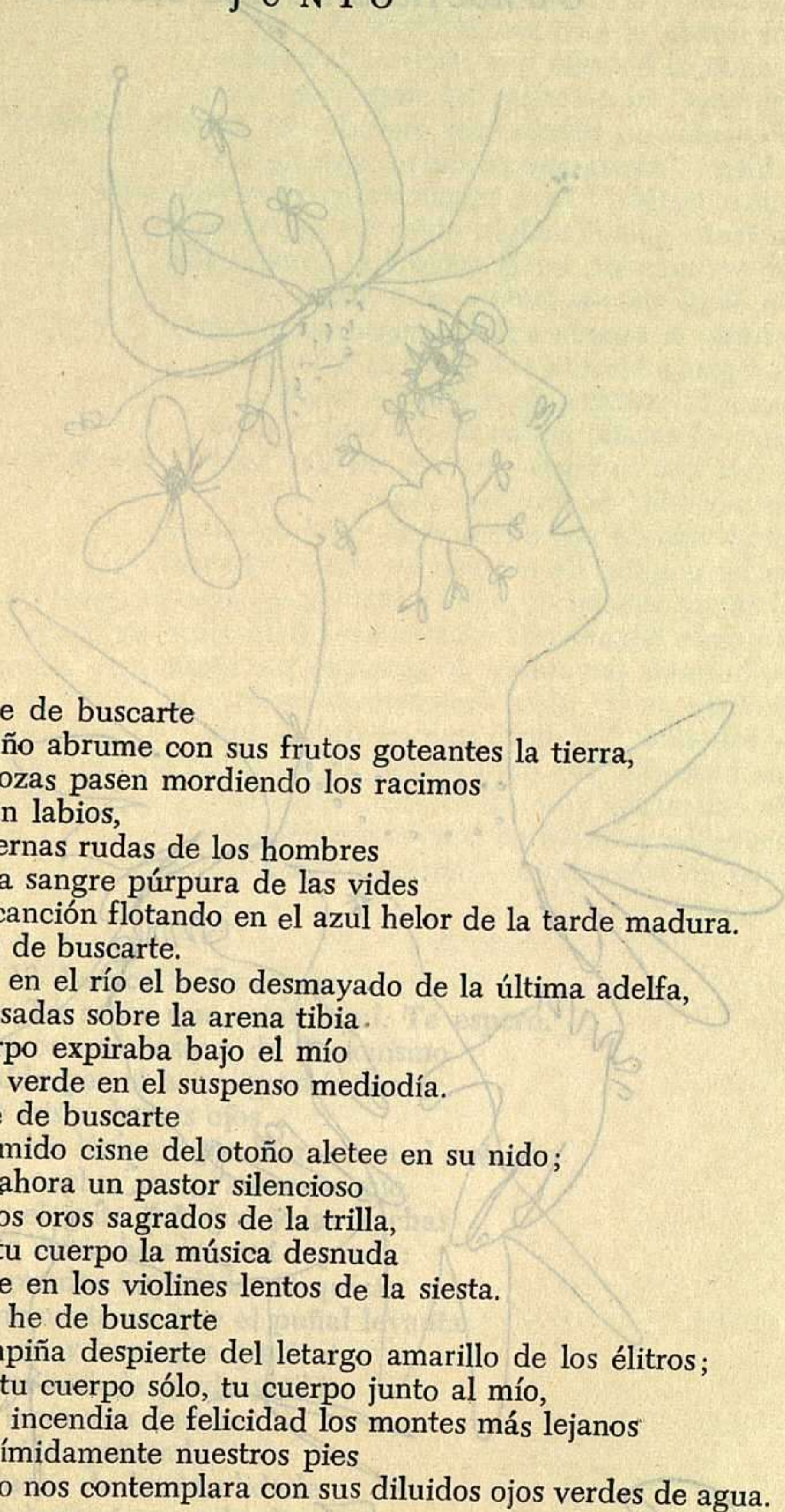
(De "Junio" Málaga, 1957)



para la carne de la humilde madera  
que la armonía esparce sólo con ser tu espejo,  
y los puros sonidos,  
cuando pulsas sombrío el corazón nocturno  
en las cámaras frías donde arde el tenebrario de la madrugada,  
acuden a tu mano como trémulas aves  
sumisas, en espera de la simiente pródiga.  
Sueñas con escenarios, pesados terciopelos de telones  
que un éxtasis de aplausos detuviera.  
Gala de las arañas encendidas  
y los hombros desnudos por los palcos:  
perlas enfermas en gargantas níveas  
y un zumbel de doradas abejas coronándote.  
Haydn de nuevo... Y la hortensia morada  
de tus párpados agrandándose lívida,  
ignorando que hay un pájaro libre en tu ventana,  
picoteando en el cristal sonoro,  
y la inicial de una muchacha escrita en la manzana que te comes,  
y un canto para ti, que no sabes mi nombre,  
para ti que no sabes mi sonrisa.

(De "Junio". Málaga, 1957)

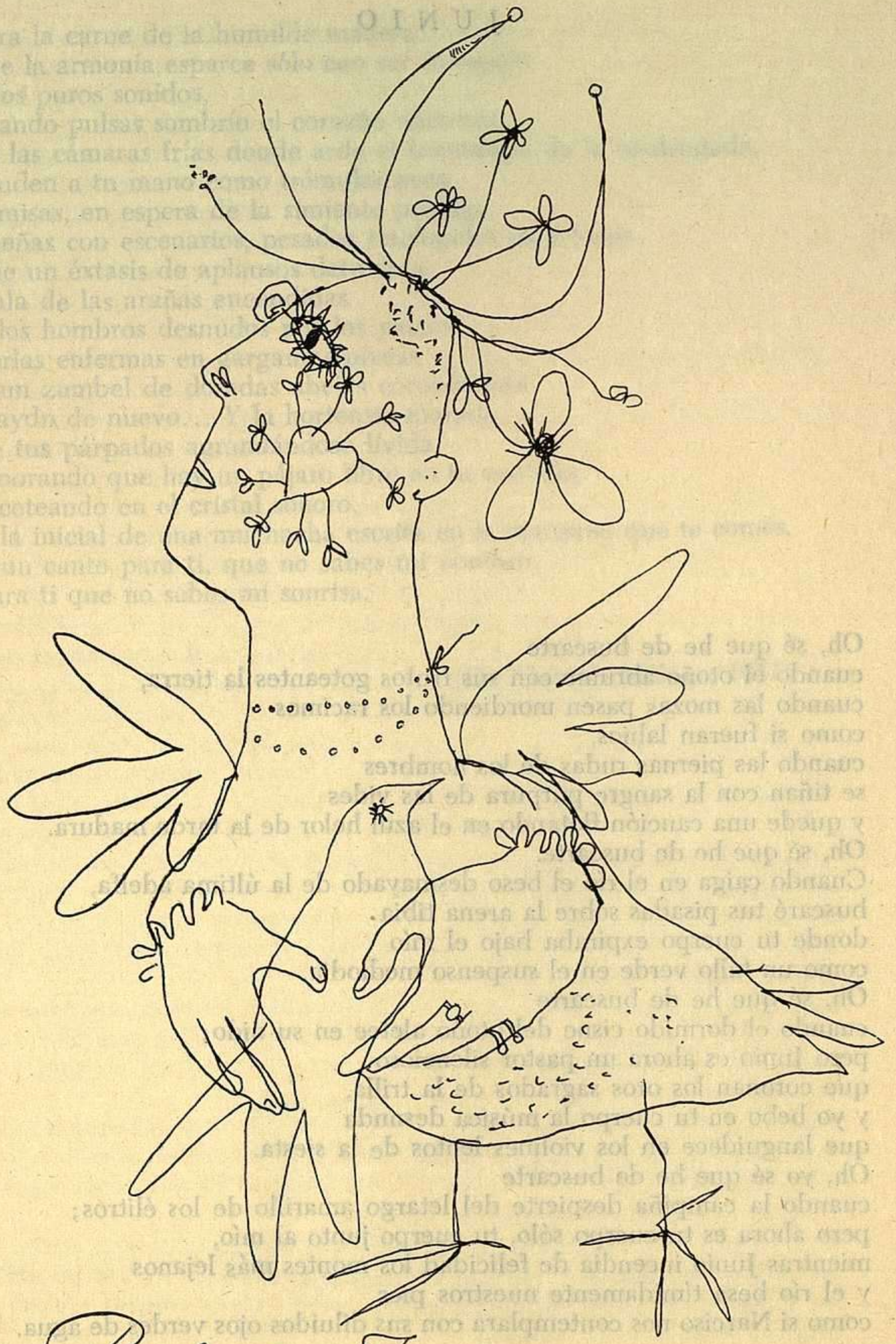




Oh, sé que he de buscarte  
 cuando el otoño abrume con sus frutos goteantes la tierra,  
 cuando las mozas pasen mordiendo los racimos  
 como si fueran labios,  
 cuando las piernas rudas de los hombres  
 se tiñan con la sangre púrpura de las vides  
 y quede una canción flotando en el azul helor de la tarde madura.  
 Oh, sé que he de buscarte.  
 Cuando caiga en el río el beso desmayado de la última adelfa,  
 buscaré tus pisadas sobre la arena tibia.  
 donde tu cuerpo expiraba bajo el mío  
 como un tallo verde en el suspenso mediodía.  
 Oh, sé que he de buscarte  
 cuando el dormido cisne del otoño aletee en su nido;  
 pero Junio es ahora un pastor silencioso  
 que coronan los oros sagrados de la trilla,  
 y yo bebo en tu cuerpo la música desnuda  
 que languidece en los violines lentos de la siesta.  
 Oh, yo sé que he de buscarte  
 cuando la campiña despierte del letargo amarillo de los élitros;  
 pero ahora es tu cuerpo sólo, tu cuerpo junto al mío,  
 mientras Junio incendia de felicidad los montes más lejanos  
 y el río besa tímidamente nuestros pies  
 como si Narciso nos contemplara con sus diluidos ojos verdes de agua.

(De "Junio". Málaga, 1957)





Rafael

73



## PALACIO DEL CINEMATOGRAFO

Impares. Fila 13. Butaca 3. Te espero  
como siempre. Tú sabes que estoy aquí. Te espero.  
A través de un oscuro bosque de ilusionismo  
llegarás, si traído por el haz nigromántico  
o por el sueño triste de mis ojos  
donde alientas, oh lámpara temblorosa en el cuévano  
profundo de la noche, amor, amor ya mío.  
Llegarás entre el grito del síux y las hachas  
antes de que la rubia heroína sea raptada:  
date prisa, tú puedes impedirlo. O quizás  
en el mismo momento en que el puñal levanta  
las joyas de la ira y la sangre grasienta  
de los asesinatos resbala gorda y tibia,  
como cárdena larva aún dudosa  
entre sopor y vida, goteando  
por el rojo peluche de las localidades.  
Ven ahora. Un lago clausurado de altos  
árboles verdes, altos ministriles, que pulsa  
la capilla sagrada de los vientos



nos llama; o el ciclamen vivo de las praderas  
por donde el loco corazón galopa  
oyendo al histrión que declama las viejas  
palabras, sin creerlas, del amor y los celos:  
"Pagamos un precio muy elevado por aquella felicidad";  
o bien: "Ahora soy yo quien necesita luz",  
y más tarde: "Tuve miedo de ir demasiado lejos",  
en tanto que el malvís, entre los azafranes  
del technicolor, vuela como una gema alada.  
Ah, llega pronto junto a mí y vence  
cuando la espada abate damascenas lorigas  
y el gentil faraute con su larga trompeta  
pasea la palestra de draperías pesadas  
junto al escaño gótico de Sir Walter Scott.  
Vence con tu áureo nombre, oh Rey Midas; conviérteme  
en monedas de oro para pagar tus besos,  
en el vino de oro que quema entre tus labios,  
en los guantes de oro con los cuales tonsuras  
el capuz abacial de rojos tulipanes.  
Vendrás. Alguna vez estarás a mi lado  
en la tenue penumbra de la noche ya eterna.  
Sentado en la caliza de astral anfiteatro  
te esperaré. Tal ciego que recobra la luz,  
me buscarás. Tus hijos estarán en su palco  
de congelado yeso, divertidos, mirando  
increíbles proezas de cow-boys celestiales,  
y yo ya sabes dónde: impares, fila 13.

(De "Oleo", "Agora". Madrid, 1958)



## DIA DE LA IRA

Desnúdame, no tengo ya otra cosa.  
El labio casi helado de besar tanta muerte.  
Sájame la mirada, deja el ojo sin lágrimas  
como una carne mísera, tibia para las moscas.  
Sobre tu piedra estoy, no vencido, ligado:  
hiere y al turbio caño de la sangre el impuro  
animal de vagido caliente perezca,  
pues que amó la carne y su comercio  
y fue carnal el llanto para él, como un miedo  
cobarde de pichones en las manos  
y la oración un pétalo manchado entre los dientes.  
Raspa, rae de mi lengua su nombre, si aún tienes  
en el día del rigor panales de dulzura  
y opera con tu largo bisturí de clemencia  
el corazón, la entraña que no tuvo cansancio  
ni olvido en el sopor del vino y de las noches  
y que implacablemente perseguías  
por las angostas calles de la antigua tristeza.  
Rebana de los dedos su urdimbre de caricias  
y deja que mis manos palpen ciegas y ajenas  
la larga tela fría del desengaño.  
Inerme sobre el mármol escucho el viento tuyo  
de las trompas alzadas a la luna postrera,  
cuando el ángel apaga la lucerna del tiempo  
y remueve las vendas,  
el sombrío aposento de las urnas,  
el agujero oscuro, el cenotafio...  
Porque desnudo estoy ante ti y te temo.

(De "Oleo", "Agora". Madrid, 1958)



## NIÑA DE LOS PEINES

Giralda de las voces... Padecía  
por su garganta un ave prisionera.  
Era la pena de la petenera  
y era un vuelo de llanto y agonía.

Entre el celo y la muerte y la armonía  
de la amargura ardiendo como cera  
está Pastora sobre su ara ibera:  
Nuestra Señora del Andalucía.

Cádiz de sal, Triana de la luna,  
Málaga del jazmín, Córdoba amante,  
le dan el vino denso del olvido.

Y ella, que el grito y el silencio auna,  
raja el granado rojo de su cante  
y entrega el corazón y su latido.



EN LA PROFESION DE DOÑA MARIA  
CATALINA VELASCO

Rafael  
Pérez Estrada

Ilustran vuestra palma coronada  
la roja rosa de la madre, el yerto  
lirio de la viudez, el entreabierto  
cáliz de la azucena ya sagrada.

Triple diadema brilla serenada  
en vuestras canas sienes y está el huerto  
del alma en un entresoñar despierto  
oyendo a la Paloma enamorada.

Avanzáis al altar del desposorio,  
trémula, sosteniendo el expirante  
corazón como lámpara encendida.

Fulge la Cruz en cárdeno ostensorio  
de llagas, arras del nupcial Amante  
y vos dejáis la muerte por la Vida.

(De "Almoneda", "Cuadernos del Sur". Málaga, 1971)



EN LA PROFESION DE DOÑA MARIA  
CATALINA VELAZCO

Ilustro vuestra prima convida  
la rosa de la madre el viento  
fizo de la vida el entendido  
ella de la savana ya sagrada.

Tiple diadema bella serena  
en vuestros cuas sijas y está el puerto  
del alma en un entresol de viento  
owado a la Bahama encantada.

Avanzis al altar del desposorio  
trémula sosteniendo el espíritu  
comen como lampara encendida

Fuiste la Cruz en cárdano ostensorio  
de la paz ante del nupcial Amanio  
y vos dejais la mano por la vida

(De "Almoneda", "Cuadernos del Sur", Málaga, 1971)





## Rafael Pérez Estrada

Rafael Pérez Estrada, nació en Málaga el 16 de febrero de 1934. Estudió derecho en la Universidad de Granada, compartiendo sus estudios (como hoy compagina el ejercicio de su profesión con la literatura) con la pintura.

Obras publicadas: *Valle de los Galanes* (1968), *Obeliscos* (1969), *La Bañera* (1970), *Prestado título: cantemos esta noche una especie de Salmo...* (1971), *Informe* (1972), *Testal Encíclica* (1972) todas ellas en las ediciones El Guadalhorce, que publica en Málaga Angel Caffarena; *Edipo aceptado*, *Los Sueños* (Premio García Lorca, 1971. Ediciones monográficas de la Universidad de Granada, 1972), *Revelaciones de la Madre Margarita Amable del Divino Niño del Sí, que para damas delicadamente melancólicas...* (edición para amigos, Málaga). Tiene en prensa *Teatro* que reúne las obras escritas en los años 1970 a 1972.



# Rafael Pérez Estrella

Rafael Pérez Estrella nació en Málaga el 16 de febrero de 1934. Estudió derecho en la Universidad de Granada, compaginando el ejercicio de su profesión con la literatura con la pintura.

Obras publicadas: Valle de los Calvarios (1968), Obeliscos (1969), La Bañera (1970), Vestido blanco: contornos esta noche una especie de Salmo... (1971), Informe (1972), Textos Escritos (1972) todas ellas en las ediciones El Guadalquivir que publica en Málaga Angel Castaños; libro aceptado, Los Sueños (Premio García Lora, 1971. Ediciones monográficas de la Universidad de Granada, 1972). Heterologos de la Madre María Santa Ana del Dicho Año del 21. que para dar una delicia de malacitano... (edición para amigos, Málaga). Tiene en prensa Teatro que reúne las obras escritas en los años 1970 a 1972.





## ELEGIA SEPIA A UN OBISPILLO (1.<sup>a</sup>)

Si apartas mano, intención, mirada: puede. Si caminas: quizás.  
Si entras: luz te ciega. Las puertas se abren a una extensión de már-  
moles cuadrados. No hay baile.

Los obispos tendidos se dudan a la lepra que araña las facciones  
a la piedra, o al bronce que descompone ácidos. Obispos marcantes  
de estilos, obispos rotamente góticos o tortas de obispos de antiguo  
románico, obispos barrocos de mística y escudo, obispos románticos  
de leyendas de seises (Sevilla, ahora) o llantos de abandonados pajes.  
Obispo I. Obispo II. Obispo III. Ancianos arzobispos. Equivocado  
cardenal joven.

La puerta abierta, fuera (repetida sensación de huir) Sebastián  
yace al dardo que le clava para siempre a un limonero. Jugo de ca-  
chorreñas, no sólo sangre.

Juega el hilo a la gastada desigualdad de las losetas. Se arrastra  
de Sebastián la sangre, no pasa, no señala.

Obispo I. Obispo II. Obispo III...

La mesa. La casa insólita (piensa un título: obligada muerte), el  
perro que defiende la arrebatada huida de viejos Sévres. La pared, el  
silencio. No murales. Capas distintas de papeles, primeros a mano.

—Pintados a mano.



Luego papeles, remiendo de papeles, periódicos.

—Manos, manos de pintura o sólo manos.

Y las manos no unidas, apenas apoyándose en la volcada copa. Vocación de espíritus olvidados, obsesivos parientes, idénticas preguntas.

Distinta muerte ésta de piedra a bronce o ambas cosas. Dentro el ácaro, la capa magnífica. Arcas de obispos, extraña colección (no hay lupa) gusanera que se llevó el resto (preciso: resto o el resto: pudridero) y se quedó el bordado enfriándose de una lejana monja (emparedada, ahora). No ácaros: báculos, mitras, cruces de un brazo, dos brazos, tres brazos y fuera piadosas las manos (éstas que ya no acuden a bendecir solicitadas mesas), no manos vacías, guantes insosistentes a las sortijas. Amatistas.

Y Sebastián, sangre desnuda, avanza. Avanza la copa, sigue dificultosa el abecedario: Obispo I. Obispo II. Obispo III...

Ha muerto Sebastián, lo dicen las campanas (no son las tres, ni es hora exacta).

Señala la copa, copa movida, margarita de nones o de... ¡No importa qué margaritas!

La puerta abierta ¿por qué no se evade la luz? ¿Por qué no se escala a sí misma, se enrolla en sí?

Vacías imágenes. Pies carismáticos, acariciados pies donde el polvo de la flor se confunde y no ruge el león donde se apoyan. Si quisiera el órgano... (hablan los órganos: huye luz, ¡escapa!).

Cerrada está la puerta.

Obispo I. Obispo II. Obispo III. Plaza del Obispo (fuera).

Y aquí dentro se yace Sixto Pragmático, Cardenal, Príncipe, Cuerpo apenas dibujado.

Frío se está el boceto de Sebastián en el jardín que acaricia su nombre.

¡Ay, un jardín! Lugar donde el corazón fue desgarrado. ¡Ay, de sombras y recuerdos, de injertos! Y el corazón ya es todo falo: acontecido hecho: circuncisión del corazón en Jardín de Sebastián para esta casa el nombre.

No se detiene la copa.

Quizás se preguntara (lo que todos se piensan) o quizás no.

Avanza la sangre, asciende ligera sobre las armas no bordadas a esta tabaquera donde se yace Sixto Pragmático, Cardenal de apenas quince años, devoto en Sebastián, romano Príncipe de... (así debió leerse)...

Talco a la copa. Que se deslice. Que dé nombres completos: alfileres, huevos, estambres, pistilos, infamantes amores, signos complacientes, mentiras o asquerosas verdades.

Asciende sangre y luz al mármol dicho.

Amanece.

Tonta la luz ha vuelto y pasa multicolor (vidrieras) el rojo a los bronces de Obispo I, Obispo II, Obispo III y el verde a los mármoles de Obispo I, Obispo II, Obispo III.



La copa boca arriba.

Las amatistas brillan. Olvidaron borrar dos piadosos besos.

Luces. Cristóbal y el niño son el arco iris.

Las quimeras se reposan.

Milagrosos relicarios. Nadie observa.

El corro. Los corros. Las naranjas son agrias. De Sebastián ya sólo el dardo queda (quizá reló de sol). El otro corro. Desnudo, la barriga hinchada, morados labios, el obispillo se yace, el ombligo (pellejo, pergamino) apenas alcanza la tumba de Sixto Pragmático.

Al parecer, se dice, escribió Sixto: Elegía sepia a un obispillo muerto.

Unido al sarcófago del cardenal niño Sixto Pragmático, un fetillo. Las manos no se empujan, sólo cordón umbilical. Dentro reposa el mejor amigo de Adriano VI. Fuera, pellejo; incógnita barriga, el feto. Más que feto, niño morado de muerte y labios. Niño de mi-  
ta: obispillo muerto. Las bábvas acechan —no hay placenta, acusa roca— piadoso: el arcipreste, el Cabildo, la escolanía y el coro asisten al corte del cordón. Al fin la muerte, venida de la muerte.

Muerte de un cardenal adolescente, niño que juega al escondite en el frío manoleo de esta, quizás, ya antigua catedral.

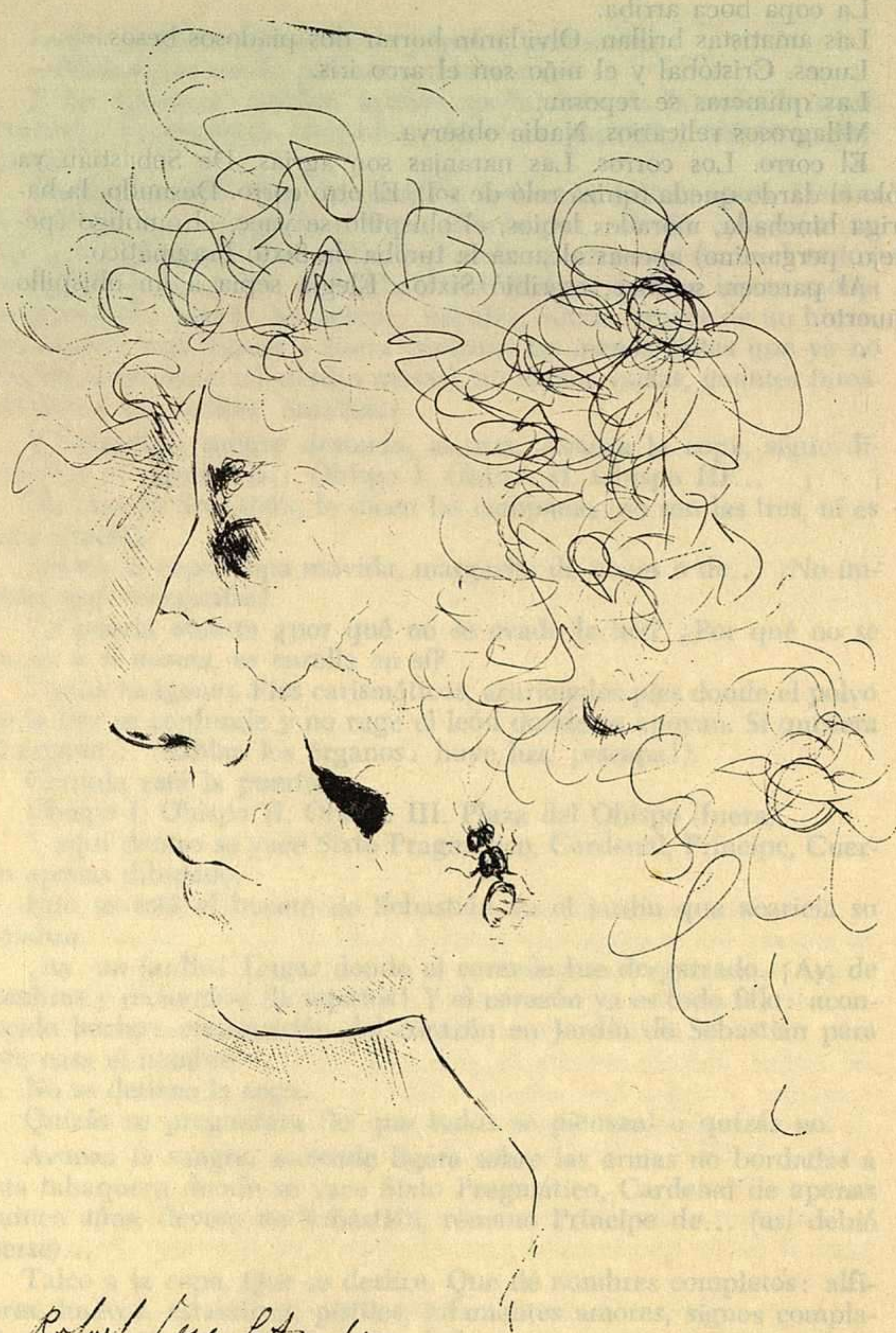
Muerte del obispillo, perfil de muerte que se hematoma sobre un viejo coque, aquí en la sacristía, quizás, de antigua catedral.

No, no es milagroso el hecho, ni suntuoso, ni hágas hágas, relicarios, sólo cantas con el viejo poeta la elegía que escribió Sixto Pragmático, cardenal niño, incontinente a consistorio, cardenal sin sinodo. Adolescente, acaso.

El escalón te enseña a acrobatar, llamas, fúerces a la piedra o  
La sacristía se lucide en bistoria a la necropsia de un obispillo muerto.

Escudo de azucenas —color celeste— Arriba de estas tantas trom-  
patas de sonido, mármol rosado: sillón episcopal. Vidrieras que para siempre sueñan a Sebastián herido de palomas.





Rafael Tey Latorre

22 julio 1972



## ELEGIA SEPIA A UN OBISPILLO (2.<sup>a</sup>)

Unido al sarcófago del cardenal-niño Sixto Pragmático, un fetillo. Las manos no se enlazan, sólo cordón umbilical. Dentro reposa el mejor amigo de Adriano XI, P.M. Fuera, pellejo; raquílica barriga, el feto. Más que feto, niño morado de muerte y labios, Niño de mitra: obispillo muerto. Las beatas acechan —no hay placenta, acaso roca—, piadoso el arcipreste, el Cabildo, la escolanía y el coro asisten al corte del cordón. Al fin la muerte se riñe de la muerte.

Muerte de un cardenal, adolescente, niño, que juega al escondite en el frío mausoleo de ésta, quizás, ya antigua catedral.

Muerte del obispillo, marfil de muerte que se hematoma sobre un viejo encaje, aquí en la sacristía, quizás, de antigua catedral.

No, no es milagroso el hecho, ni satánico, ni hagáis lujosos relicarios, sólo cantad con el viejo poeta la elegía que compuso Sixto Pragmático, cardenal-niño, incontinente a consistorio, cardenal sin sínodo. Adolescente, acaso.

El escultor te enseña a acariciar, frías, facciones a la piedra.

La sacristía se incide en bisturí a la necropsia de un obispillo muerto.

Escudo de azucenas —color celeste, liturgia de estas tierras trompetas de sonido, mármol rosado: sillón episcopal. Vidrieras que para siempre sueñan a Sebastián herido de palomas.



No temed.

Se encienden velas. Se apagan al cono en pértiga del final de un roquete de joven monaguillo.

Cae el desmayo al olor de la cera.

Buscad y rebuscad, trastear cajones, ordenad cartas, enlazarlas al olvido del violeta, dibujad pensamientos en los pañuelos tristes del otoño. Seguid buscando. —Caliente, más caliente, que te quemas. El grito. Al fin (ya) la elegía.

No hay coro virginal que sepa un canto sin notas.

Se comenta que las hornacinas ensayan a las tardes esta triste canción.

Incierto.

La catedral se ciega a puerta de año jubilar. Incierto, no hay privilegios, ni bulas. Sólo incienso.

Equivocado sea quien se tome de autor de un llanto que empieza a repetirse.

Niño obispillo, roquete y manteleta, blanda, serena y frente que escondes y ocultas a una mitra, que se te cala a pieles que no vieron la alegría del brillo del mirar. Pasión de niño m'ó. Huevo roto, finalmente quebrado, clara y yema de este orgasmo que fue. Obispillo con los labios cerrados a pezones que se están cansadamente secos. Niño biscuit amasado de tanto esperar. Papilla que serías, camarlengo de papa, con un escudo rosa y un emblema rampando a lema que se diga: es pura la azucena cuando el amor. Deditos pellejosos, quietos a babas, abierta tripa, ángel de nichos, isabelino niño de tonto cementerio. Así, quieto, con los dedos unidos (bendiciendo) y la verdosa angustia de las flores que cubren.

Piadosa muchedumbre atiende hacia Adriano XI, P.M., detrás Sixto Pragmático (tal como lo esperas).

Hachones, cruz alzada, descalzos pies que arrastran herrumbrosas cadenas, y ya servido sobre la plata (de Amadeos y Alfonsos) se averigua el recorte del anticuado encaje: el obispillo muerto.

Niño, piadoso obispillo que se me fue, como una bola de naftalina que no tuviera otra bola de naftalina, y se picara de falta de naftalina, o como un grito sin forma, niño de día treinta y uno de julio. Niño para siempre, tristeza de niño.

Obispillo sin dientes, no galletas, roído por galleta. Niño sin ton ni son. Quieto niño.

El grito.

La saeta. Canta el coro las preces, se alza el sumidero de la plaza. Los negros bajan las asas de plata, antigua, vieja y colonial.

Sixto Pragmático llora. Se humedecen los párpados al bronce. Lapa, la tapadera municipal, como un respiradero y número en registro, mar abajo. Moisés de ocasión, va desnudo el obispillo muerto. La amatista atada al cabo del ombligo.







## VISION DEL SEXTO TACTO

Génesis rotulada en óvalo  
de genital opaco brillo, que  
entomada entre-pierna penetra,  
agitosa fuerza, la Medusa:  
serpentín de cabellos al viento de contrario.

Visión del sexto tacto. Lejía medular,  
rocosa cuesta a Hermes (Monte de pedaleo).  
Vacío de espaldas, yeso, mañana (intemporal  
adversativa) deja al palmar encuentro:  
tralla del repetido módulo,  
mordedura de guerra. La cabeza.

Ya nada. No está flam'gera (indicador arcángel),  
ni aparcamiento hecho señal, medida en la frenada,  
cuesta que el cuerpo se acarrea, reconveniente,  
al cuerpo.  
Olor de llanta, muscular herida que  
fuerza el brazo al cerco en el abrazo y  
esfínter corta al aire: muñón que se desliza.



Por dos veces una, aciagas visionarias entrecalan  
las llagas en suspiros.  
Por tres veces dos, beatíficas vírgenes jadean  
al flagelar los dedos y conjuran del invisible esposo.  
Por dos veces una se hastían, agonizantes, del pupular en rosas,  
de tenebrosos símbolos que descifran,  
atardecidas misas amarillas.

Nupcial al tacto repetido, el cuerpo escapa  
del juego de manos en apretados puños.  
Y de fin, por dos veces (sólo una) el Todo se envara  
al mar del mismo lecho.

Ya es la tarde.

Del tendadero, un quieto viento, alza poleas  
de sábanas y confundidas prendas.  
A estribor, rígida la figura, catalépticos miembros,  
la mano, perdida por el suelo, caricia entopecida, navega.

(Sudor inquisitivo, el pulso, pierde  
en la alfombra la unidad del cigarro.  
Algo se consume. Se hace).

Herido está el olor que al buitre ahuyenta,  
y sigue navegando en frígida caricia  
para siempre.

No muerde el labio la enredada moneda de Alejandro.  
(Macedonia perdió la efigie en pátina)

Calló el oráculo.

—Silencio, Febo Apolo.

Tenebrosas Euménides. Impías.

Furias, el oleaje hace piltrafa de carisma enlatado

y al himno del cigarro, laberíntico, germina

la flor del asfodelos.

Orfeo, a cera castra, quebrando silencio a las sirenas.

Erinias enjugan el llanto de la Hydra.

Rueda la roca, Sísifo amanece: tierra

Escoria se adivina, segado el prado,  
donde cuerpo y el otro, olvidados,  
se envaran.

(De "Testal Encíclica" (El Guadalhorce))



## TESTAL INERTE

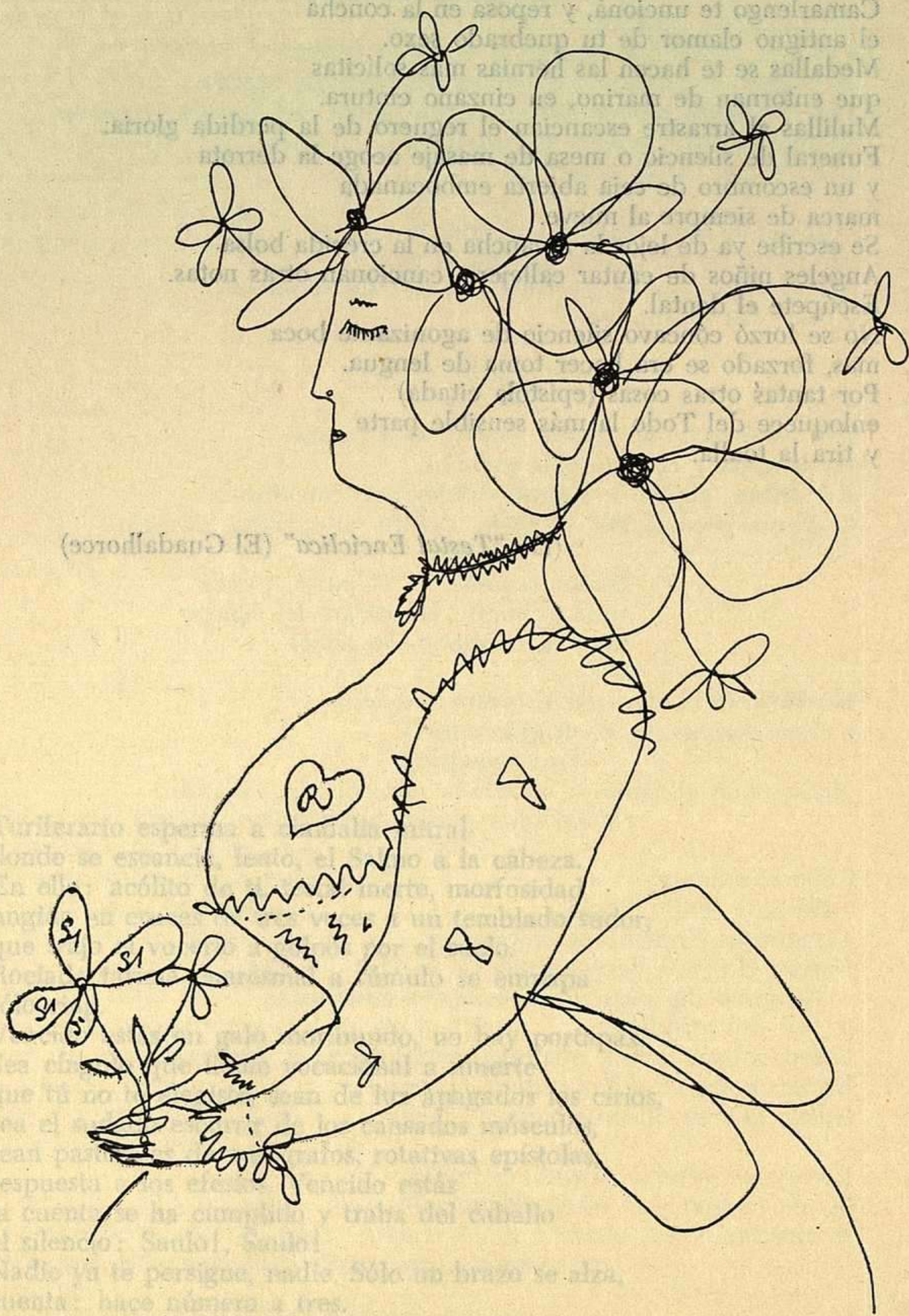
Turiferario esperma a cimbalia mitral  
donde se escancia, lento, el Salmo a la cabeza.  
En ello: acólito de ti, testal inerte, morfosidad  
ungida en cruces de tres veces a un temblado sudor,  
que trajo el vocerío a golpes por el suelo.  
Rociada tarima cuaresmal a túmulo se empapa  
sólo ring.  
Vencido estás en galo moribundo, no hay portapax.  
Sea cingulo que llame vocacional a muerte  
que tú no te elegiste, sean de luz apagados los cirios,  
sea el sudado escurrir de los cansados músculos,  
sean pastorales de autógrafos, rotativas epístolas,  
respuesta a los efesios. Vencido estás  
la cuenta se ha cumplido y traba del caballo  
el silencio: Saulo!, Saulo!  
Nadie ya te persigue, nadie. Sólo un brazo se alza,  
cuenta: hace número a tres.  
Y antes, cónclave, votación de "tocados" y fuera  
los "segundos" (acólitos). Se apartan  
la fumata è bianca, no a ti, anuncia la gaceta.



Camarlengo te unciona, y reposa en la concha  
el antiguo clamor de tu quebrado sexo.  
Medallas se te hacen las hernias más solícitas  
que entornan de marino, en cinzano cintura.  
Mulillas al arrastre escancian el reguero de la perdida gloria.  
Funeral de silencio o mesa de masaje acoge la derrota  
y un escombros de ceja abierta embocanada  
marca de siempre al nueve.  
Se escribe ya de lejos la revancha en la crecida bolsa.  
Angeles niños de cantar callejero, cancionan otras notas.  
Escúpete el dental.  
No se forzó cóncavo silencio de agonizante boca  
mas, forzado se era hacer toma de lengua.  
Por tantas otras cosas (epístola citada)  
enloquece del Todo la más sensible parte  
y tira la toalla.

(De "Testal Encíclica" (El Guadalhorce))





21 VIII 1973

Rafael Pérez Escribá



## TEATRO

Habitación encarnada en libros, mesa repleta de libros. El resto del mobiliario, un tresillo. Sobre la alfombra, libros; dan la impresión de libros raros, curiosos, extraños libros.

A través de uno de los paneles de la biblioteca, que asfixia a una ventana, entran mortecinas la luz y las voces de los niños de siempre que cantan:

*¿Qué es el viento?*

*El viento es el aire en movimiento.*

En escena, Personaje. Su vestimenta le confunde con el color de los libros recién encuadernados. Se diría que el personaje también lo está. Maneja libros y le va colocando cintas de papel.

Cuanto ocurre a continuación se escenifica en mímica exagerada de cine mudo.

Entra una joven. Personaje no la observa, viste de gasa, el maquillaje blanco al igual que el traje, la acompaña un adolescente con el torso y los pies desnudos, es el jardinero, lleva una regadera y un cesto de esparto con abono.



Personaje se inquieta (*Fetichista*), atiende, observa los pies del joven. Rectifica y vuelve rápido a colocar papeles negros en los libros. El jardinero da la regadera a la joven, ésta lleva las manos a una pámela enorme con cerezas de madera.

Los jóvenes empiezan su trabajo. Ella deliciosamente histérica, él torpe en su seguridad, éste coloca abono entre los libros. La joven tararea "¿qué es el viento?...", mientras siembra y riega.

Personaje airado los amenaza, gesticula y señala lo puerta.

Es el ángel arrojando del (Su) paraíso.

Personaje sigue leyendo. Toma dos libros idénticos y los compara. Entra sirvienta, trae un jarrón repleto de crisantemos en plástico. Para colocarlo en la mesa ha de apartar los libros, el gesto es brusco y algunos caen. Personaje nuevamente indignado, en pose de Gustavo Doré, expulsa a sirvienta, ésta sale. Personaje saca unas tijeras y corta las flores que quedan desparramadas. Sigue leyendo.

VOCES: *¿Qué es el viento?*

*El aire puesto en movimiento.*

Personaje saca algodón de una caja de plata y se taponan los oídos.

\* \* \*

Entra la esposa, al menos es la sensación que da. Viste de gasa estampada en flores y lleva una de tela vieja prendida al pecho. La esposa se coloca tras Personaje, le acaricia el pelo, Personaje se incomoda. Ella observa extrañada las flores de plástico, las recoge con cierto descuido, toma libros y los abre, les coloca algodón y después las flores, intenta prensarlas, no lo consigue, así que coloca los libros en el suelo y los pisa.

Personaje indignado, exterminador, la expulsa. Sigue leyendo (o no).

\* \* \*

Entran a escena los hippies, observan con interés el estiércol, desmenuzan tierra y semilla. Miran las flores de plástico. Uno de ellos va coronando a los otros con los crisantemos. Una adolescente hace un gesto de dolor al ver el libro que sigue prensando a una de las flores, la saca con cariño y la coloca en su pecho como si fuera a darle vida.

Personaje empieza a preocuparse por los hippies, éstos por los libros, van a ellos y arrancan sin cuidado hojas, unas tras otras. Cuando han conseguido cierta cantidad se sientan con desgana y con el papel impreso arman flores artificiales.

Personaje, exterminador, los lanza al vacío.

\* \* \*



VOCES DE LOS NIÑOS: *¿Qué es el viento?*  
*El aire puesto en movimiento.*

Personaje se alza, abandona los libros, se acerca a la ventana clausurada y con algodón impide que entre la luz natural. Sin embargo, en bajo, se sigue oyendo a los niños cantar.

\* \* \*

Marcha fúnebre de MAHLER.

Entran a escena Doncella y Jardinero. (Este lleva ahora unos zapatos de lona que el personaje mira con cierto fastidio.) Los adolescentes, casi ridículos, portan una caja diminuta, da la impresión de un paquete rizado en papel de confitería, si se observa bien se percibe la irrealidad, es un ataúd blanco.

A los dos jóvenes los siguen, casi formados en procesión, la sirvienta, la esposa (así lo parece) y por último los hippies; éstos, desordenados, siguen coronándose. Uno de ellos rezagado toca el tema "¿qué es el viento?"

El grupo queda al centro de la escena. El jardinero sale, vuelve con un saco de tierra y una pequeña pala. Vacía el saco; al hacerlo Jardinero y Doncella se abrazan. Personaje, imperturbable, sigue leyendo. Los del grupo traen flores, de papel, de tela, robadas a fanales antiguos, de plástico y naturales. Las van, más que sembrando, clavándolas en el montón de tierra.

El grupo toma de nuevo la caja y desfilan como por un laberinto entre los libros.

VOCES DE LOS NIÑOS: *¿Qué es el viento?*  
*El padre de la rosa de los vientos.*

Quedan de nuevo frente a Personaje. Quietos los hippies, indolentes. La esposa (así lo parece) va hacia Personaje y le toma el libro. El libro está unido al hombre por un extraño cordón, casi interminable, que la mujer corta. Jardinero abre el ataúd, introduce el libro, la blancura de tarta de la caja se ensucia por el cordón que no ha sido (inadvertidamente) encerrado junto al libro.

Mientras, el grupo, ritual, procede a enterrar, removiendo la tierra y las flores, la caja, Personaje se levanta y toma otro libro, lo acerca a su estómago encuadernado y señala una página cualquiera con el resto de cordón que le cuelga.

La escena queda a oscuras.

VOCES DE LOS NIÑOS: *¿Qué es el viento?*  
*El aire puesto en movimiento,*  
*el padre de la rosa de los vientos.*

(De "Edicto aceptado. Los sueños". Colección monográfica. Universidad de Granada, 1972)



## EL SUPPLICANTE

Abiertas fueron las tumbas todas de los añejos dioses. Quedábase la tierra seca a la distinta piedad acumulada y al borrado sentir del temor (terror en ocasiones). Se hacían distintas las trompetas (apenas un silencioso quejido).

Se afirma del mármol enfermizo, equivocado, uniéndose, del olor a incienso y de la propiciatoria carne hendida más abajo de las caries, que al descubrir, dejan los dioses.

Erase del sello roto, del triángulo y el obelisco, y no se osa decir al rueda de los ajenos cuervos: todo poder y toda gloria.

La Sixtina suspende las ecuaciones, los números se hacen guarismos comprensibles. Mas no: todo poder y toda gloria.

Harapientos mantos y escuálidos bicéfalos acuden, al parecer propiciatorios, a la imprecación del último dios. Los otros, piedra y bronce, olfatean lejanos sacrificios. Así, los olvidados de la piedad, los olvidados del ayuno, los de la caprichosa manera de estarse a servicio virginal o a castrado servicio. No se dice de la abstención de carne o de pescado, ni menos de cenizas.

Extraños dioses eran así llamados.

Dijo el Todopoderoso: he aquí al hombre.



Las pétreas figuras eructaron mitología de pupilas y se acogían a ellas, el barro, el fuego y los vientos de tan cambiados nombres.

—A imagen y semejanza (un eco antiguo).

Y el hombre (aquél) se fue a la palabra dicha, de forma tan confusa, metamorfoseando, y se era: águila de cabeza a cuerpo conocido o lo contrario; así también, suplicantes brazos en demasía. Acaso jacinto y monstruo al Uno.

Mas hizo de nuevo silencio, el Todopoderoso:

—He aquí al hombre.

De muchas cosas distintas entreabrió teología la asamblea.

Mas por segunda (o quinta) vez hizo callar la voz:

—He aquí al hombre.

Aclaró el ignoto: éranse de principio dos.

Reticente el Todopoderoso, preciso, hizo silencio al reafirmar.

—He aquí al hombre.

Y dijo el hombre: sólo el hombre.

La lluvia del caos volcó la piedra, y fueron lucha los encontrados dioses, y era el lema el mismo (no entendido); a imagen y semejanza.

Sólo estábase el hombre.

Trataron de oculto, a tregua, los dioses (todos), y propuestas parabólicas trajinaron. Pero no fue carnaza el hombre.

Dijo el último de los poderosos:

—Sea perfecta imagen no tentada.

Dijo el hombre: sólo tierra.

Cesó la lucha e imprecaron los dioses al Todopoderoso:

—¡Sea imagen!

Y el hombre, ajeno a la manzana, no fue blasfemia al romper el espejo.

Así la tierra, componedora, abrió tumbas a los antiguos dioses.

Fue el silencio, la luz y las tinieblas, los mares por su orden.

Quedó el Todopoderoso. Suplicante, abrazó las rodillas al hombre:

—Serás de igual a mí.

Volvió la espalda el solitario y avanzó. Caminó por un pasillo de corredores paradisiacos al bien y al mal. Y fue cerrando puertas.

Tomó guardia en la última. Se tapó de tierra los oídos, descubrió el sexo alzado, y no le fue llegada la voz del suplicante.



## NATURALEZA MITICA

No me siento en terror de haber copulado con el unicornio, que libre estoy de culpa, pues ignorante de su naturaleza mítica, me declaro "sin conciencia de pecado".

No me siento en terror de haber reincidido en el copular con el unicornio, que no hay mancilla en ello, que nadie (insisto) me descifró el símbolo.

No me siento en terror de haberle retenido, atado de noche a mi pie, para que la evasión (si la intenta) me espabile el cuerpo.

Quizás me sonroja (no me aterra, insisto, no tengo conciencia de pecado) haberle dado muerte (me apuró el griterío, el que de ello supieran los vecinos) ¿qué podía hacer o qué haría de nuevo? (lo mismo) al descifrar que el símbolo tenía de purpurina, que no de oro el asta.

Créame, no tengo conciencia de pecado.



## OTOÑAL OLVIDO

A falta de otro paisaje, improvisamos, al modo de los más eficaces ingenieros de la imaginación, éste: sobre el suelo un espejo y colgando a él un flexo. Hecho, el amigo cuyo nombre olvidé, adoptó un aire confidencial y me reveló el primer secreto de un escritor. Sabía que su imaginación se encrespaba como la mía, capaz la de él de improvisar en los ratos de soledad el entramado a uno de los muchos artículos que, luego, antes, y hacía tiempo había leído con interés. Estaba angustiado —te basta un block, dijo, para atrapar una idea (así, como los coleccionistas de tantas otras cosas, vi de inútil al maestro), la apuntas y luego, luego todo el proceso de elaboración.

Había esparcido aquellas hojas en las revistas mayores y menores, al uso, y en los periódicos de diversas tendencias. Fue su obra.

Al terminar el café, una tarde, me dijeron que había muerto, o simplemente que se había ido, o quizás que no estaba. Desde entonces, como homenaje al maestro, he intentado recopilar su obra, he braceado en hemerotecas, pasó las tardes calentando las manos al coñac o viceversa, inútil. El block se deshace o se deshizo tiempo atrás, y del hombre, de mi maestro, sólo queda, lo encontré en un



anticuario, aquel espejo; enciendo luz, miro, intento recomponer su rostro, y lo empapela el olvido de su obra.

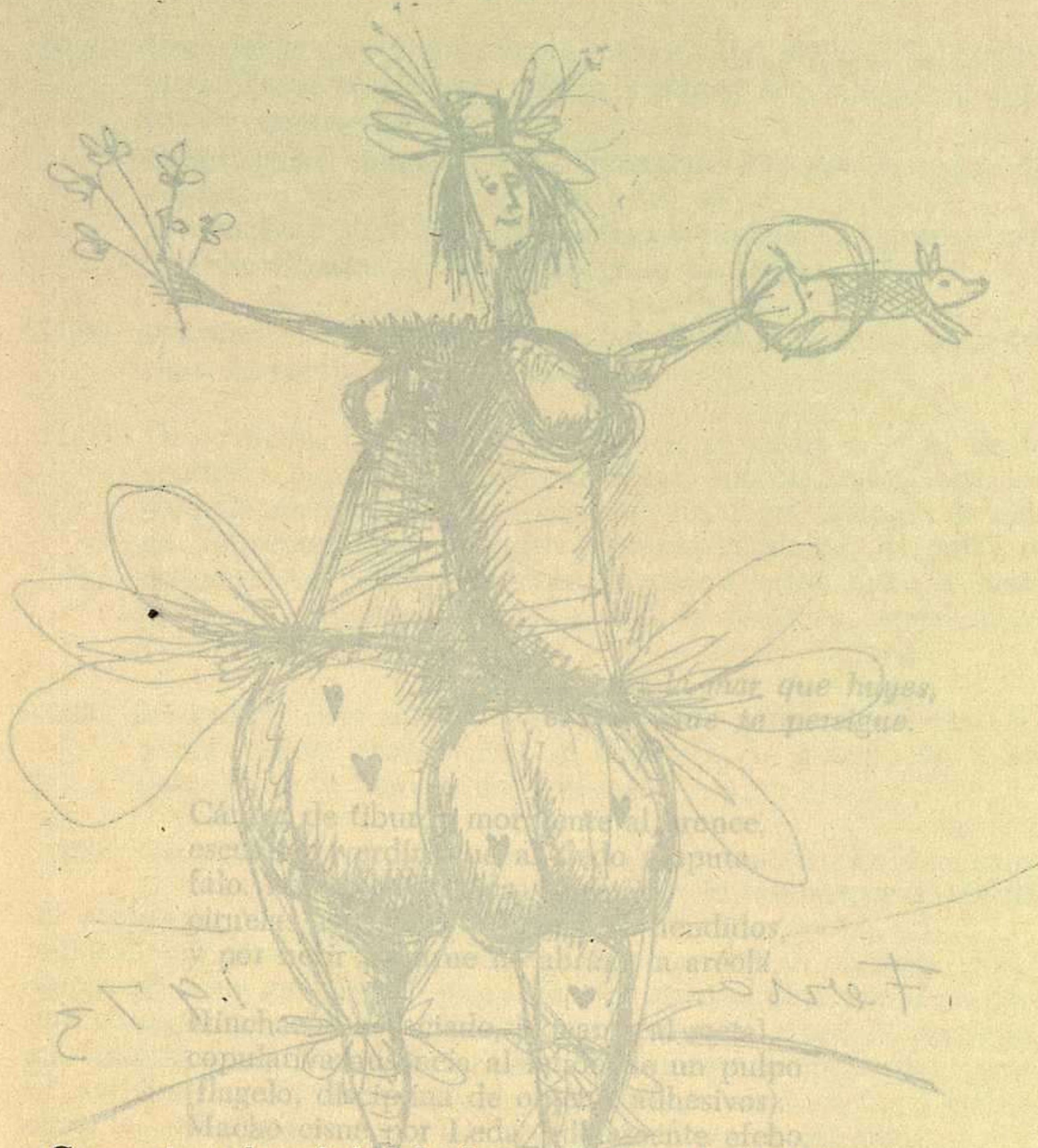
Quizás esto (me) lo sugiere Ronald Firbank, en "Las Excentricidades del Cardenal Pirelli", a las que hurto, por dictar: "—¿De quién es, muchacho? —señaló el féretro. —De un poeta, señor. —¿Un poeta? —Sí, pero no me acuerdo cómo se llamaba... —Entonces no importa"... "—Dios tenga piedad de ti, don Alvaro de mi alma."

A falta de otro paisaje, improvisamos, al modo de los más eficaces ingenieros de la imaginación, éste: sobre el suelo un espejo y colgando a él un fleco. Hecho, el amigo cuyo nombre olvidé adoptó un aire confidencial y me reveló el primer secreto de un escritor: sabía que su imaginación se ejercitaba como las aves en las espaldas de los árboles, en la soledad de la noche, cuando él estaba escribiendo. Me dijo que había leído algunos artículos que luego, antes y fuera de tiempo había leído con sus ojos. Estaba angustiada —te basta un block chío para atravesar una idea, como los coleccionistas de tarjetas otras cosas y de inútil al maestro, la apuntes y luego, luego todo el proceso de elaboración. Había esparcido aquellas hojas en las revistas mayores y menores, al uso, y en los periódicos de diversas tendencias. Fue su obra. Al terminar el café, me turbó me dijeron que había muerto o simplemente que se había ido, o quizás que no estaba. Faltó en pocas como homenaje al maestro, de intentar recoger su obra, fué preciso en hemerotecas, pues las tardes calentando las manos al coque o viceversa, inútil. El block se deshace o se deshizo tiempo atrás y del hombre, de mi maestro, sólo queda lo encontrado en un



## CONTRICCIÓN

A UN EPEBO ANTIQUEJERANO, TRAIDO DE GRECIA  
POR LA ROMA, COMO SI DEL MAR SE FUERA.

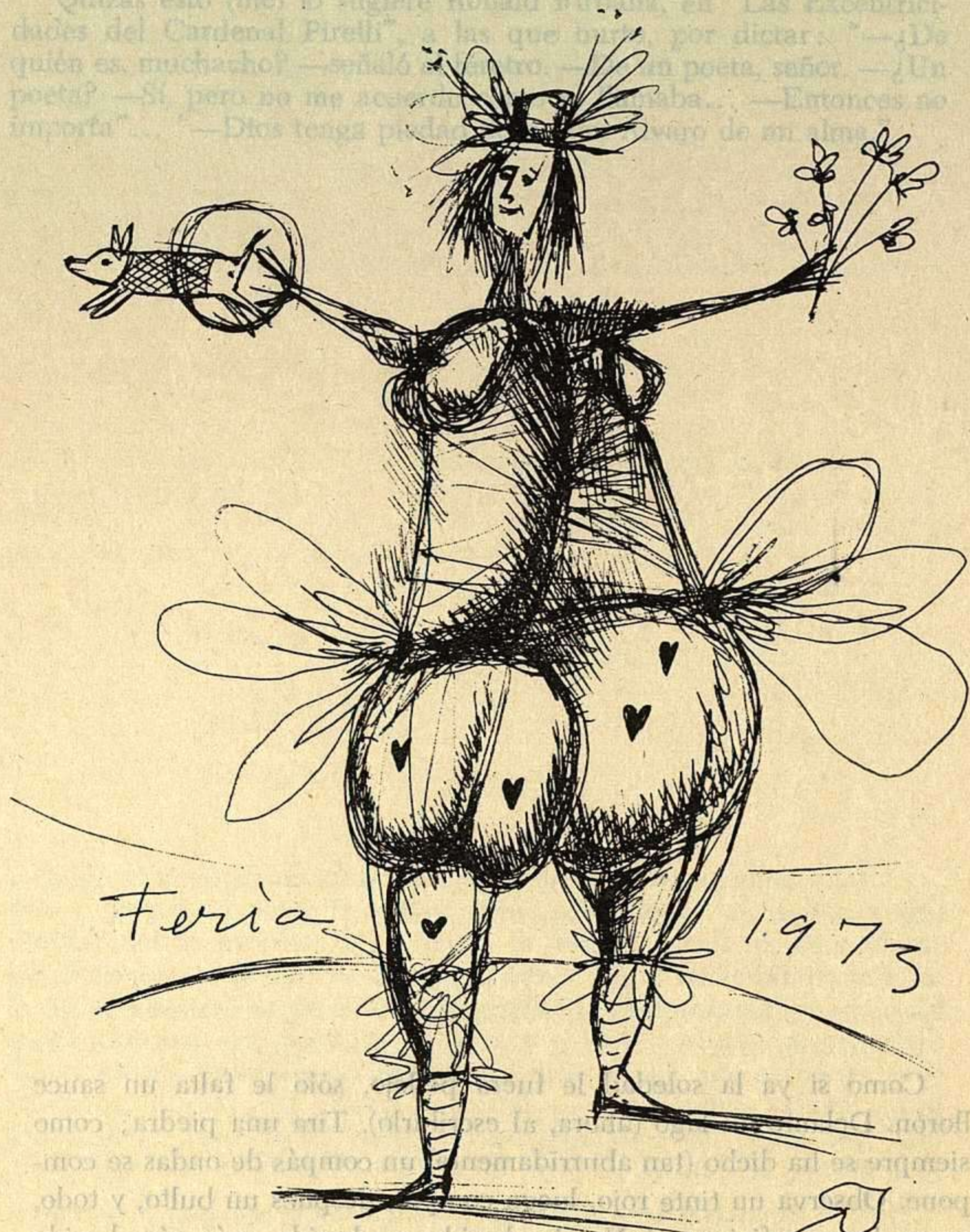


Como si ya la soledad le fuera pellejo, sólo le falta un sauce llorón. Delante un lago (ahora, al escribirlo). Tira una piedra; como siempre se ha dicho (tan aburridamente) un compás de ondas se compone. Observa un tinte rojo, luego compás, después un bulto, y todo, ya en la superficie, está Narciso herido, no herido, más aún, herido y muerto. Así pudo ocurrir, así lo cuenta, avergonzándose del traje de buceador y la lanceta, que viejos hubo en ese baño y no Susanas, cuando él cazó o pescó la imagen perdida de Narciso.

¡Ay, dolor de culpa, ay, perpetua contricción! Mañana habrá funerales por Narciso, y en el túmulo, sobre un cojín, un espejo.



antionacio, aquo esp...  
Quizás esto (me) lo sugiere Ronald F...  
dudes del Cardenal Pirelli...  
quien es muchacho...  
poeta? — Si pero no me...  
importa... — Dios tenga p...



Rafael

Como si ya la solera le fuera un sarco...  
Horia...  
siempre se ha dicho (tan absurdamente un compás de ondas se com...  
poco...  
ya en la superficial...  
y mucho...  
de buender...  
cuando el cazó o pescó la imagen perdida de Narciso...  
¡Ay dolor de culpa ay, perpetua contrición! Mañana habrá...  
funerales por Narciso, y en el tráfalo sobre un espejo...



## A UN EFEBO ANTEQUERANO, TRAIIDO DE GRECIA POR LA ROMA, COMO SI DEL MAR SE FUERA

10.47 Uno del grupo pasa la mano a través del orificio. Evita cortarse. Toma el picaporte de la ventana. Movimiento al contrario: queda abierta.

Observación: intenso olor a humedad. Escapan manchas de verdín.

Precaución: 10.46 e 11 inactividad voluntaria del grupo. Poeta inmovilizado. Inmovilizado gesto de dolor.

11.00 Disminución del olor a humedad. Disminución de las manchas de verdín. Restos de moho.

11.05 Observación de la habitación desde el jardín a nivel de la ventana: casa de muñecas de china, consola, mesa, abanico colgado en ficción de balaceo por un negro también de china. Imprescindible destruirlo. Arrojar la piedra. El poeta se crispa; cierra los ojos, intenta un nuevo gesto, debe forzarlo la llave. La piedra destruye la casa de muñecas; masa amorfa. Espera de 5 minutos para eliminación de miasmas.

*Que es la mar que huyes,  
el mar que te persigue.*

Cáncer de tiburón mordiente al bronce,  
escuálido verdín que al dedo amputa,  
falo. Molde que anida y brotan  
ciruelas a pezones de cesáreos hendidos,  
y por herir la carne no abraza la aréola.

Hinchazón a vaciado, jadeante al metal,  
copulativa ausencia al latido de un pulpo  
(flagelo, disciplina de objetos adhesivos).

Macho cisne por Leda, adolescente efebo,  
ventosa que arranca del fundido, aleación  
del corazón vaciado, donde lapa y escroto  
se bullen o bullían para hacer fósil como  
fósil es el todo descubierto (cinc y cobre).

Herido a la piqueta, se deshace allí, donde  
Aquiles, concupiente a viento, laberinto,  
inversa orificios que estigmatizan olas.

Y del antequerano efebo sólo queda  
necrofágica estancia a su museo,  
o la viva destrucción que perece en sacudida  
la despegada lapa, adherencia al otoñal  
prendido sexo, que de gentil ocultan.



ENTRADA  
A UN FERRO ANTAO DE GRECIA  
- POR LA ROMA COMO SI DEL MAR SE FUERA



- 10,30 Trasponemos el jardín. Entrada a la casa. La puerta cerrada. El orificio de entrada a la cerradura taponado de forma natural. Bastidor de la puerta desencajado. Tiramos de la parte alta. Chirrido. La madera cede. Se rompe a 15 cm. del ángulo superior izquierdo. Queda el marco moviéndose, se sostiene por 4 ó 5 puntillas y 2 clavos gruesos. La fractura de la madera sigue la línea contraria a las letras. El nudo oscuro queda unido al marco que se tambalea; el trozo desprendido presenta el mordisco del nudo.
- 10,45 Descartada posibilidad de entrar en la casa en debida forma. Se buscan otras soluciones. La fachada de la casa, simple, sin adornos. Junto a la puerta dos ventanas: marcos de madera pintados en verde. Se aprecian otras manos de pintura. Crucetas, igualmente en madera, encajan en cruz 6 partes iguales de cristal. Cristal enturbiado en polvo. Imposible colegir el interior. Se descartan contraportas en madera, por cierta sensación opaca de profundidad.
- 10,46 Quedamos frente a la ventana. Se toma el brazo del poeta en postura forzada a la espalda, de un ligero golpe se le inmo-



- viliza: llave. Gesto de dolor. Imposibilitada huida. Preparamos una masa, barrillo. Trabajada ya se coloca en el cristal. Golpe seco. Lluvia de polvo. El cristal salta.
- 10,47 Uno del grupo pasa la mano a través del orificio. Evita cortarse. Toma el picaporte de la ventana. Movimiento al contrario: queda abierta.  
Observación: intenso olor a humedad. Escapan manchas de verdín.  
Precaución: 10,46 a 11 inactividad voluntaria del grupo. Poeta inmovilizado. Inmovilizado gesto de dolor.
- 11,00 Disminución del olor a humedad. Disminución de las manchas de verdín. Restos de moho.
- 11,05 Observación de la habitación desde el jardín a nivel de la ventana: casa de muñecas de china, consola, mesa, abanico colgado en ficción de balanceo por un negro también de china. Imprescindible destruirla. Arrojan la piedra. El poeta se crispa, cierra los ojos, intenta un nuevo gesto, debe forzarse la llave. La piedra destruye la casa de muñecas: masa amorfa. Espera de 5 minutos para eliminación de miasmas.
- 0,00 El grupo. cruz alzada, pies desnudos, entra en la casa. El poeta avanza desfallecido, se mantiene de pie gracias a los golpes que lo fuerzan en la postura.
- 0,05 Gran liberalidad del grupo. Fase no computada. Posible error. Se permite al poeta besar el suelo en el lugar preciso del piano.
- 0,06 El beso del poeta: cierra los ojos, extensión absoluta de párpados superiores; al hacerlo arquea melancólico de las cejas, insinuación de lividez mortecina. Une los labios, luego los adelanta hasta tocar suavemente el suelo. Al recuperarse, insiste, a causa del polvo, a los labios la lividez enfermiza.
- 0,07 No más concesiones.
- 0,08 El grupo se constituye en tribunal.  
Se hace desvestir al poeta. Se resiste, no mucho, intenta permanecer con la manta cubriendo el pubis. Debe arrancársela. Intenta tapar el sexo con las manos. Se atan las manos a la espalda. Dificultades para conseguir que eleve la mirada.  
El cuerpo del poeta azulea. Contorsiones de índole nerviosa o provocadas por el frío, tesis más favorable ésta. Observación de frotamientos con los pies descalzos.  
Interrogatorio. 0,09 a 15,30. Extracto: se identifica. A la 1.ª:



que no es cierto. 2.<sup>a</sup>: Idem. 3.<sup>a</sup>: lo duda (se fuerza la declaración), lo duda. 4.<sup>a</sup>: (dubitativo. Apreciación de matiz afirmativo). 5.<sup>a</sup>: que no es cierto. 6.<sup>a</sup>: jamás. 7.<sup>a</sup>: no. 8.<sup>a</sup>: calumnioso. 9.<sup>a</sup>: que no es cierto, que va contra su dignidad. 10.<sup>a</sup>: efectivamente. 11.<sup>a</sup>: no sabe. Se suspende el interrogatorio. Observación: obstinada negativa a colaborar.

Nueva declaración del poeta. Dubium: "si es cierto y consta de los inéditos y prosa". Dos nos colocamos, inclinados apoyándonos en las extremidades, en el centro de la habitación. Dos sostienen al poeta, lo extienden hacia abajo sobre los portadores. Dos toman las disciplinas. Dos cantan el salmo 12. Las disciplinas son de cordón trenzado, terminan en 8 cabos, iguales, encerados.

Se flagela todo el cuerpo a golpe idéntico y contado. Primero las posaderas, luego la espalda, después las extremidades, se insiste en las palmas de manos y plantas de pies.

Se ha provocado un color saludable al poeta. La sangre circula en torno a las señales dejadas por el flagelo. El frío en blanco se mantiene al centro. Los bordes de golpes acalorados.

Se hace preciso dar la vuelta al poeta. Nueva flagelación. Especial cuidado con los pectorales.

Pérdida de conocimiento.

Nueva dosis de anfetamina.

Permanecer más tarde, dejar, insinuar caer (caída) la paciencia en el área como si no fuera exacta la medida o el pulso vacilara esperando la libación extraña vulgarmente extraña, por buscar un nombre a despropósito donde ocultar los pies. Dejar, insinuar, permanecer más tarde y adoptar la postura exagerada acaso de un árbol-hombre, por citar que espera un viento y ya está con las manos asidas a la tristeza para no ser abono de mentira a un Lázaro que juega a espantapájaros a la noche o sólo a hombre que vuelve en madrugada a hurgar nidos o a otros ajenos pasatiempos de los que en Lázaro no encuentran el reposo porque malo es su olor y a otros roban dudosas concepciones aritméticas, la tristeza.

Trompetas:

qué cordero ofrecerá el amante cuando el cuerpo está hecho a la medida insegura de otro cuerpo

qué yugular seccionar al cordero para hacer ajenas libaciones y beber a la sombra del amante y no es, apenas, abono para Lázaro, sonrisa para el hombre.

Nuevo interrogatorio. Se inyecta cardiazol. No sabe.

No recuerda. Nunca. Puede. Jamás. No. No.

Se insiste: no.

Deliberamos. Comprobada resistencia del poeta se decide la crucifixión. En el rito concelebrarán todos los asistentes.



- 18,20 Se buscan maderos. Inútil la búsqueda. Los trozos del piano no sirven. Cunde el desaliento. Conciliábulo: por mayoría se confirma la crucifixión al modo que fuere.
- 19,00 Se extiende en el suelo al poeta. Está lívido. Intenta articular. Variaciones: Lázaro, negativas. Se prepara el berbiquí. Dos sostienen por su orden las extremidades superiores e inferiores. Se mantienen tensas. Se introduce el berbiquí. Se sigue la técnica a dirección de las agujas del reloj. La carne no hace virutas. Al cambiar la dirección para extraer la pieza, mana sangre, no en cantidad. Se procede una vez practicados los cuatro orificios a taponarlos. Se introduce gasa en cantidad. La sangre se coagula. Quedan extensas manchas oscuras en los labios de las cuatro heridas. Se lavan con agua oxigenada. Reacción: el agua al contacto con la sangre parece hervir. Se desprenden coágulos resacos.
- 19,40 Imprescindible reanimar al poeta.
- 19,41 Recuperación del poeta. Gestos extraños, bruscos, con manos y pies. Parece haber olvidado lo ocurrido. A fin de concien-  
ciararlo se da lectura al párrafo correspondiente a las 19 h.
- 19,42 Recuperación absoluta.
- 20,00 Despejamos la pared de los restos de empapelado. Se raspan varias capas de pintura hasta llegar a la blanca de fondo. Alzamos el cuerpo del poeta. No hay resistencia. Lo apoyamos en la pared. Se extienden los brazos y piernas. Se roza con las heridas el lugar exacto donde irán los clavos. Se aparta el cuerpo del poeta. Queda jadeante en el suelo. Trabajamos la pared en las marcas amarillas con el berbiquí. Se hacen cuatro orificios idénticos. Dificultad en el superior izquierdo. Tocamos muro. Se insiste hasta perpetrar orificio. Volvemos a extender los brazos y pies del poeta con idéntica presión para que coincidan con los puntos marcados. Se le sostiene entre todos mientras se inicia el gran rito.
- 20,30 Búsqueda de los clavos. Encontramos tres de los de herrero. Cabezas macheadas. Nueva dificultad: al parecer el cuarto se resolverá en ingenio. Se espera hallazgo.
- 20,35 Se procede a clavar los pies. No salta sangre. Diámetro del clavo, en eje, inferior a orificio coagulado. El torso del poeta se mantiene apuntalado a la pared, mediante presión de mano en el abdomen y en un hombro. La cabeza decae, intenta recuperarse con falsa dignidad. Igual operación en la mano derecha. No hay emanación de sangre. El cuerpo, todo, se man-



tiene en postura forzada. La mano izquierda sostenida a la pared por alguien del grupo subido a la mesa tocinera que el poeta no quiso identificar.

20,36 Hallazgo. Se desmenuza una de las flores secas, encontradas junto al piano: rosa. El tallo, sin quitar las espinas, es pasado por la mano hasta rascar el fondo del orificio en la pared. La parte externa del tallo se dobla para hacer tope.

El grupo revestido de blanco se reúne. Cantamos el salmo linfático de la rosa. Quemamos sándalo. Disminuye el olor fresco del poeta. Se le exhorta a que conteste.

Interrogatorio último. A la 1.<sup>a</sup>: incierto. 2.<sup>a</sup>: incierto. 3.<sup>a</sup>: ignora. 4.<sup>a</sup>: incierto. 5.<sup>a</sup>: no sabe. 6.<sup>a</sup>: lo ignora. 7.<sup>a</sup>: no. 8.<sup>a</sup>, 9.<sup>a</sup>, 10 (se niega a contestar).

Consumación.

21,00 Cantamos nuevamente el salmo 12, linfático en la variedad de la rosa roja que expiró en blanca sin espinas.

21,10 Nos acercamos con el escarpelo preparado. Hacemos una incisión limpia a la altura del corazón que sacamos. Se seccionan las arterias y venas que lo sostiene. No se vierte sangre. Cantamos, salmo 12 de la esperanza de la rosa roja que negose a deshojar.

21,15 Se pasa la víscera al cuarto de baño. Se abre uno de los grifos: aire, chapurrea agua sucia. Probamos el otro: chorro de agua fría, primero con herrumbre, después cristalina. El agua acharola el corazón.

21,20 El corazón es enterrado en la maceta de tierra estéril. Una vez comprobada la muerte del poeta, germinará la flor roja, tendrá tantos pétalos como miembros asistan, cada miembro degustará un pétalo, pétalo que ingerido recubrirá en capa acharolada la víscera de quien deguste.

(De "Informe", El Guadalhorce)



# Punto final

Este número de "Litoral" tiene relación con otros anteriores en que se abrían nuestras páginas a una "nueva generación".

Su lectura nos presenta unas nuevas fórmulas, un nuevo concepto, un nuevo lenguaje. No es la hora de definir si mejor, si peor.

Siempre hay que romper para que nazca algo nuevo. Es como una ley de vida. La raíz de un mundo poético es casi siempre la misma, la forma y el lenguaje no.

Una nueva generación aporta un nuevo lenguaje, pero queriendo romper —no es la primera vez que lo digo—, preocupados por la forma, no sé si destruyen también un poco la raíz.

A mi me da miedo que para el lector surja un pequeño vacío. Puede que ese vacío sea el gran vacío de un tiempo y una hora. Puede que la poesía, la vibrante, la que yo siento, esté en un mundo hippy que rompió más y con más cosas. Puede que la poesía, en horas de censura, de frenos sobre el pensamiento, esté en el conciliábulo, en papeles clandestinos, en los muros de la Universidad...

Y no quiero decir con esto que no nos encontremos en estas páginas de "Litoral" con tres poetas muy definidos; con tres excelentes poetas.



Le di a Rafael Pérez Estrada, como antes a Joaquín Jiménez-Arnau y antes a Rafael Guillén, las páginas limpias de esta revista.

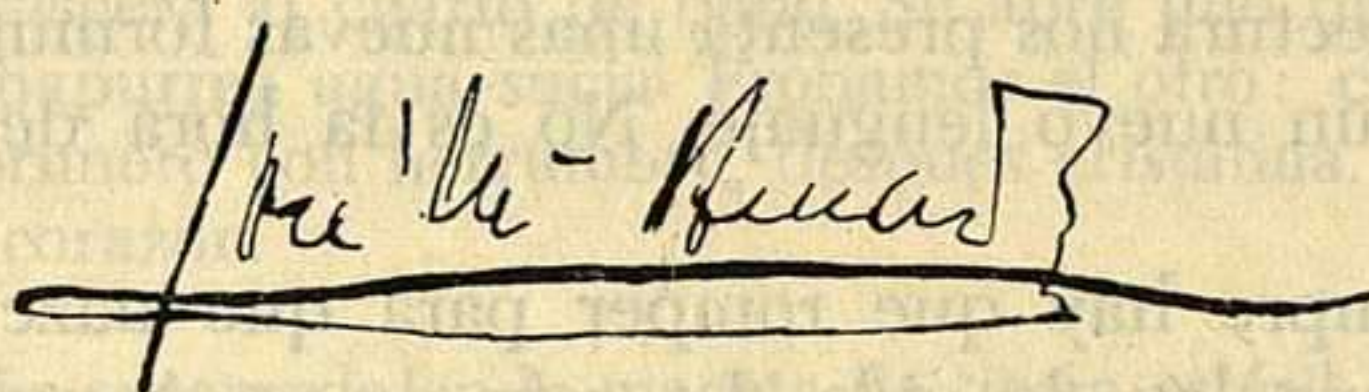
Rafael Pérez Estrada, Pablo Baena y Rafael Ballesteros las han llenado con su prosa y sus versos. Rafael Pérez Estrada ha ilustrado el número con sus dibujos tan personales que a mí me parecen estupendos.

Me he sentido una vez más mero testigo dentro de algo que constituye como el motor primordial de mi vida: las páginas de "Litoral". Pero he creído necesario expresar de alguna manera, con emoción interior, cual es mi sentimiento en esta hora del mundo, para mi patria y para la poesía, quizá para una poesía que existe y no ve la luz. Todo se andará.

Yo agradezco a Rafael Pérez Estrada, a Rafael Ballesteros y Pablo Baena su ferviente aportación a "Litoral".

"Tres poetas andaluces" es, en la historia de esta revista, como un nuevo intento, un ilusionado intento, dentro de nuestros propósitos.

Yo deseo que ellos y yo hayamos acertado.

A handwritten signature in black ink, which appears to read 'Rafael Pérez Estrada'. The signature is written in a cursive style and is underlined with a single horizontal stroke.



Suplemento  
de  
"Litoral"  
dedicado a Chile  
y su pueblo  
y a la muerte  
de  
Pablo Neruda



Le di a Rafael Pérez Estrada, como antes a Joaquín Jiménez-Arriar y antes a Rafael Guillén, las páginas limpias de esta revista.

Rafael Pérez Estrada, Pablo Baena y Rafael Ballesteros las han llenado con su prosa y sus versos. Rafael Pérez Estrada ha ilustrado el número con sus dibujos tan personales que a mí me parecen estupendos.

Me he sentido una vez más mero testigo dentro de algo que constituye como el motor primordial de mi vida: las páginas de "Litoral". Pero he creído necesario expresar de alguna manera, con emoción interior, cual es mi sentimiento en esta hora del mundo, para mi patria y para la poesía, quizá para una poesía que existe y no ve la luz. Todo se andará.

Yo agradezco a Rafael Pérez Estrada, a Rafael Ballesteros y Pablo Baena su ferviente aportación a "Litoral".

"Tres poetas andaluces" es, en la historia de esta revista, como un nuevo intento, un ilusionado intento, dentro de nuestros propósitos.

Yo deseo que ellos y yo hayamos acertado.

*José de Huesca*



Suplemento

de

“Litoral”

dedicado a Chile

y su pueblo

y a la muerte

de

Pablo Neruda







Estos fueron sus amigos

José Bergamini, Rafael Alberti, Pablo Neruda, Luis  
Cernuda y Marcial Añelagente en la Casa Vieja de  
Madrid, momento antes de haberse separado del grupo  
Federico García Lorca.







## Estos fueron sus amigos

Pero estos números magníficos no son hechos en esta hora. Pablo Neruda no es sólo el poeta de "Veinte poemas de amor y una canción desesperada". "Me preocupó por lo que he escrito..." dijo, y su obra poética tenía una raíz profunda en el acontecer de su tiempo, en las condiciones sociales, en la descomposición de los desheredados, contra la violencia de las ideas caducas, impuestas a sangre y fuego a un mundo joven, revolucionario y abierto.

Su poesía era —cuando él quería o lo creía necesario— una poesía de enfrentamiento y, a veces, de ira.

Día llegará en que "Litoral" cumpla su deuda poética y humana con Pablo Neruda, con César Vallejo, con León Felipe.

Hoy quiero hacer patente mi dolor. Ha muerto el poeta cuando el mundo sufría de la guerra civil, de los tanques en

*José Bergamín, Rafael Alberti, Pablo Neruda, Luis Cernuda y Manolo Altolaguirre en la Gran Vía de Madrid, momentos antes se habrá separado del grupo Federico García Lorca.*





## Ha muerto Pablo Neruda

Al salir a la luz el número 3 de esta nueva época de "Litoral", con un homenaje a Rafael Alberti, se produjo la muerte, en México, de un extraordinario poeta: León Felipe.

"Litoral" recogió muy brevemente la noticia: "el gran poeta León Felipe nos deja a solas con sus versos. No queremos cerrar sin un emocionado recuerdo a su vida y obra poética".

Cuando con retraso llega a vuestras manos este núm. 41-42 en la colección de la revista, se produce en Chile la muerte de otro extraordinario Poeta: Pablo Neruda.

Premio Lenin de la Academia Soviética, premio Nobel de la Academia Sueca, Pablo Neruda era una esplendorosa figura más de aquella generación del 27.

Amigo íntimo de Federico, de Rafael Alberti, de José Bergamín, de Luis Cernuda, de Manolo Altolaguirre, de Vicente Aleixandre... su espíritu se hermanaba con quienes crearon el primer "Litoral" y estuvo con nosotros en los comienzos de esta etapa.

Habíamos convenido con Darío Carmona, que vivió y trabajó con él, que, a su regreso a Chile, hablara con Neruda para



un número de "Litoral" dedicado al creador de "Residencia en la tierra".

Pero estos número monográficos no son fáciles en esta hora. Pablo Neruda no es sólo el poeta de "Veinte poemas de amor y una canción desesperada". "Me conoceréis por lo que he escrito..." dijo, y su obra poética tenía una raíz profunda en el acontecer de su tiempo, en las conmociones sociales, en la desesperación de los desheredados, contra la violencia de las ideas caducas impuestas a sangre y fuego a un mundo joven, revolucionario y abierto.

Su poesía era —cuando él quería o lo creía necesario—, una poesía de enfrentamiento y, a veces, de ira.

Día llegará en que "Litoral" cumpla su deuda poética y humana con Pablo Neruda, con César Vallejo, con León Felipe...

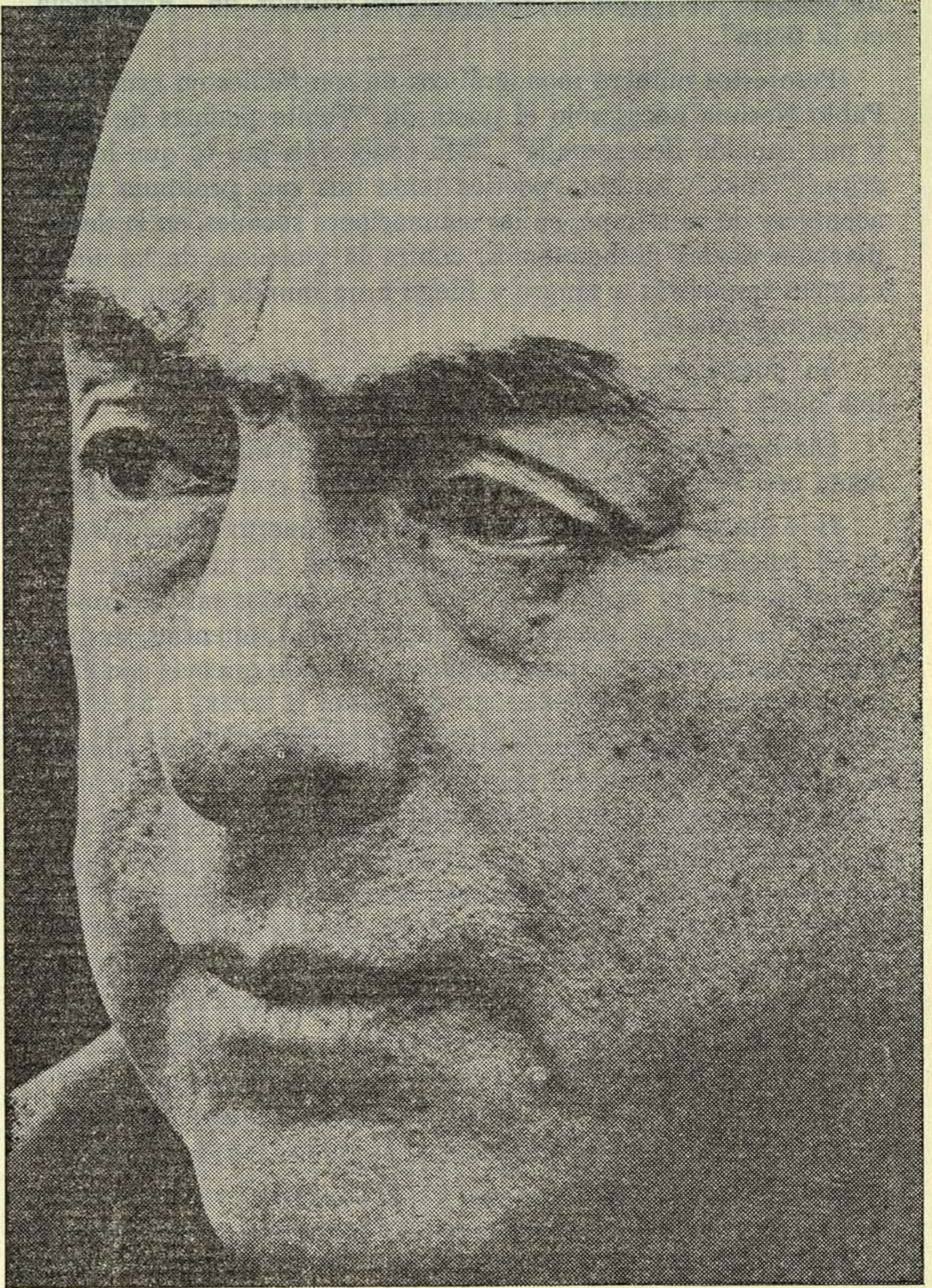
Hoy quiere hacer patente su dolor. Ha muerto el poeta oyendo el trueno sangriento de la guerra civil, de los tanques en las calles, ante el asalto de su casa y esas manos salvajes revolviendo sus papeles, sus versos y su intimidad, mientras se quemaban los libros en la plaza pública queriendo quemar con ellos las ideas.

El pueblo chileno habrá sentido en su corazón y en silencio el dolor de la muerte del poeta.

Pablo Neruda luchó toda su vida contra lo que, por el momento, ha triunfado en su país. Pablo Neruda ha muerto quizá cuando iba a componer su última "canción desesperada".

J. M. A.





Habíamos convenido con Dado Cármona, que Pablo Neruda  
había con él, que, a su regreso a Chile, hablaría con Neruda para



# Chile-73

## ...y Pablo Neruda

“Puedo escribir los versos más tristes esta noche”... en esta noche negra de la humanidad. Ha muerto uno de los más grandes poetas de la lengua española; el más universal: Pablo Neruda.

La claridad de los trágicos acontecimientos en Chile es meridiana. La interrelación de sus protagonistas, el destino de sus vidas, dialécticamente unidas; congruente. Rara vez se ha dado en un poeta la coherencia artística, humana y política, como ahora en Neruda. El paralelismo e incluso la coincidencia cronológica de su vida, con el vivir de su pueblo, es asombrosa.

Hace tres años Pablo Neruda renunciaba a su candidatura, a la Presidencia de la República chilena, en favor de su amigo Salvador Allende, que lo haría, en nombre de la izquierda unida, con la Unidad Popular. El mundo entero admiró la robustez de las instituciones al hacer posible la subida al poder de un presidente socialista.

Allende nombraba a Neruda embajador en París. El más universal de los premios, el Nobel, se le concedía, tiempo después, por su enorme obra literaria. Eran los días de vino y rosas.

El eterno candidato a la Presidencia de la República de



Chile, Salvador Allende, y Neruda, eterno candidato al Premio Nobel de Literatura, también se unían en la gloria.

Pero fueron viniendo los atentados a personas, las alianzas, los boicots tácticos del Congreso a las reformas del Gobierno, las intentonas de golpe militar, las maniobras de la I.T.T. y Cía... Salvador Allende y su Gobierno se iban debilitando. Simultáneamente, el poeta, de la carne y del indio, del canto general desde las alturas de Machu-Pichu, a todos los pueblos de su legendario y atormentado continente y que era capaz de decirle a su esposa, simplemente, Matilde, "las hay más bellas que tú, más bellas pero tú eres la reina", se consumía de dolor ante su patria maltratada. Pablo Neruda, enfermo, abandonaba la embajada de París.

Después, la "vía chilena al socialismo" era bombardeada. El poeta, herido de muerte (al borde de los setenta años veía destruida su última esperanza), todavía, consciente de la trascendencia de su obra, componía sus últimos poemas como testimonio de incalculable valor artístico e histórico.

...Y, ahora, Pablo Neruda ha muerto. Un piquete de bandidos (¿cuáles?) allanaba su morada y, en un alarde de hasta donde es capaz de llegar la vileza inhumana, destrozaba sus recuerdos más queridos. ¿Le quedarían fuerzas para presenciar hasta el final las consecuencias de tanta irracionalidad? ¡No!, ¡no!; murió antes. Ya no hacían falta las balas; lo habían matado.

Antonio M. JIMENEZ

*(Publicado en el periódico diario de Málaga "Sol de España".  
Septiembre de 1973).*





*Salvador Allende*



## Conferencia de prensa de Salvador Allende con las corresponsales extranjeros después de la elección

*Estas palabras de Salvador Allende fueron el prelude de unas declaraciones a preguntas de los corresponsales de la prensa mundial después de su triunfo en unas elecciones auténticas y democráticas en Chile y que le llevaban a asumir la Presidencia de la República.*

*Muchos de aquellos corresponsales parecían preveer cuanto después iba a ocurrir y con ingenuidad digna de mejor suerte, Salvador Allende, negaba la posible violencia, el enfrentamiento: creyó en la colaboración y el respeto a la voluntad popular en sus contestaciones.*

*Tres años después, unas fuerzas militares se alzaban contra su general en jefe (el general Prat, hoy en el exilio, dejando en rehenes su familia, en Chile), contra el orden legal establecido, contra la Constitución y el Derecho, contra el pueblo y sus cauces legales de manifestación y expresión, contra las normas cristianas de la vida, abriendo otra vez el caño de la sangre inocente, de la que Salvador Allende fue el primer tributario —renunciando a la huida y el exilio que se le ofreció—, para morir en su puesto del Palacio de la Moneda.*

ALLENDE.—Radomiro Tomic, a las doce y media del día y frente a la inmensa mayoría de los medios informativos nacionales y algunos extranjeros que estaban allí, expresó que había ido a saludar a su amigo el presidente electo. Yo destaco esta actitud de Radomiro Tomic y la señalo como una lección democrática y como una firme convicción de que debe respetarse y se respetará la victoria popular. Quiero agregar que también recibí en la tarde de hoy a representantes de la juventud de la Democracia Cristiana encabezados por el diputado Ramírez, de esa colectividad, quienes reiteraron la decisión de su colectividad política y de ellos de reconocer la victoria popular. Igualmente significativo ha sido para mí, como candidato de la Unidad Popular, recibir la visita de la Asociación de Magistrados, vale decir del organismo que agrupa a los que trabajan en el



Poder Judicial. En representación de esa asociación concurrieron hasta mi casa dos ministros de corte, una secretaria y dos redactores para señalar que no sólo ellos estimaban indiscutible nuestra victoria, sino, lo que es más importante, para decirme que con sumo agrado e interés deseaban contribuir con su experiencia y su trabajo a dar forma a las nuevas leyes que permiten una justicia eficaz, rápida y con un sentido social distinto. Por último, fuera de las múltiples visitas de distintas personalidades, quiero señalar por lo significativo que ha sido, el que hoy también estuvieran en mi casa los rectores de la Universidad Católica, de la Universidad Técnica y de la Universidad del Norte, y pienso que si el tiempo se lo hubiera permitido habría estado aquí asimismo el rector de la Universidad de Concepción, quien antes de la campaña, anticipara su apoyo a la postulación popular. Por último, quiero señalar que tengo más de cien cables venidos desde el extranjero y fundamentalmente de los movimientos populares de América latina, destacando la satisfacción de esos sectores ante la victoria del pueblo chileno. Lo cual viene a corroborar lo que el comando de la Unidad y el propio candidato sostuvieron en el sentido de que esta lucha nuestra, siendo auténticamente chilena, tenía proyecciones continentales y quizás, también lo dijimos, mundiales —al margen, por cierto, del candidato y aun de los dirigentes—, señalando que confluieron en la Unidad Popular gentes de un pensamiento laico humanista y racionalista como las del Partido Radical, junto al pensamiento marxista de comunistas y socialistas y el claro pensamiento cristiano de los compañeros y amigos del M.A.P. No hay otro país del mundo capitalista desarrollado o en vías de desarrollo que haya podido aglutinar un movimiento tan amplio y al mismo tiempo tan profundo, porque si bien es cierto, me imagino, que no habrá ningún periodista nacional que desconozca el programa de la Unidad Popular, quiero señalar para los corresponsales de otros países (y no uso deliberadamente el término extranjero, ya que no deben sentirse extranjeros en Chile), quiero destacar, digo, que la Unidad Popular ha demostrado la amplitud que alcanza por las fuerzas políticas y sociales que la integran, porque además de los cuatro partidos, radical, socialista, comunista, social demócrata, y los movimientos M.A.P.U. y A.P.I., las fuerzas sociales que apoyaron la postulación popular estuvieron expresadas fundamentalmente por los



cuadros sindicales, la Central Unica de Trabajadores, dos de los tres más poderosos movimientos campesinos y once de las doce federaciones de estudiantes de Chile. Quiero destacar, como un hecho también muy trascendente, que la Sociedad de Escritores de Chile, a través de sus once directores, estuvo junto a nosotros, y que los artistas, los creadores, los intelectuales, todas las gamas de la capacidad intelectual y creadora del hombre, tuvieron una participación activa, generosa y abnegada en nuestra victoria, lo que se expresó en una exposición que los plásticos hicieron a lo largo de cincuenta provincias, y en el apoyo de los artistas teatrales, que concurrieron a las poblaciones marginales, de los folkloristas, que llevaron también sus cantos y su anhelo renovador, o de los poetas, que llevaron sus versos hasta el pueblo. De la misma manera señalo la presencia de técnicos y profesionales. Nosotros luchamos para que Chile deje de ser un país dependiente en lo económico, en lo cultural y en lo político, y no queremos que nadie se engañe, es un programa muy definido y no es el programa comunista, socialista o radical, social demócrata, mapista o del A.P.I. Es un programa donde confluyeron los trabajos y las opiniones de los representantes de los cuatro partidos y los dos movimientos, un programa esencial y categóricamente antiimperialista, patriótico y nacional, destinado a hacer posible el desarrollo económico chileno con nuestro propio esfuerzo y nuestros propios recursos. En esencia implica recuperar para Chile la riqueza patria que está en manos del capital foráneo, nacionalizar los monopolios de distribución, producción y comercialización que sean fundamentales para hacer posible el área de economía social que tendrá que orientar y dirigir el desarrollo económico del país, estableciendo además que habrá un área mixta de capitales privados asociados con el Estado, con mayoría del Estado siempre que sean capitales nacionales, y además un área privada para pequeños industriales o artesanos y comerciantes, que seguirán lisa y llanamente actuando como lo han hecho hasta ahora, con la diferencia de que encontrarán la ayuda, sobre todo crediticia, y la garantía que pueda otorgar el Estado respecto a la adquisición de sus productos. Comprenderán los corresponsales de otros países que si eso queremos en el campo económico es para poner la economía al servicio del hombre y producir, no para una clase mayoritaria, sino para las amplias y vastas necesidades del pueblo



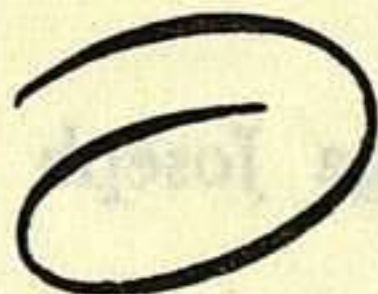
chileno. Yo creo en la ética periodística, en la honradez de los que nos visitan para que se compenetren del drama de nuestra patria, que se expresa en niveles brutales de desnutrición, de cesantía, de falta de viviendas, de incultura, de mala alimentación, que se manifiesta con una elocuencia también dramática en un proceso inflacionista que es crónico y más que centenario, que golpea en forma extraordinariamente dura a los que viven de un sueldo y un salario y que hace imposible la existencia de aquellos que habiendo trabajado cuarenta o cincuenta años tienen pensiones irrisorias. Y quiero señalar aquí que no negamos lo que otros gobiernos hayan hecho, pero sostengo enfáticamente que ningún gobierno, sí, ningún gobierno de América latina, y dejó al margen Cuba, por tratarse de un régimen distinto, ha sido capaz hasta ahora de solucionar los problemas del hombre. El hombre latinoamericano vive alienado frente a la inseguridad del diario vivir. Baste decir que en América latina faltan diecinueve millones de viviendas y que hay ciento cuarenta millones de analfabetos y semianalfabetos, once millones de parados y seis de semiparados, vale decir sin trabajo, y que, según un informe de la F.A.O., el sesenta y dos por ciento de los hombres latinoamericanos se alimentan mal. Me parece que no debo citar aquí a hombres de la capacidad científica de Josué de Castro o del sentir humano y cristiano de Helder Camara para reforzar mis palabras y la cultura de ustedes los *obliga* a saber lo que pasa en este continente. Somos países potencialmente ricos y, sin embargo, somos países pobres, dramáticamente pobres. Somos países que estamos endeudados por cuatro o cinco generaciones y, sin embargo, somos países exportadores de capitales, y los estudios de la C.E.P.A.L. señalan dura y categóricamente que son mucho mayores las corrientes de dinero que salen de nuestras fronteras que las que ingresan por inversiones de los capitales privados o por la ayuda que recibimos. En resumen, el drama de los pueblos latinoamericanos es similar, y en el caso de Chile, aun reconociendo que éste es un país políticamente más evolucionado, verdad es que la realidad del hombre común, de la familia chilena se expresa en lo que he dicho, y creo que es patriótico pedirles a los que nos visitan que entiendan y comprendan nuestro drama y que se gasten unos cuantos escudos y vayan a las poblaciones marginales, que vean que a diez minutos del Palacio de la Moneda hay miles de chilenos



que chapotean en el barro y duermen bajo carpas o toldos de género que ni siquiera son un amparo mediocre para la lluvia, el frío o el viento. Quisiera que preguntaran cuántos miles de esos chilenos tienen trabajo y cuántos están cesantes; quisiera que preguntaran cuál es la dieta alimenticia de ellos; me gustaría también que fueran a la puerta de los hospitales para ver cuántos esperan y cuántas veces tienen que volver las madres chilenas para poder recibir atención. Entonces comprenderían que la Unidad Popular nace de un hecho muy claro y muy profundo: el fracaso del régimen capitalista y el fracaso del reformismo del gobierno demócrata cristiano del señor Frei. Quiero señalar todavía que la dependencia económica del capital foráneo se ha acentuado, y si antes nosotros podíamos denunciar que las riquezas básicas del país, las materias primas estaban en manos del capital extranjero, hoy podemos lamentablemente denunciar que también lo están industrias medianas e industrias importantes. Ejemplo: hemos comprado parte de las acciones de empresas cupríferas, pagando por ello un alto precio; sin embargo, se han entregado al capital extranjero las manufacturas nuestras, como Madeco y Marenza y Cobre Cerrillos, en una actitud paradójal e increíble. A pesar de esto, a ustedes les habrá producido una impresión extraordinaria, y empleo este término porque creo que es justo, lo que han podido presenciar en el día de ayer, cuando han visto de qué manera los medios de difusión esenciales están acaparados por sectores poderosos del punto de vista económico nacional. Frente a esto se ha alzado un pueblo consciente, de alto nivel político, con un sentido de responsabilidad increíble. Ustedes han visto asimismo —después de una victoria no cuestionada, pero sí en cuanto a número muy amplia— cómo espontáneamente se han reunido miles y miles de gentes, y lo hicieron con alegría, con fervor, con patriotismo, y al término de este acto nadie ha podido comprobar, *nadie ha podido comprobar* ni la más leve provocación, ni un vidrio roto, ni un auto abollado, porque el pueblo de Chile sabe que los problemas son mucho más profundos y más hondos, tiene conciencia de que esta victoria electoral no es la victoria de un hombre, sino que es la victoria de un pueblo, y que el pueblo será gobierno y que en noviembre no va a entrar el compañero Allende solo, va a entrar el pueblo a través de los partidos que integran la Unidad Popular y las fuerzas socia-



les a que he hecho referencia. He creído necesaria esta exposición preliminar frente sobre todo a los corresponsales venidos de otros países para en segunda someterme voluntariamente a la tortura de las preguntas que quieran hacerme.





## 2 contestaciones de aquella hora, hoy al servicio de la verdad y de la Historia de Chile

COORDINADOR.—El colega Joseph Basehart, del *Newsworld Reporter*.

BASEHART.—(*Hace una pregunta ininteligible en inglés.*)

ALLENDE.—Yo creo que esa pregunta no tiene ninguna base. Es una pregunta que ya la he contestado en forma dura y no lo voy a hacer con usted. Porque eso es suponer que las Fuerzas Armadas chilenas son similares a algunas fuerzas armadas que no son profesionales, sino que son guardias pretorianas, y pongo un caso muy claro: Fidel Castro luchó en Cuba contra fuerzas armadas al servicio de un dictador y, por lo tanto, tuvo que triunfar con las armas en la mano y derrotar a esas fuerzas armadas, que por lo demás estaban pésimamente preparadas, a pesar de que estaban asesoradas por una comisión americana. El pueblo cubano las derrotó...; lógicamente no iban a quedar en pie esas fuerzas armadas. Allá hubo una guerra. Aquí no ha habido ninguna guerra; aquí ha habido una guerra de afiches, de propaganda y de votos; aquí no hay problemas entre las fuerzas armadas de Chile y el pueblo; yo creo que las Fuerzas



Armadas de Chile han demostrado a lo largo de los años respeto a la constitución, a la ley y a la voluntad popular y que en esta ocasión también lo harán.

\* \* \*

**PERIODISTA.**—¿Qué significado político tiene su elección para usted?

**ALLENDE.**—¿El significado político? Es la victoria del pueblo, el ingreso del pueblo al gobierno y el ejercicio del poder por el pueblo.



# NERUDA

## palabra viva

...oscuro, oscuro, oscuro

como un naufragio hacia adentro nos morimos,  
como ahogarnos en el corazón,  
como irnos cayendo desde la piel al alma.

PABLO NERUDA, "Residencia en la tierra".

### la víspera

Hacía tiempo que no se dormía bien. Aquella noche del lunes diez de septiembre no fue como la que cantó Neruda en una de sus odas elementales: "*La noche también duerme / como un caballo ciego*". Ni la noche durmió aquel lunes diez, ni el caballo estaba ciego. Iban a cambiar la vida y la muerte. Faltaban sólo horas.

Todos vivíamos en una neurosis de incertidumbre. Pero había que trabajar, seguir trabajando, escribir. La huelga de propietarios de camiones era como un fantasma de ruina. Un fantasma que permanecía inatacable, que llagaba a Chile. Camiones hundidos en el fango, arrancadas sus piezas vitales, amontonados en llanuras y campos, inmóviles. ¿Cómo recuperarlos? Grupos armados los defendían "hasta las últimas consecuencias" (ese era su lenguaje) y el gobierno proponía en vano soluciones y soluciones: "hay que evitar el enfrentamiento, la sangre entre chilenos".

Y las mercancías, los alimentos pudriéndose, las toneladas de leche en polvo para los niños húmedas y agrias, sin que los trabajadores voluntarios —muchachas y jóvenes obreros, estudiantes, algunos profesionales— alcanzaran a cargar todo aquello sobre los hombros y llevarlo a los hospitales, a las fábricas, a las escuelas. Chile, el de la loca geografía, estaba parálítico desde hacía seis semanas.



Se oían noticias como latigazos: “El Ejército registra industrias en busca de armas...”, “Se rompe el diálogo con la Democracia Cristiana”... A los propietarios de los camiones, se añadía la huelga de los propietarios del comercio también “hasta las últimas consecuencias” y los propietarios de autobuses y numerosos grupos de médicos acaso propietarios de la salud. Proprietarios, propietarios.

*El día cuatro de septiembre hubo una inmensa concentración de la Unidad Popular. Acompañé a dos corresponsales extranjeros. Un holandés casi albino, creo que se llamaba Hymans, y Gertrud una joven periodista francesa. Vimos la multitud que cantaba y desfilaba, primero junto a ella, después desde un piso veinte en un edificio próximo. Mis dos amigos estaban fascinados con la disciplina y el fervor —a veces también la gracia— del pueblo en la calle. Había cáculos: son quinientos mil, no acaso cerca de seiscientos mil. Obreros de los cordones industriales con sus mujeres, sus chicos, pobladores de los barrios humildes, estudiantes. También gente con corbata. Cantaban con sus pancartas y banderas: “Allende, el pueblo te defiende”, “El pueblo unido jamás será vencido”, “Venceremos...” Y algo que primero resultaba candoroso y después trágico: “Soldado, amigo... ¡el pueblo está contigo!” Se movían como una ola, pero sin encrespase, sin un disturbio aunque, a veces, se les oía gritar “Mano dura, Presidente”. Gertrud tomaba notas en su block con los ojos brillantes. “Mais, c’est formidable!”, decía. Pero yo había estado hacía poco con personas informadas que medían con objetividad eso que se llama la “correlación de fuerzas”, y que a esa frase helada añadían “es desfavorable para las fuerzas de la Unidad Popular”. Y recordaba este resumen trágico que escuché: “¿Cuántos obreros de estos son necesarios para detener un solo tanque?”. Faltaban siete días para el fuego.*

No, no se durmió a fondo aquella noche del lunes. Mi barrio estaba cerca de la Plaza Italia, en la parte baja del llamado Barrio Alto, la extensa fortaleza de la clase pudiente santiaguina. Mi barrio era el escalón inferior de esa “altura” que sube y sube cuajada de casas con jardín hacia la Cordillera de los Andes. Mi calle estaba en un pequeño laberinto de callecitas curvas y estrechas, que de pronto se cruzaban en pequeñas plazas con palmeras. Casas con jardinillos delanteros, sin lujo. Vivían jubilados de clase media, militares en retiro y sobre todo señoras mayores. muchas de ellas separadas de esposos inquietos de los que solían hablar muy mal. Aunque peor aún hablaban del Gobierno. Cerca de casa, pocas tiendas. Una funeraria, una farmacia, un gran hospital —el de El Salvador— y el italiano flaco y malhumorado que vendía comestibles a base de esta frase favorita: —“No hay, no queda; desde que subió la Upe (la Unidad Popular) no hay niente, nada, niente de niente”. Se decía que sus bodegas estaban repletas pero él mantenía



su postura: o cerrar, o abrir y no vender. Siempre quedaba abierto el mercado negro (negro pero a plena y descarada luz) cuando se querían ingresar algunos escudos.

En aquel barrio arrinconado de estrechas aceras sinuosas, de árboles de copas bajas y penumbra venían, a veces, a estacionar sus vehículos los pequeños propietarios de camiones o camionetas que se habían atrevido a quebrar la huelga. Sigilosos llegaban en la noche. Bandas de la extrema derecha salían a descubrirlos en las tinieblas. A veces eran chicos de largas melenas y blue-jeans ajustados como guantes. Otras veces su catadura era más torva, más adulta. Con explosivos, volaban los camiones. Todas las noches se escuchaban los estallidos aislados, sordos. Temblaban los cristales, las ventanas. Se estremecía el aire.

También aquella noche del lunes diez. Escribí unas notas a mano, consulté unos libros (¿no es difícil escribir sobre cultura, por ejemplo dentro de una casa al borde del incendio o del derrumbe?). Intenté dormir. A la una y treinta, un estallido fuerte y, enseguida, otro más débil. Vuelta al sueño. A las cuatro otra explosión. Esta más próxima. Se oye un grito como ahogado de mujer. Luego nada. Silencio.

A las ocho de la mañana del martes once de septiembre seguía el silencio. Nubes blancas, bajas y ese aire quieto levemente pastoso que suele preceder a la muerte, al horror colectivo. ¿Quién ha dicho, con qué falsa visión, que la naturaleza permanece inmutable cuando se enciende la tensión pasional o bestial de los hombres? La enorme higuera frente a mi ventana estaba aterida, como de cera, aguardando. ¿Aguardando qué? Cleopatra, la perra negra de ojos amarillos que siempre subía a saludarme por la mañana, no subió aquel martes. La vi desde la ventana, seria, el rabo caído, en pie inmóvil junto a una enredadera.

Casi sonámbulo enchufé la máquina eléctrica de afeitar. Tenía que ir a Radio Magallanes a las doce en punto de la mañana para grabar dos programas (hacía tres semanales) que se difundirían por once emisoras a todo lo largo del larguísimo Chile. Mis crónicas orales comentaban temas de cultura. La Radio estaba en pleno centro, cerca de la calle Agustinas, a tres manzanas del Palacio de la Moneda. Hablaría sobre el reciente estreno de la farsa satírica de Alfred Jarry "Ubu Rey", puesta en escena —con una vivacidad y una gracia grotesca casi circense— por una compañía chilena joven, dirigida por Orthous y su mujer María Cánepa, veteranos ya en el teatro. El "Ubu" fue estrenado en París en 1896 (con decorados y máscaras de Toulouse-Lautrec, Bonnard, y del mismo Jarry) y adquiriría, en el Chile en tensión que vivíamos, un sentido actual, un tono de advertencia entre humorística y dramática. El ambicioso y glotón Ubu asesina al rey para quitarle la corona, apoyándose en un capitán "golpista" y cruel: el capitán Basrura ("capitaine Bordure" en el original). Tenía ya todas mis notas sobre el estreno. Incluso



grabaría un fragmento del programa de presentación de la obra, que leyó el público parisino hace setenta y siete años: *“El señor Ubu es un ser innoble... Asesina al rey (es decir, abate al tirano, y ese asesinato le parece justo a la gente, porque se asemeja a un acto de justicia) y cuando él mismo es rey masacra a los nobles, a los funcionarios, después a los campesinos. Y así, al matar a todo el mundo, seguramente ha expurgado a algunos culpables y se manifiesta como un hombre normal, moral”*. También iba a comentar un libro recién aparecido de un joven poeta de Valparaíso —Oswaldo—, además compositor y cantante del movimiento de la Nueva Canción. Un libro amoroso, tierno, dedicado a una muchacha delgadita de estrecha cintura y con ciertos ecos —pero teñidos por la vida de la juventud en el proceso chileno— de los famosos “Veinte Poemas”. No grabaría nada. Y el “Ubu” no sería representado más. Prohibido. Ubu y su capitán debían ser olvidados.

Mientras me afeitaba encendí la pequeña radio de pilas, puesta siempre en “mi” emisora, en Magallanes. Un locutor daba noticias sin transcendencia y leía cables de un mundo lejano: Francia, Italia, Japón. De pronto —¿serían las ocho y diez?— el locutor cambió de tono. La voz más aguda, nerviosa: “Conectamos con la Moneda, se va a dirigir a ustedes el Presidente de la República”. Sobre el zumbido de abeja de la máquina de afeitar, escuché la voz de Allende. Su tono era grave, pero absolutamente tranquilo, lento. Recuerdo casi textualmente algunos párrafos de aquel primer anuncio de todo lo siniestro que vendría después: “De Valparaíso me comunican graves noticias... La ciudad ha sido tomada militarmente por la Marina, está aislada de Santiago... Interrumpidas las comunicaciones... Permanezcan alertas y tranquilos en sus lugares de trabajo... En Santiago, hasta el momento, no se observan movimientos de tropas. Confío en la lealtad del Ejército al Gobierno legítimo, a la Constitución...” Con un escalofrío se escuchó aquel inciso del Presidente (*“hasta el momento”*) como si ya indicara que todo, lo peor, podía ser cuestión de minutos. Di más volumen a la radio. Oí una mujer que gritaba desde su ventana: “Niños, todos a casa, entren rápido”. Tuve mil pensamientos simultáneos. ¿Se estará luchando en las calles del Puerto, en los Cerros porteños? Apenas una semana antes se había denunciando un complot abortado de la Marina. Y suplicios tremendos, torturas casi irreseñables, turbias, feroces, a los marineros y clases que se opusieron al complot. El Servicio de Inteligencia de la Armada negaba, pero los testigos y las esposas de los marineros insistían, contaban detalles, lloraban de ira. De pronto pensé en Neruda. En mi amigo Pablo. Sabía seguro que estaba en su casa de Isla Negra, trabajando en su poesía, pero con las piernas casi inválidas. Allá, con Matilde Urrutia, en la casa lejana y aislada de Isla Negra, apenas a cuarenta kilómetros hacia el Sur de Valparaíso, en plena zona ya ocupada por la Marina. En Isla Negra, Matilde y él solitarios escuchando los mismos trágicos anuncios que yo. *“Aquí quiero vivir: junto al vaivén de la ola que cava su tumba*



*infinita... necesito el mar porque me enseña... Canta y golpea el mar, no está de acuerdo. No lo amarren. No lo encierren. Aún está naciendo...* Pero aquella radio anunciaba que lo amarrarían, lo encerrarían, como al pueblo, cuando comenzaba a emprender una nueva vida.

## última voz

Después la tragedia alcanzó un crescendo increíble. Se escuchó el vuelo de aviones, el zumbido grave de los helicópteros. En el piso primero de la casa se oían otras radios. Eran de los militares. Amenazaban con bombardear las estaciones que no se unieran a su red radial. Por primera vez escuché la voz de ellos: órdenes secas —a veces frenéticas— y los primeros Bandos, en ocasiones leídos con voz impersonal, en los que se manejaba friamente la literatura de la sangre. “Quienes hagan resistencia a las Fuerzas Armadas serán ejecutados instantáneamente”, “...se les aplicará la última pena”, “...seremos implacables hasta exterminar el marxismo...” Me asomaba algunos segundos al hueco de la escalera para oírles a ellos (“Las fuerzas de carabineros también se han plegado, abandonaron el Palacio presidencial...”) pero no apagué nunca mi radio de pilas. Radio Magallanes seguía transmitiendo. Creo que era la única voz pública fiel al Gobierno. ¿Cómo podían? ¿Por qué milagro? Ahora se oían tiros, cada vez más broncos, hacia el centro de la ciudad. Magallanes seguía. Hubo un ultimatum a las diez y media. Inútil, Allende y el grupo que le acompañaba (en conjunto serían apenas treinta personas) se negaban a ceder, a entregar el poder legítimo que les dio el pueblo. Contra ellos: tanques, aviones, ametralladoras pesadas, helicópteros portadores de la “muerte vertical”, cohetes aire-tierra (“rockets” les llaman los que entienden). Y ellos, encerrados en la trampa mortal del Palacio diciendo que no, ofreciendo su vida, no su rendición. Los militares calificaron esta actitud del Presidente como “*terquedad*”, un insólito sinónimo para el heroísmo. Escuché un segundo ultimatum a las once. Amenazaban con destruir la Moneda, bombardearla, arrasarla. Recuerdo que la voz que leía el tremendo y breve texto, concluyó así exactamente: “*se le dan cinco minutos para rendirse. Ya han pasado treinta segundos*”. Era el tiempo que él había empleado en leer. Ahora se escuchaba el vuelo rasante de los aviones de guerra, los caza-bombarderos (después supe que se llaman Hawker-Hunter) desgarrando el aire de Santiago, violando la mañana. Pero Radio Magallanes seguía. Parecía imposible pero seguía. De pronto se detuvo como si se le cortara el aliento. Aumenté el volumen. Nada, silencio. Creí que aquello era ya definitivo, pero de pronto prosiguió siempre conectada con la Moneda.



Creo que fue poco después de las once cuando escuché por última vez la voz de Allende. Algo más ronco, en un tono más triste que sus palabras anteriores de aquella mañana. Pero siempre sereno, sin arrebatos dramáticos, ofreciendo su propia muerte a su pueblo, pero sin arengarle para no lanzarle a una tremenda y desigual carnicería. “Tal vez esta es la última vez que oiréis mi voz...” No se. No recuerdo bien otras frases. Era el Presidente de un país precioso y singular al que uno quiere mucho y donde uno tiene tantos amigos, tantos afectos, y el Presidente que se despide camino a la muerte con una metralleta en la mano. Y el amigo personal, el amigo Salvador Allende que decía adiós a través de mi pequeña radio, en aquella mañana de pesadilla antes de caer ametrallado. Recuerdo que se dirigió a su pueblo, a los obreros, a las mujeres, a los chicos. Dijo unas frases sobre su fe en “el hombre libre que contruirá una sociedad mejor”. No recuerdo bien, pero habló cada vez más ronco al decir “tengo fe en Chile y su destino”. Se oían disparos cada vez más nutridos cerca de sus palabras y hubo momentos en que el grito tétrico de los aviones en picada hizo que no se entendieran bien los finales de algunas frases.

Y en ese momento Radio Magallanes enmudeció. Esperé unos minutos. Fue inútil. Ahora si era definitivo. Ya no había más voz que la de ellos. Bajo el cielo bajo y triste de Santiago se escucharon las explosiones de los “rockets”, el estruendo sordo de los cañones de los tanques, tiros (“*hay francotiradores en el centro*”, *me dijeron*). Me asomé a la ventana. Mi barrio estaba en silencio. A lo lejos, se veía el humo espeso de la Moneda ardiendo. La perra negra, la dulce Cleopatra, alzó la cabeza para mirarme y movió lentamente la cola. Muy lentamente.

Aquel hombre que se despedía en plena vida afrontando la violencia de la muerte me había invitado a almorzar hacía poco más de un mes. Coincidimos en una embajada y me llamó sonriente: “No te he visto con calma desde que volviste. Te invito a almorzar y a una tertulia de esas que hacíamos antes. Eso si nos dejan. Tu ves que salta una noticia grave cada dos horas. Y a veces cada hora. Telefonéame”.

Volví a Chile a final de mayo del 72, en plena época de la Unidad Popular, pero antes viví y trabajé allá más de quince años. Entonces almorzábamos todos los jueves en su piso junto al Cerro Santa Lucía, cuajado de flores, árboles y parejas besándose. Era una invitación fija y grata. La llamábamos el Jueves-Salvador. Otro periodista de la revista “Ercilla” (es mejor omitir nombres) y yo —que también escribía en ella— comíamos con Allende y su familia. Su esposa Tencha nos acompañaba en aquella tertulia-almuerzo de los jueves en la que no había pausas.

Se hablaba de todo: se “arreglaba el mundo” (verbalmente, claro), se comentaba la política, el cine, los libros recientes, los estrenos escénicos, los conciertos últimos, se contaban cosas frescas. De todo,



sin olvidar el humor tan importante en Chile como el menú. Tencha estaba especialmente interesada por el Teatro. Estudiaba, asistía a cursillos escénicos. Salvador, además de ser un amigo invariable y cariñoso, se distinguió siempre por la amena variedad de su cultura y por la réplica vivaz —velocísima— en la conversación intencionada. En ésto se parecía al popular “roto” chileno, aunque a él le gustaba vestir bien.

Sus hijas Isabel y Beatriz, que entonces eran chicas (1957-60), revoloteaban unos minutos junto a la mesa antes de irse al Liceo. Nos saludaban al estilo chileno (“Buenas tardes, tío” y un beso) y luego desaparecían. Quien años más tarde presidiría a su pueblo en el dramático intento de la “vía pacífica hacia el socialismo”, sabía conservar la inteligencia joven y fresca sin que la experiencia la marchitara o la amargara. Era activísimo, optimista, no apto para el rencor.

A lo largo de nuestra amistad ocupó diferentes altos puestos con diversos gobiernos. Pero siempre tuvo una sola línea, jamás zigzagueó aunque seguramente le hubiera sido provechoso. Socialista de arriba a abajo. No mucho antes del final comentó en broma: “Yo soy socialista desde hace un poquito más de sesenta años”. Y acababa de cumplir sesenta y cinco.

Tenía mucho cariño a Neruda. Lo leía íntegro y conocía algunos de sus versos de memoria. Era su amigo y, cuando podía, se escapaba a verle a Isla Negra. Me contaron que cuando a Pablo le otorgaron el Nobel en 1971, se emocionó hasta saltársele las lágrimas y empañarle las gafas. Se añadía esta anécdota: un secretario de confianza le vio tan conmovido y alegre con la noticia que le dijo: —Relea el cable, compañero Presidente; aquí dice “Neruda Premio Nobel” y no “Allende Premio Nobel”.

He aquí algunas frases de Salvador Allende con motivo del Nobel que coronó al poeta que supo cantar “a la rosa y a la política”:

*“...es natural que en esta hora sea el pueblo quien con mayor alegría festeje a su compatriota, al hermano Neruda... Por la poesía de Neruda pasa Chile entero, con sus ríos, montañas, nieves eternas y tórridos desiertos. Pero, sobre todas las cosas, en su poesía está el hombre y la mujer. Por eso está presente el amor y la lucha social”.*

Me apetecía mucho reanudar, en aquel almuerzo prometido, la tertulia interrumpida con Salvador. Pensé en llamar a la Moneda. Pero agosto fue un mes durísimo. El Presidente, que sufría una afección cardíaca, prácticamente no dormía. Trabajaba sin cesar: reuniones, intentos de arreglo de los conflictos, crisis ministeriales, noticias tremendas en plena madrugada (“acaban de matar a tiros a su Edecán Naval, señor Presidente”), agudos problemas económicos, tensiones de un lado y de otro, presiones, mítines, discursos y el fantasma de dos palabras de sangre “guerra civil” que podía tomar cuerpo de un momento a otro y que Salvador quería evitar.

La oposición era tenaz, cruel, Mi cultura política es deficientí-



sima, pero acaso ningún gobierno ha tenido enfrente una oposición tan implacable, tan negativa, tan fanática. La impresión que daba es que a Allende no le dejaban gobernar, ni legislar, ni arreglar los problemas. Después caían las acusaciones, los vehementes acusadores denunciando lo que fríamente habían provocado. Un sociólogo brasileño que estaba allí —y que acaso permaneció en Chile— me respondió cuando le pregunté si el gobierno de Unidad Popular servía o no servía: —No sé. Habría que dejarle gobernar un ratito, ¿no? Y entonces yo podría opinar.

Dos periodistas amigos que estaban cerca del Presidente —Augusto Olivares y Carlos Jorquera— sabían cómo fueron aquellas semanas finales para Allende. No se comprendía cómo físicamente podía resistir. Cómo no se derrumbaba su serenidad, su ser entero. Y no se derrumbaba.

Así es que no telefoneé a la Moneda. No hubo almuerzo ni tertulia. No quise molestar, quitarle horas a un hombre que vivía los momentos más difíciles de la vida de su pueblo y de la suya. No le llamé.

No hace mucho, aquel martes once de septiembre, escuchaba su voz por la radio. No de tertulia, sino aquella ronca voz entre el humo y los tiros, dura ante la traición, emocionada y cariñosa cuando hablaba a su pueblo. Hablaba mientras encaraba la muerte y sabiendo el dolor que iba a inundar a su patria. Así nos despedimos. Por Radio Magallanes.

## la sangre

Todo iba a cambiar. Había ya cambiado. ¿Esto es Chile? No parecía Chile. De pronto, el golpe artero y sangriento rompería los personajes de estos recuerdos. Salvador Allende muerto a balazos, Neruda muerto, Tencha viuda y en el exilio. Sus dos hijas, Beatriz e Isabel, las que revoloteaban y reían en torno a nuestra mesa, ahora jóvenes casadas y también desterradas. Me contaban en Santiago que Isabel y Beatriz quisieron combatir junto a su padre aquella mañana o acompañarle —al menos— en el infierno de la Moneda. Añadían que Beatriz disparó algunas ráfagas de metralleta desde una ventana contra las poderosas fuerzas de la Junta. No sé si es verdad. Sí es cierto que Salvador las obligó a salir de allí. Tuvo que ponerse firme. Ellas no querían.

Augusto Olivares, el periodista amigo de tantos años, sí quedó en la Moneda. Excelente reportero político, sabía todo lo que estaba pasando y —como él decía en broma— también adivinaba “algún teletipo del futuro”. Le llamábamos “el perro”, “el perro Olivares”, porque era alto, de rostro pacífico, algo lento de movimiento, corpu-



lento, con un aspecto acogedor como los perros de San Bernardo. Cuando se le preguntaba por el clásico barrilito de coñac, respondía: —No lo llevo puesto porque pesa mucho, pero si quieres te convido a un traguito. Él no quiso dejar al Presidente en aquellas horas. Se voló la cabeza a tiros antes del inminente final. Muerto, muerto también.

Y el otro periodista, Carlos Jorquera —delgado, nervioso, de salud quebradiza— está preso en la Isla Dawson. Parece un nombre de novela de aventuras, romántico. Pero la Isla Dawson es un presidio en la helada latitud austral, situado entre los veloces vientos de hielo del Estrecho de Magallanes. También habíamos quedado en vernos “sin falta” antes de la catástrofe. El Estrecho es uno de los muchos fiordos que atraviesan como espadas los canales de la costa austral chilena. Pero aquí la intrincada geografía magallánica perfora la base misma de los Andes. Y en una pronunciada curva —en un caótico arco invertido— unen sus aguas el Pacífico y el Atlántico. En el centro de esta curva, se asoma la Isla Dawson. En el fin del mundo, cerca ya del final del Planeta. Allí está Jorquera y con él ministros, altos cargos políticos y sindicales de la Unidad Popular, el rector de la Universidad Técnica... Allí está José Tohá, que fue Ministro de Defensa, con su rostro y sus manos de Quijote persa; Daniel Vergara que era Secretario General de Gobierno... Me lo encontraba siempre en los estrenos teatrales con su esposa. Sin escolta, sin protección alguna. “Usted viene —me decía sonriendo— para escribir sobre teatro que es su obligación, porque además le gusta y porque le han invitado. Mi mujer y yo venimos por un solo motivo: porque nos fascina el teatro”. Ahora están ahí (¿estarán aún vivos?), en la Isla Dawson, viviendo el helado “tiempo del desprecio”. Me parece imposible que se pueda escribir esto, contar todo esto. Y que sea verdad.

Después de los episodios alucinantes de la Moneda y de la violentísima operación guerrera contra la residencia presidencial de Tomás Moro, después de aquellas tres horas que conmovieron al mundo, el aire de Santiago quedó quieto, en suspenso, conteniendo el aliento. ¿Qué sucedería ahora? Se oían tiroteos dispersos, ráfagas jadeantes de ametralladoras. Pero no un fuego intenso. Ya los jeeps militares y de carabineros, los tanques, las patrullas (muchas veces los soldados casi imberbes, de corta estatura y los oficiales de piernas largas, serios, algunos lívidos) se van extendiendo por los barrios. Lo inundan todo. ¿Había tantos?

Los Bandos amenazadores de la Junta se sucedían en una cadena radial. También en televisión. Anunciaban muerte, “ejecuciones en el mismo lugar”. No sé por qué alternaban los Bandos con música ligera (boleros, música pop, sambas de Brasil y también —increíble— congas y ritmos de Cuba). Era lúgubre y exasperante escuchar aquella mezcla de danza y sangre. ¿Qué iba a pasar? Y había que escucharles: el destino eran ellos, ellos mandaban, decidían.



Algunos familiares me fueron a buscar a aquella casa del laberinto y las placitas sombrías. El corazón del cronista no se portaba bien desde hacía un tiempo. No era imposible que se agravara. Y aquellos momentos no eran para cardiólogos. Los minutos volaban: once y media, once cuarenta. Al salir crucé una avenida. Contra un muro, de pie, había siete muchachos con las manos en la nuca. Cuatro de ellos parecían estudiantes, los otros tres obreros. Cinco soldados les registraban bruscamente las ropas (“¡quítense los zapatos, mierda!”) y otros seis soldados les apuntaban con metralletas, el dedo en el gatillo. El oficial pistola en mano conminaba: “¡Manos en la nuca, chucha!” Les golpeaban con las culatas, les hundían las armas en el vientre. Era imposible cumplir las dos órdenes: nuca, zapatos. Un muchacho gemía. Miré: ¿alguno sería hijo de un amigo mío? Luego les hicieron tenderse en el suelo, sobre la acera agrietada. Siempre las manos en la nuca. Llegaron dos jeeps. Se los llevarían. ¿Dónde? Nunca se sabía.

Mis familiares me alojaron en un piso: una planta baja en una calle que siempre fue tranquila. Pero ya la palabra tranquilidad estaba borrada, aniquilada. Seguían los Bandos, a veces contradictorios, siempre violentos. No aludían a la muerte de Allende. Callaban ese asunto. Se ocupó la Moneda, cayó el Gobierno, manda la Junta. Eso era todo. Pero no era todo. Las palabras de los poetas quedan vivas. Pueden conmover o exaltar desde el pasado. También acusar. Ellos callaban. La palabra viva de Neruda no callaba. Como una brasa renacía una estrofa escrita por Pablo en 1947, hace 26 años, sobre la masacre de la Plaza Bulnes, frente a La Moneda:

*Y aquí cayó tu sangre.  
En medio de la patria fue vertida,  
frente al palacio, en medio de la calle,  
para que la mirara todo el mundo  
y no pudiera borrarla nadie,  
y quedaron sus manchas rojas  
como planetas implacables.*

Ellos hablaban de que el país estaba “en situación de guerra”, en estado de sitio. Las fronteras cerradas. También los aeropuertos. No hay cartas. Todos atrapados en la gran trampa. La hermosura del verso nerudiano sobre Chile —“*Largo pétalo de mar y vino y nieve*”— parecía ahora reclamar más palabras: y de sangre, y de tortura, y de miedo. De dignidad también y de vergüenza. Porque, a lo largo de las nueve semanas que viví bajo el régimen de la Junta, encontré muchas personas amigas o conocidas (insisto: muchas, no pocas) que durante el régimen de la Unidad Popular estaban en la oposición y que ahora rechazaban el látigo, la humillación, las hogueras de libros, los intentos de perversión de la nobleza de la gente chilena (en diarios adictos a la Junta —no hay más que esos)— se publicaban fotos de perseguidos y ofertas: “*Quinientos mil escudos*



*y el dinero que lleve el fugitivo en los bolsillos, a quien le denuncie*). Entre esas personas, había —hay— muchas chilenas: las espléndidas, preciosas y valientes mujeres chilenas. Y no se contentan con opinar. Ayudan, protegen, ocultan a perseguidos. Hacen lo que sea. Tienen coraje, un coraje natural sin aspavientos muy a la chilena. A veces la ciega represión, les ha tocado directamente (un hijo joven, una hija presos, o torturados o desaparecidos, o el “pololo” o la “polola” —así les llaman a los novios— de una hija o de un hijo) y otras veces les ha bastado con ver, con escuchar, con sentir la tragedia colectiva. Les he escuchado decir: “No, ésto no, ésto es horroroso!” Y muchos y muchas personas de esta oculta protesta sin armas viven en el inmenso Barrio Alto, en el de los pudientes. Los señores de la Junta acaso no conocen hasta su esencia la psicología de los chilenos. Seguramente no se esperaban esto. Y entre las descargas nocturnas de metralla —en pleno día se escuchaban menos— y los tiros de gracia y la propagación de la epidemia del terror, confortaba y daba ánimo y esperanza encontrarse con esas gentes, con esos seres humanos que se niegan a ser inhumanos.

Hubiera querido contarle esto a Neruda. Le hubiera dado un soplo de ánimo entre tanta noticia siniestra. Pero no pude. No alcancé.

Aquel martes hubo un Bando que ordenó el toque de queda para las doce de la mañana: “Ametrallado en plena calle quien no lo cumpliera”. Se oyó con un escalofrío. Millares y millares de personas no alcanzaban a volver a sus hogares. ¿Cómo pasar de un barrio a otro entre los tiros? Se esperaba con angustia a quien salió hacia su trabajo aquella mañana y no había regresado. Muchos teléfonos, mudos; otros sobrecargados por tantas llamadas desesperadas.

Otro nuevo Bando, después de una samba brasileña y una marcha militar: No, no sería a las doce: “La Junta ordena que el toque de queda comenzará a las cuatro de la tarde”. Una pregunta muda en la gente: ¿y cuándo terminará? Y la respuesta: “Se avisará oportunamente cuando se levante el toque de queda”.

Nunca —y en mi vida viajera he vivido graves crisis en varios países— había visto un pueblo tan conmovido, tan golpeado. Golpeado dentro de su propio ser, dentro de su generosidad y su limpio y abierto espíritu. Una gangrena súbita en el Chile del cariño, de la amistad, de su antiguo sentimiento de la libertad. Había concluido la matanza de la Moneda, la “limpieza” del centro (francotiradores) seguía. Ahora comenzaba —aún sigue— la gran cacería.

Todos encerrados a las cuatro de la tarde. Tres millones de habitantes de Santiago encarcelados en sus casas, en sus oficinas, en sus fábricas, donde estuvieran. Quien salga será ametrallado. Quien se quede puede ser ametrallado si lo allanan. Si lo allanan puede ser detenido, humillado, torturado. Su casa será registrada sin piedad, revuelta, escarbada en cada rincón en cada mueble. Si tiene algún libro marxista, gravísimo. Si tiene algún libro editado por Quimantú



(la Editorial del Estado), grave. Grave aunque la obra sea de Chejov, o Maupassant, o Hemingway, o Poe. Si lo editó Quimantú, es un "libro delito". La gente quema, destroza libros, "por si acaso allanan". El nombre de *Neruda* comienza a ser una palabra subversiva.

Prohibido enfermarse gravemente durante el toque de queda. Prohibido parir hijos a esas horas. Prohibido preguntar en qué cárcel, en qué cuartel, o en qué Estadio está un ser a quien se quiere. ¿Está permitido ir la Morgue? Prohibido el amor. Prohibido Chile.

## toque de queda

Encerrados. La radio y la televisión encendidas día y noche. Apenas eran las cuatro, puntualmente, empezó la gran cacería. Patrullas fuertemente armadas, jeeps, tanques, recorriendo las calles desiertas. "Las ventanas deben cerrarse, se disparará sobre las que estén abiertas". Entraban en las casas como fuera. Si estaba cerrado el portal lo descerrajaban a tiros. Si la casa tenía jardín, la rodeaban con soldados armados de fusiles ametralladoras. Que no se escape nadie. Aparatosos "operativos" —así les llamaban— para registrar un hogar. En mi calle, cerca de Providencia, se escuchaban tiroteos a veces intensos, a veces muy próximos. Algunos allanados se resistían. Con una pistola, con un revólver. Era elegir la muerte. Brotaban entonces combates breves con dos sonidos: las ametralladoras de ellos —a veces las imponentes ametralladoras pesadas que no sólo acribillan, destrozan— y el seco disparo del resistente suicida. Duraba poco. Dos o tres minutos y se apagaba el arma-corta ante la última ráfaga. Un corto silencio y los jeeps se encaminaban hacia otro allanamiento. Los helicópteros, que a mí siempre me parecieron inofensivos —una especie de ingeniosos insectos mecánicos— se convirtieron en mortales pájaros nocturnos. Apenas se iniciaba el toque de queda se les oía roncar, muy bajos, sobre las casas. Desde arriba, por radio, podían avisar el trayecto de un fugitivo a los jeeps o a los radio-patrulla. Localizaban un auto que huía. Un muchacho escondido en una azotea. Como espías alados colaboraban eficazmente con la muerte. Y también podían disparar con ametralladoras sobre los de abajo. Cuando, en la noche, oíamos el zumbido de un helicóptero cerca de casa es que iba a haber un allanamiento próximo. Y así era. Y la noche se quejaba de nuevo con las descargas próximas. ¿Quién habrá caído? ¿A quién mataron? ¿Será joven, mayor, algún conocido?

Se pasó casi en vela la noche del martes. Al fin un nuevo Bando: el toque de queda continuaría el miércoles 12. Seguiríamos presos para facilitar la "limpieza". Seguimos así, entre allanamientos, angustia y encierro toda la mañana del miércoles, la tarde, la noche. Esta noche fue aún más violenta. Pero la Junta anunció por radio



que podríamos salir a la calle —¡al fin!— a las diez de la mañana del jueves 13. Pero sin traspasar una frontera armada que aislaba el centro de la capital, “aún con focos de extremistas suicidas”. Tres millones de habitantes consultaron sus relojes, aguardando. A las diez en punto (“mejor unos minutos más tarde, por si los relojes de ellos van un poco atrasados”) casi toda la ciudad se lanzó a la calle. Se podía ir a ver con prisa a algún familiar que podía estar mal, a los amigos, comprar algo si había. Todo rápido pues —creo que recuerdo bien— el toque de queda de aquel jueves se reiniciaría a las seis de la tarde. Habíamos estado 42 horas enclaustrados, rodeados de tiros y de incertidumbre.

Uno de mis amigos fue en auto hasta la Florida, un barrio lejano de Santiago. Vio apilados en una esquina, sobre la acera, catorce cadáveres. Eso sí, cuidadosamente colocados en dos hileras: ocho abajo, seis arriba. Todo en orden. Le pregunté, ¿qué hiciste? :

—Nada. Frené el coche un momento. No sé por qué los conté. Uno, dos, tres... Y después los sumé: ocho y seis, catorce. Después aceleré y me fui de allí. Supongo que los irían a recoger más tarde y los dejaron un rato allá para intimidar...

Desde lejos, Neruda parecía acompañar sus frases con estos versos :

*Hay cadáveres,  
hay pies de pegajosa losa fría,  
hay la muerte en los huesos,  
como un sonido puro,  
como un ladrido sin perro...*

Cada noche el toque de queda. Uno de los generales anunció que estimaba que, como mínimo, habría que mantenerlo “por lo menos ocho meses”. Estas palabras se están cumpliendo. Mientras escribo estas notas (enero 1974) me informan que el toque de queda continúa, y los dramáticos allanamientos.

## pablo en el fuego

Me decían que era imposible conseguir conferencias telefónicas. Pero eso era relativo, porque yo pude hablar (no sé aún cómo lo logré) desde Santiago con otro país de América del Sur. Los corresponsales de prensa extranjera, también estaban los españoles, aconsejaban prudencia “y sobre todo procura no dar tu nombre”.

Un viajero inesperado llegó desde Valparaíso. Vino a verme con una mala noticia que él no sabía si era totalmente cierta: “Como tú has sido secretario de Pablo y le quieres tanto, eres la primera persona que he venido a ver. Parece que Neruda, con la conmoción



que le ha producido todo esto, se ha agravado. También se habla de que le allanaron su casa de Isla Negra”.

Decidí llamar, intentarlo. No muchos sabíamos —sólo los más afectos al poeta— que al fin, no hacía mucho, había conseguido que le pusieran teléfono en su aislada casa de Isla Negra. Un número bajo para ser telefónico: el dos. Llamé a larga distancia. Respondió la voz femenina de la telefonista:

—¿Con quién desea hablar?

—Con el teléfono dos, de Isla Negra.

—No se va a poder, señor.

—Es que es muy urgente, usted es buena yo lo sé. Hágame el favor.

—Lo más que puedo hacer es comunicarle con la centralilla de Algarrobo o el Tabo. Ellos están más cerca de Isla Negra. No cuelgue.

Brotó otra voz femenina. Dulce y suave, con ese acento gentil y cariñoso de muchas chilenas. Le expliqué, le rogué: el dos de Isla Negra, por favor. Hubo un silencio: —Es que no debemos, ¿comprende? Yo sé que es la casa del poeta, ¿verdad?

Había un tono de complicidad en su voz (seguro que admiraba y leía a Pablo y que tenía un ejemplar de los “Veinte poemas” o de “Todo el amor” en su dormitorio). Decidí ser más claro: le dije mi nombre y añadí: “Soy como hermano de Neruda, nos conocemos hace casi cuarenta años, procure comunicarme con él o con su esposa Matilde”. La voz suave me respondió que me conocía de la televisión y de la revista “Paloma”, donde yo escribía crónicas. Que haría todo lo posible. Que colgara y ella llamaría a mi número dentro de 40 ó 50 minutos. Esperé.

Una hora después me llamó:

—Soy la telefonista. Es por lo del poeta (no había duda, la palabra Neruda era ya un grito subversivo). Lo siento, pero no puede ser. No me dejan, ¿usted comprende?

Le di las gracias y le respondí que comprendía. Esto debió ocurrir el sábado 15 de septiembre, a las tres de la tarde.

Hasta una semana más tarde, cuando ya Neruda estaba grave en la Clínica Santa María, no me enteré que era cierto lo del allanamiento de la prodigiosa casa del poeta en Isla Negra. No sé la fecha exacta. Debió ser entre el viernes 14 y el jueves 20. Poco después del golpe de la Junta.

Llegaron hasta el doble portón de madera de la casa de Isla Negra, varios jeeps con fuerzas armadas. Muchos quedaron afuera, vigilando. Al parecer se les había dicho que allí (¿allí, en casa de Pablo?) había una escuela de guerrilleros, gente oculta, armas. Buscaban eso allá:

*...donde el peligro del mar azota con su rosa,  
la piedra desplegada de la costa.*



Entró un oficial joven con cinco o seis soldados armados con metralletas, el dedo siempre en el gatillo, listos para el disparo. Matilde Urrutia, seria, digna, con esa gravedad que ella puede tener y la mirada concentrada, fija, le dijo al oficial: "Mi esposo está enfermo, en cama. Aquí no hay nada de lo que buscan. Sólo nosotros dos, un sirviente, el chófer... Registren lo que quieran" Ella subió a la segunda planta a acompañar a Pablo, a seguirle cuidando. El le había escrito una vez:

*...estaremos juntos, amor,  
extrañamente confundidos.*

El oficial, serio, silencioso, y sus hombres recorrieron el hogar marino desde el que nacieron poemas y libros que se extienden por el mundo, que hablan y conmueven al hombre en 28 idiomas. No encontraron nada. Ni un arma. Nadie. A menos que consideraran un arma algunos poemas combativos de Neruda. Cuando estuve en diciembre de 1970 en Isla Negra, con un equipo de la televisión italiana (la RAI) recogiendo la imagen, el ambiente y la palabra del poeta, éste le dijo a la periodista Carla Ravaioli: "Puedo escribir sobre la rosa, sobre un escarabajo, sobre el amor. Pero si en mi patria sucediera algo grave, alguna amenaza para mi pueblo, usaría mi poesía como un arma." Y hacía poco (en su último libro editado) había publicado en la Editorial Quimantú, en Santiago, un volumen de poemas. Su título: "Nixonicidio". Y entre sus temas estaba la denuncia de las compañías multinacionales —como la Kennecott— que embargaban los embarques del cobre chileno nacionalizado por el pueblo, por la Unidad Popular; contra los enemigos implacables de afuera y de adentro. Contra el "bloque invisible" del gobierno y el pueblo que buscaban un camino nuevo.

La patrulla armada debió mirar con asombro esa hermosura única de la casa de Isla Negra. Recorrerían la mansión que inventó Neruda, no con palabras, sino con objetos poéticos, con luces, con piedras, con misterio, con imaginación, como si hubiera escrito un largo poema. Las habitaciones de estar, el living de piedra, el ala para la biblioteca, el pequeño cuarto de trabajo. El coro lírico, que siempre tiene en cuenta la cercanía de las olas de espuma del Pacífico y que nace desde los mapas antiguos, las miniaturas de los veleros dormidos dentro de botellas de vidrio y se complica incluso con un colmillo de elefante con inscripciones indescifrables. Cómo les asombraría aquello, todo aquello.

Cuando estuve aquellos cinco días en Isla Negra, un rato que me quedé solo y tranquilo, recorrí la casa silenciosa y fui anotando en mi block los objetos que se sucedían ante mí, haciéndome cambiar de un mundo a otro. Escribí una crónica que se publicó en España en Italia, en Chile. Enumeré lo que veía:

*Hay esferas armilares, insectos luminosos en cajas de cristal,  
grabados y cuadros antiguos de veleros, un gran "mohai" de ma-*



dera de la Isla de Pascua, huevos de cristal y de cuarzo con colores adentro de esos que se ven sólo en los sueños, estatuas de bronce y de greda, piedras, candelabros, una mesa circular construida con el timón de un buque, mascarones de proa de diferentes naciones —mujeres que avanzan en el aire de las habitaciones con los pechos desnudos—, botellas de vidrio de esas que surgen de una mano que también es de vidrio, sextantes de navegación, toros peruanos de Pucará, espigas de colores, grabados de finales del XIX con imágenes de honorables globos cautivos, mandolinas colgadas de los muros, mariposas aletargadas en sus cajas, caracolas, cerámicas negras de Chillán, mapas, libros de opuestos rincones del planeta, troncos de árbol que sirven de columnas, una brújula china... Y en tanta y tan sorprendente variedad se nota el amor de la mano del poeta, la cuidadosa elección, la predilección de Pablo por determinados objetos, por especiales colores y materias, por las cosas que él canta en su poesía. Por eso todo tiene una armonía interior, una poesía interior. Y su diversidad es sólo aparente.

En su visita militar, en su allanamiento, todo eso debió ver la patrulla. No encontró violencia, sino poesía. No hubo destrucción, ni destrozos como sucedió después en la casa nerudiana en Santiago. El oficial iba a retirarse. Matilde Urrutia —“la de nombre de planta, o piedra, o vino”— invitó al militar a subir al dormitorio (una habitación redonda como una torre con ventanas al mar). “Tampoco allí hay nada que le interese. Solo el poeta enfermo en cama”. Dicen que el oficial —callado, pálido— no se atrevió a entrar. Matilde le abrió la puerta y el poeta y el hombre armado se miraron un segundo. Cómo sería aquella mirada entre Neruda y el representante de quienes derrumbaron, traicionaron y ensangrentaron tantas cosas y tanto futuro que el poeta amo, cantó y defendió. Ahora él debía pensar de nuevo: “Venid a ver la sangre por las calles”.

No, no fue una “casualidad” que Neruda muriera doce días después de aquella pesadilla horrible que empezó el martes 11 de septiembre. Otros también pudieron morir de angustia. Recuerdo el regreso de Pablo a Chile, cuando dejó su cargo de Embajador en Francia. Cierto que estaba enfermo, pero no sé si es cierto que padeciera de una enfermedad tan rápidamente exterminadora que no le permitiera haber vivido algunos años más. Y haberlos vivido en plena creación.

Cuando volvió de Francia (creo que fue en septiembre de 1972) me avisaron que estaba invitado a ver una sesión de cine no privada, sino “privadísima”. Se iba a exhibir, en una salita subterránea destinada a los críticos un documental sobre Neruda, realizado por un director chileno. Una película de unos cincuenta minutos, en color, en cinemascopio, con el relato que acompañaba las imágenes grabado por el mismo poeta, con su voz lenta tan característica, tan esencialmente nerudiana. El director —un hombre maduro y cortés— no



había querido estrenar la película hasta que Pablo no la viera y la aprobara. Me avisaron que iría el propio Neruda, Matilde, Laura Reyes —hermana del poeta—, el director y yo. Que no se lo dijera a nadie. No se lo conté ni a mi sombra y acudí a las once a la salita de la calle Huérfanos.

Llegué un poco antes y esperé en el hall. Minutos después llegó Pablo apoyado en el brazo del director. No le había visto desde hacía dos años. Andaba trabajosamente, estaba serio, como extenuado y su color moreno pálido era ahora un poco verdoso. Lo encontré mal pero bromeé cuando nos abrazamos: "Te ves más alto con el Nobel, Pablo, como si hubieras crecido un poco". Se apagó la luz enseguida y Neruda pidió que me sentara junto a él. Ahora se veía más tranquilo y, como le gustaba el humor, me anunció con estudiada gravedad: "*Vamos a ver un western realista-nerudiano*". La película era agradable, con bellas imágenes del mar, de Temuco, del sur, de la casa de Isla Negra. A Pablo le gustó y, en cuanto se encendió la luz, quiso levantarse. Hubo que ayudarle. Matilde estaba seria. Laura Reyes, a quien no veía hace mucho tiempo, me abrazó y me besó para saludarme. Sentí sus lágrimas en mi mejilla y su voz que me susurraba en el oído: "Pablo está mal, ¿verdad?".

Pero eso fue alrededor de septiembre u octubre del 72. Pablo se fue a Isla Negra, a su casa de espuma y aire marino, tan lejos de París, de las reuniones diplomáticas, de los asedios periodísticos cuando el Premio Nobel. Le cuidaban Matilde y Laura. Y el mar. El mar al que él amaba y de quien decía en broma: "*Vivo con el Océano intratable...*"

Poco antes del golpe de la Junta —debió ser en julio del 73— Neruda me invitó a almorzar en Isla Negra. Fui en automóvil con una compañera de periodismo, una mujer joven, brillante, que no conocía al poeta personalmente.

Fue muy grande mi alegría al verle. Era otro. Nos recibió en un ángulo de su jardín —el más próximo a la playa y a los encrespados roqueríos de Isla Negra— con grandes sonrisas. Junto a él, una secretaria atendía el dictado de las cartas del poeta. Pablo ya no se parecía nada a aquel ser humano agotado que vi a su regreso de París. Tenía un excelente color, buena cara, alegría y una lucidez intelectual envidiable. Nos pidió perdón y permiso para dictar unas tres o cuatro cartas más ante nosotros. Redactaba en forma excelente al hablar. Eran cartas curiosas, de diversísimos temas: una a un fraile entomólogo (creo que español) hablándole de unas especies de prodigiosos escarabajos chilenos (de esmalte, de colores alucinantes) en los que el fraile estaba interesado; otra sobre el Abate Molina, del que pensaba que un editor podría reimprimir algunas obras; otra respondiendo a un grupo teatral joven de Concepción en la que le pedían consejos sobre la puesta en escena de la traducción nerudiana del "Romeo y Julieta" de Shakespeare. Neruda dictó sobre este punto: "*Lo mejor es que en la escena de amor aparezcan des-*



*nudos los dos...*” Y volviéndose a nosotros comentó: “¿No les parece que ese es el traje más cómodo para hacer el amor?”

Apareció Matilde muy contenta. Y Laura también. Es cierto que las piernas de Pablo funcionaban mal y estaba prácticamente inmovilizado. Pero daba esa sensación de vitalidad de quien va a vivir todavía muchos años. O algunos como mínimo. Estaba escribiendo sus Memorias y, simultáneamente, poesía. Creo que dos libros diferentes de poemas. Un día reseñaré con detalle aquel último almuerzo.

Recuerdo también, que al hablar de sus Memorias, recordamos anécdotas y dramas humanos del embarque del buque “Winnipeg”, en 1939, en el muelle de Trompeloup, cargado de refugiados españoles hacia Chile. Neruda fue nombrado Cónsul para materializar y seleccionar la emigración y la dramática tarea fue rica en sucesos. Se portó formidablemente: a veces trabajó 14 horas en un día. Yo fui entonces su secretario y le conté aquella tarde detalles y cosas que él no recordaba exactamente (a este cronista le es más fácil revivir cosas de hace treinta años que del jueves pasado). Me pidió: “*Grábame una cinta con esos recuerdos y así me ayudarás en mis Memorias*”. (Lo hice al volver a Santiago: grabé una hora y cinco minutos en los estudios de la Universidad de Chile y Matilde recogió, en uno de sus viajes a la capital, la cinta-Winnipeg).

Comimos chuletas de cordero y nos bebimos juntos un whisky. Uno sólo. Pero Pablo estaba en plena vida, aunque estuviera enfermo, y no —de ninguna manera— en el umbral de la muerte.

Cuando después, en aquellos días, casi irreseñables, con su Chile ahogado de ametralladoras y de presidio y de sangre, Matilde Urrutia dijo: “*Pablo murió de pena*” creo que Matilde decía la verdad.

## última residencia

De sus horas finales se ha escrito mucho. La desaparición de una de las figuras más altas de la poesía —y no sólo de nuestra lengua— ha estremecido al mundo. Muerto entre la muerte, con el cruel toque de queda que impedía que un médico pudiera llegar hasta Isla Negra a cuidarle.

El final de Pablo fue una pesadilla. Una herida abierta que no se cerrará fácilmente. Para nosotros, quienes tuvimos la suerte de ser sus amigos, de compartir su fraternidad que él repartía como un pan blanco, una herida que ni el paso del tiempo cicatrizará.

La pesadilla empezó en Isla Negra. Grave, estaba grave. Luego la carretera hacia Santiago y en la carretera una patrulla que detuvo el automóvil, lo allanó, lo registró. ¿Qué les importaba que fuera Neruda enfermo, y el Premio Nobel, y la poesía, y la urgencia de



intentar esquivar la muerte? Eran órdenes. Y las órdenes se cumplen.

Luego la Clínica Santa María, en Santiago, que parece un hotel, un hotel donde se alberga el dolor, la enfermedad, el final a veces. Mejor que pareciera un hospital. Yo he estado allí: el ambiente me pareció inhumano. Funcional. En función de la cirugía, de la espera fría del desenlace. Y con el toque de queda —todos encerrados y se oían descargas cerca del río Mapocho, y aparecerían cadáveres a la mañana siguiente en el borde de las aguas—, con el toque de queda la Clínica es aún más fúnebre.

El sábado 22 Pablo estaba lúcido. Dio consejos, ordenó algunas cosas. Escribió un poema que entregó a Matilde. No se ha publicado y nadie conoce aún su tema salvo su esposa, su última y definitiva mujer hasta la muerte (“...y a la luz entreabierta de la aurora encontré que existías”).

El domingo día 23 de septiembre fue su último día. Por la mañana estaba en coma. No dejaban, naturalmente, entrar en su habitación. Por una puerta levemente entreabierta, unos segundos se vio su rostro pálido, con ojeras sombrías. Quieto. Murió ese domingo por la tarde. Antes tuvo ese relámpago lúcido que, a veces, precede a la tiniebla total, a la muerte. Exclamó: —¡Los fusilan! Los fusilan a todos... ¡Los están fusilando!

No dijo más. Matilde Urrutia quedó sola con su cadáver, con el poeta dormido. Me han dicho que hubo dos mujeres más: una escritora amiga, Laura Reyes la hermana. No sé. Creo que Matilde estuvo sola muchas horas. Los amigos, todos debían llegar a sus casas antes de las ocho de la noche, al encierro del toque de queda. No permitían quedarse en Clínica. Todo está prohibido, menos morir. Y Matilde Urrutia (una amiga me contaba después: “Esta mujer sufre, pero no llora; está herida y se pone en pie para defender a su Pablo hasta después de muerto”) comenzó a pensar, aquella noche del domingo, que acaso la querrían arrebatarse el cadáver del poeta para evitar un entierro conflictivo, peligroso y problemático para la Junta. Matilde quedó despierta junto al poeta muerto. Le tenían sobre una especie de camilla con ruedas. De pronto, llegaron unos enfermeros y —en silencio y rápido— se lo llevaron a una especie de sótano frío y desolado, una especie de morgue de la Clínica. Matilde siguió a su Pablo. Pasó horas de frío en aquel sótano, pero no quería despegarse un momento del poeta. El le había escrito una vez en su “Testamento de Otoño”:

*Matilde Urrutia, aquí te dejo  
lo que tuve y lo que no tuve,  
lo que soy y lo que no soy.  
Mi amor es un niño que llora,  
no quiere salir de tus brazos,  
yo te lo dejo para siempre:  
eres para mí la más bella.*



Y Matilde cuidó su amor, aterida, aquella noche de la Clínica. Y se dolió cuando vio que, sólo a primeras horas de la mañana del lunes, los hombres de blanco se llevaron al poeta a una sala más presentable, porque llegaban los primeros fotógrafos, y los extranjeros de televisión, y había que cuidar las apariencias. "Esto podían haberlo hecho antes", dijo.

La pesadilla se hizo más sombría, más sórdida con el saqueo y destrucción de la casa de Neruda en la calle Márquez de la Plata, cerca del Cerro San Cristóbal. Desde la Clínica, llamó Matilde Urrutia angustiada. Acudieron Homero Arce, secretario de Pablo, algún amigo. No había ya nada que hacer. He hablado con dos vecinas amigas mías que, desde sus casas, vieron cómo entraban los destructores. Me dijeron: "No iban de uniforme. Iban de civil. Fue horrible cómo lo destrozaron todo". Una demolición furiosa hecha con odio. Cada libro despedazado, cada cerámica, cada objeto por pequeño que fuera triturado. La Universidad Católica de Santiago le había otorgado a Pablo un diploma de homenaje. Lo firmaba el Rector Fernando Castillo y lo ilustraba un precioso dibujo de Vilches: un pez, airoso y libre. A Pablo le gustó el diploma, le puso marco y vidrio y lo colgó en el muro de la sala de estar. Ahora estaba acuchillado, como si le hubieran clavado con rabia varias veces una bayoneta. Los relojes destrozados y sus esferas arrancadas y machacadas. Hubo un ligero incendio, además, que sofocaron los bomberos. De alguna manera desbordaron un canalillo que corre arriba de la casa y ésta se inundó. La casa, "La Chascona", como la llamaba Pablo, estaba deshecha. En Chile, "chascona" es una mujer despeinada que puede ser muy atractiva a pesar de su desaliño. Pero ellos pisotearon "La Chascona", la borrarón el amor cuidadoso que el poeta puso en ella. La Junta anunció que "unos ladrones habían desvalijado la casa de Neruda". Era increíble. Puede ser que alguien robara algo después (ellos publicaron las fotos de dos detenidos). Pero ningún ladrón del mundo se dedica a perder su tiempo rompiendo con saña un diploma universitario, o despedazando libros y grabados. Nadie lo creyó. El barrio estaba triste. Ni una sonrisa en un solo rostro. Y Santiago se ensombreció con la noticia de la muerte del poeta y el insulto de la destrucción.

Fue el lunes 24 cuando Matilde Urrutia quiso que al poeta se le velara precisamente aquí, en "La Chascona" destrozada por la barbarie. El suelo de la sala estaba medio inundado, pusieron unas tablas para que los amigos pudieran ver al poeta, los zapatos se hundían enteros en el agua. Sobre el gran charco flotaban aún pedazos de libros rotos, restos de los destrozos. No había nada que hubiera sido respetado. Pablo llevaba una camisa de algodón con unas líneas que formaban una trama de cuadros, chaqueta de tweed. Bajo los ojos cerrados, un gesto triste en la boca. Matilde Urrutia apretaba los labios para no llorar. Había unos carabineros con metralletas en la puerta. Matilde consiguió que se fueran (habló con



un oficial). No quería que hubiera armas junto a su poeta muerto. No quería que estuvieran ellos cerca. Parecían escucharse, desde el dolor, los versos de Neruda:

*La muerte está en los catres:  
en los colchones lentos, en las frazadas negras  
vive tendida y de repente sopla:  
sopla un sonido oscuro que hincha sábanas,  
y hay camas navegando a un puerto  
en donde está esperando, vestida de almirante.*

El entierro fue el martes 25. Se temía todo. Hubo un cortejo de unas dos mil personas y unos grupos de las juventudes. Doscientos muchachos y algunas muchachas que acudieron al cementerio. Había policías que tomaban fotos de algunos rostros. Entre los dos mil, algunos corresponsales extranjeros, gente de la televisión danesa, italiana. El Embajador de Suecia —después declarado persona non grata—, algunos ex-rectores universitarios (ahora cada rector es un general), gente del pueblo con los ojos brillantes. Amigos, escritores... Al pasar por la bóveda de entrada, se empezó a cantar el himno. Primero en tono bajo, después más fuerte. Sus sonos y sus palabras resonaban en la bóveda. Luego la avenida central. Estaba bordeada de jeeps y ejército con ametralladoras, pero "a prudente distancia". Habría que preguntarse, ¿cuál es una distancia prudente para una ametralladora? Ni un representante de la Junta en el duelo del poeta del Nobel, del creador conocido y amado en todo el planeta. Los jóvenes rodearon el féretro en un semicírculo. Gritaban al unísono, en un coro acompasado, nítido: "Neruda, presente. ¡Neruda siempre presente!" El aire era denso, podía cortarse. Los soldados mantenían sus armas prestas, el dedo en el gatillo. Y de nuevo: "¡Pablo, siempre! ¡Pablo, presente!" Y después: "¡Allende, presente! ¡Salvador, siempre presente!" Matilde estaba a la cabeza, sin llorar. Eran las once de la mañana, las once y cuarto. Pero parecían que fueran las tres de la madrugada. Después se disolvió el cortejo. La policía cerró algunas puertas del enorme cementerio. Pregunté por los muchachos que iniciaron el himno y los gritos. ¿Les lograron detener? No, se diluyeron como sombras, no les pillaron. Hubo algunas palabras de despedida. Alguien, con voz entera y fuerte, trajo un mensaje de la Sociedad de Escritores de Chile. Pero la situación era difícil, casi insostenible. Muchas frases se perdieron en aquella mañana de despedida. Otras quedaron, como éstas:

*"Hay un dolor que tenemos pegado al cuerpo esta mañana: el dolor de Chile que tú has sentido en las últimas horas... Pablo, compañero ejemplar, volvemos a reunirnos para que sepas que aquí están los escritores que tú abrazaste, que tú señalaste con tu cordial sencillez. Y te decimos que eras el hermano mayor que queríamos. Tú lo dijiste: hay una sola cosa que mata la muerte y esa es la vida. Poeta del dolor, del combate, de la vida, de todos*



*los quehaceres del hombre... Una tempestad nos azota ahora, pero no estás solo. Ninguna soledad para tu corazón de fuego, ninguna soledad para tu paso, ninguna sombra para tus caracolas...".*

No puede aceptarse la muerte de Pablo. Hay que negar esa muerte rodeada de fusiles, con su pueblo viviendo una de las tragedias más duras de su historia. Hay que negarla porque su palabra está viva. Viva está también su poesía, su creación, su fe en el hombre. No tiene muerte lo que dice este poeta. Podemos escuchar lo que anuncia :

*Pero saldrás al aire, a la alegría  
saldrás del duelo de estas agonías,  
y de esta sumergida primavera,  
libre en la dignidad de tu derecho  
y cantará en la luz, y a pleno pecho,  
tu dulce voz, ¡oh, Patria prisionera!*

Darío Carmona

\* En estas notas de recuerdo y testimonio, se han omitido varios nombres por razones que el lector comprenderá.



**A la memoria  
para siempre  
de  
Pablo Neruda**



Ya asomaron los cuervos.  
Apretado el pico, abiertas las alas  
Duros los ojos, tensas las garras.  
Ya asomaron los cuervos.  
El poeta espera su llegada.  
Vienen en bandada  
cantando su canción de fuego y de metralla.

Asolarán la tierra,  
morirán a su paso  
raíces de esperanza.  
El alma del poeta  
sabe ya su llegada.



Duerme sueño tranquilo  
una paz inconsciente.  
Duerme sin rencor  
un ansia de justicia.  
Pero aquí están los cuervos  
que graznan y graznan,  
libertad para la muerte  
libertad para el hambre.  
Y el poeta angustiado  
contempla su llegada.

La luz se esconde.  
Ya todo será noche,  
la inmensa oscuridad  
de vidas asustadas.  
Han llegado los cuervos  
y está solo el poeta en la mañana.

Graznan, graznan, graznan,  
mentiras inventadas  
y avanzan y avanzan en bandada.  
Nada tiene remedio  
El poeta lo sabe,  
presiente el final.  
Llora en silencio el alma.

Han llegado los cuervos  
destrozando, babeando, escupiendo  
su hiel envenenada.  
Han llegado los cuervos  
a romper todas las horas soñadas.

El poeta mira al cielo de Chile  
recuerda su juventud en España  
mira al mar, mira a Dios  
y se duerme para siempre  
cuando llegan los cuervos  
rompiendo sus ventanas.

JOSE MARIA AMADO



A la memoria  
para siempre  
de  
Pablo Neruda

Buenos días, buenos días  
una paz inconsciente  
Buenos días sin viento  
en ansia de justicia  
Pero aquí están los cuervos  
que graznan y graznan  
libertad para la muerte  
libertad para el hambre  
Y los rostros angustiados  
contemplando en los ojos  
La luz se escondió  
Ya todo será noche  
la inmensa oscuridad  
de vidas saqueadas  
Han llegado los cuervos  
y está solo el poeta en la mañana.

Graznan, graznan, graznan,  
mentiras inventadas  
y avanzan y avanzan en bandada.  
Nada tiene remedio  
El poeta lo sabe,  
presiente el final,  
Llora en silencio el alma.

Han llegado los cuervos  
destrozando, hablando, escribiendo  
su piel envendada como la estatua  
Han llegado los cuervos  
a romper todas las formas sonoras  
El poeta espera al poeta  
El poeta mira al cielo de Dios  
cantando en silencio en la mañana  
mira al mar, mira a Dios  
y se duerme para siempre  
cuando llegan los cuervos  
rompiendo sus ventanas  
El poeta mira al poeta

JOSE MARIA AMADO



## COLOFON

Se terminó de imprimir este número el día 19 de enero de 1974, en los talleres "Dardo", Alameda, 37 y "Gráficas San Andrés, S.A.", Alonso Cano, 4 de Málaga. Consta su tirada de 3.000 ejemplares. "Litoral" presenta en esta ocasión, con una introducción de Rafael Alberti, a tres jóvenes poetas andaluces y recoge en un suplemento la triste muerte en Chile de uno de los poetas más geniales de la lengua castellana: Pablo Neruda, unido a los inspiradores del "Litoral" del año 27 y a este "Litoral" que nosotros hemos resucitado.

"Litoral" siente profundamente en su ser poético la tragedia de Chile y ha contemplado con contenida emoción la reacción unánime del pueblo español, de las revistas españolas, de la prensa de cada día —salvo las mínimas excepciones lógicas— en una vibrante e indignada repulsa contra el odio, contra la violencia, contra la sangre derramada, en fin por todo lo que luchó y sufrió en su vida el poeta.

Intervinieron y colaboraron en este número bajo la orientación de José María Amado, Darío Carmona, Jesús de Ussía, Manuel Gallego Morell y Angel Caffarena.



## COLON

Se terminó de imprimir este número el día 19 de enero de 1974, en los talleres "Dardo", Alameda, 37 y "Gráficas San Andrés, S.A.", Alonso Cano, 4 de Málaga. Consta en tirada de 3.000 ejemplares. "Litoral" presenta en esta ocasión, con una introducción de Rafael Alberti, a tres jóvenes poetas andaluces y recoge en un suplemento la triste muerte en Chile de uno de los poetas más geniales de la lengua castellana: Pablo Ibañeta, unido a los investigadores del "Litoral" del año 57 y a este "Litoral" que nosotras hemos resucitado.

"Litoral" siente profundamente en su ser poético la tragedia de Chile y ha contemplado con contenida emoción la reacción unánime del pueblo español, de las revistas españolas de la prensa de cada día — salvo las mínimas excepciones lógicas — en una vibrante e indignada repulsa contra el odio, contra la violencia, contra la sangre derramada, en fin, por todo lo que luchó y sufrió en su vida el poeta.

Intervinieron y colaboraron en este número bajo la orientación de José María Amado, Darío Carreras, Jesús de Ustáiz, Manuel Gállego Morán y Angel Castrejon.







**Pero saldrás al aire, a la alegría  
saldrás del duelo de estas agonías,  
y de esta sumergida primavera,**

**libre en la dignidad de tu derecho  
y cantará en la luz, y a pleno pecho,  
tu dulce voz, ¡oh, Patria prisionera!**

**PABLO NEBUDA**